3 1761 08695611 7

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/obrasescogidas02camp

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XLV.

198nz

OBRAS ESCOGIDAS

DE

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA).

TOMO II.

PEQUEÑOS POEMAS.

Única edición autorizada para el extranjero.

LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

—

1885.

166
9.6

ADVERTENCIA.

Los Pequeños Poemas constituyen un género de composición poética que no tiene precedentes en la lírica española. Campoamor ha dado carta de naturaleza entre nosotros á ese género, como se la dió, ántes, á las *Doloras*.

La publicación de su primer poemita fué un verdadero triunfo, y lo que sucedió con el primero, no ha dejado de ocurrir con todos y cada uno de los treinta pequeños poemas que lleva publicados hasta el dia, y que nosotros conocemos.

Aunqué en la presente edición — en la cuál hemos tenido que suprimir, muy á pesar nuestro, tres ó cuatro poemitas, — nos ha parecido oportuno cambiar el órden de la colocación en que hasta ahora se habían publicado los Pequeños Poemas, por razones que probablemente no interesan al lector, sin embargo, al dar cuenta de ellos en esta *Advertencia*, procederemos por órden estrictamente cronológico.

El Tren Expreso es un poema descriptivo, término medio entre lo real y lo fantástico, historia de amor de dos seres desgraciados que se ven una hora para llorarse después toda la vida, probando que la dicha llega cuando no se la espera, pero que se suele alejar cuando se la busca; es una poesía sencilla y grandilocuente, que unas veces toca en lo bucólico y que raya otras en lo épico, pero en la que siempre se hace gala de un lirismo y de una variedad inagotables.

La Novia y el nido es una composición de esas que la filosofía moderna llama subjetivas, cuya acción pasa dentro de un corazón inocente, en ese instante supremo en que el primer rayo de lúz empieza á disipar las tinieblas que envuelven santamente el pensamiento de un alma vírgen.

Los Grandes problemas es la historia de una mujer que se confiesa á los diez años, á los veinte y á los treinta, y cuyas tres confesiones, reducidas á tres dudas ó preguntas, abarcan los grandes problemas hácia los cuales convergen todos los demás problemas de la vida humana. Más que la historia de una mujer, es la historia de todas las mujeres. ¡Cuántas, al leerle, irán recordando las inocentes dudas y las tiernas emociones de su infancia! Y ¡cuántas, tambien, sumidas en ese mar de dudas que lleva siempre consigo la lucha entre los afectos del alma y los consejos de la razon, sentirán desfallecer su ánimo al contemplar el trágico fin de la heroína de ese poema! Está desarrollado su asunto con una delicadeza tal de sentimiento, y es tan distinta la forma en que sus tres cantos se hallan escritos, que parece empezado por Samaniego, seguido por Byron y terminado por Gœthe.

Dulces cadenas es un idilio encantador y profundo. Da libertad á un canario una jóven en el mismo día en que ella se casa; el pájaro, cansado de una libertad inútil, vuelve á buscar la prisión en que había vivido feliz; pero sorprendido por una tempestad, muere ametrallado por el granizo en la misma ventana de la alcoba nupcial de su libertadora. El asunto es dramático, el estilo tierno y el fondo elegíaco.

Con estos cuatro pequeños poemas comenzó Campoamor la obra que forma hoy una de las joyas más preciadas de nuestra moderna literatura; y tras aquellos cuatro preciosísimos cuadros, dibujados con mano maestra, ricos de entonación y de colorido, vino la segunda edición, que la primera fué agotada á los pocos días de haber sido puesta de venta.

Hé aquí lo que decíamos cuando en 1873 se publicó la segunda parte de los PEQUEÑOS POEMAS:

«Poco más de un año ha trascurrido desde que, poseidos del entusiasmo y de la profunda admiración que produce siempre en nuestro ánimo la lectura de toda obra de genio, escribíamos al frente de la primera parte de los PEQUEÑOS POEMAS algunos renglones, bajo el mismo epígrafe que hoy encabeza estas líneas.

Sujetándonos entónces al objeto que nos habíamos propuesto, que era el de exponer sencillamente el pensamiento de cada poema, prescindímos casi por completo de los elogios que merecia la obra; y sin embargo, el señor Campoamor se oponía á que nuestra advertencia se publicase, por juzgar demasiado lisongeras las apreciaciones que en ella hacíamos.

Que no era ese el pecado de nuestra advertencia, vinieron poco después á probárnoslo, el público, agotando la edición en pocos dias, y dejándonos muy atrás, no en la admiración, sino en las expresiones de su admiración, críticos tan concienzudos y de mérito tan reconocido, como los señores D. Ramon de Navarrete, D. Salvador Lopez Guijarro, D. Luis Martinez y Güertero, D. Amalio Gimeno, D. Pedro Domingo Montes, D. Adolfo de Mentaberry, Sanchez Perez, Mobellan, Bastinos y otros muchos.

Tampoco queremos enojar ahora al señor Campoamor, deteniéndonos á señalar algunas de las infinitas bellezas que esmaltan este precioso libro: no queremos siquiera decirle que estos cuatro poemitas, tanto por su ejecución brillante y fascinadora, como por el pensamiento que encierran, elevado siempre y siempre trascendental, nos parecen superiores á los otros cuatro publicados anteriormente.

Encerramos con pena en el fondo del alma estas impresiones, porqué tememos qué, al expresarlas, puedan convertirse en alabanzas; y ya, por experiencia, hemos sabido, que halla el señor Campoamor mucho más placer en escribir ingeniosos prólogos, tributando á los demás

elogios sin reserva, que en verse él mismo por otros elogiado.

Más, si á nosotros nos está vedado emprender aquí ese camino, sírvanos de consuelo que pronto vendrán á llenar el vacío que dejamos, otros admiradores, si no más entusiastas, acaso más doctos y autorizados que nosotros. Ellos, tal vez, harán lo que nosotros desearíamos hacer desde luego: un estudio detenido de las cualidades poéticas del señor Campoamor, para examinar con cuáles de los escritores antiguos y modernos tiene más semejanza. ¿No seria, por ejemplo, interesante para la historia contemporánea de nuestras letras, llegar á saber si la originalidad de nuestro poeta, que á veces toca en la extravagancia, le da algún parecido con el carácter poético de Víctor Hugo? ¿Si la risa escéptica de algunos de sus versos se relaciona con la sarcástica ironía de Byron? ¿Si son de Heine algunos rasgos de sentimentalismo, un si es no es estrafalario, y si la imperturbable serenidad que nuestro autor tiene para desarrollar sus planes en medio de los mayores arrebatos líricos, se parece algo á la inalterable frialdad de Gœthe?

Pero dejemos estas investigaciones que, iniciadas por nosotros, pudieran tambien parecer elogios al señor Campoamor, y hagamos un ligerísimo exámen del asunto de cada uno de los cuatro Pequeños Poemas que contiene esta segunda parte.

Titúlase el primero, La Historia de muchas cartas.

Un jóven que abandona su aldea para venír á la córte; que deja el cielo en que sintió latir su corazón acariciado por el fuego de un amor puro, para entrar en el infierno de las grandes ciudades, ese mar inmenso de malas pasiones; que se acuerda á cada momento de su amada, y que á cada momento se promete escribirle, dejándolo siempre para mañana, mañana que no llega nunca: hé aquí el primer canto. — Una pobre niña amante y confiada siempre, y siempre aguardando la carta que no llega; buscando tambien el mañana en que ha de recibirla, ese mañana que constantemente se re-

nueva y que poco a poco acaba al fin con su vida sin ver realizado su deseo: he aquí el segundo canto.

Ay! ¡Cuán verdad es, por desgracia, que esa historia se repite con frecuencia! Esa carta que indefectiblemente dejamos todos de escribir *para mañana*, es acaso el asunto mas profundamente humano tratado en los Pequeños Poemas. Si viviese aquél D. Benito — decía un amigo nuestro — aquél tipo pefecto del antíguo dómine, que con dos pinceladas maestras nos describió el señor Campoamor en el *Personalismo*, y pudiese leer esta composición del que fué su discípulo de latinidad en el Puerto de Vega, sin duda hallaría en él más sentimiento, más gracia y más filosofía, que en todas las obras juntas de ese maldecido Horacio, que, á pesar de su aticismo, ha sido y seguirá siendo el tormento obligado de nuestros primeros años.

El Quinto no matar: — Idilio inimitable. Unas cuantas niñas encerradas en un colegio, se enteran de que un pájaro cuenta á la directora todo cuanto hacen y piensan; créen que ese *pájaro fantástico* es una tórtola que hay en el convento, y, para castigar tan chismoso é inoportuno testigo, deciden matarlo de hambre, no echándole ya más desde aquél día *Migas de pan revueltas con alpiste.*

Algún tiempo después, la tórtola muere de *vieja*, y las niñas entran en remordimientos, que dan lástima y risa, por la muerte que no han causado. El plan, el desarrollo y las ideas, puestas en boca de la niña que muere con el pesar de haber contribuido á la muerte del pájaro, son de una ternura y de una inocencia encantadoras. La idea de hacer morir con remordimientos por un crímen que no se ha cometido á una criatura que aún no puede tener ninguna idea del mal, es un pensamiento precioso. Esta exageración de virtud, esta purificación de lo que hay más puro, que es la inocencia, excede en ternura y en santidad á todos los pensamientos de todos los autores que hasta ahora se han ocupado en describir paraísos.

La Calúmnia: Ántes y después de la célebre ária de Don Basilio en *El Barbero de Sevilla*, hay y ha habido varios cuentos, escritos en diferentes idiomas, que tienden todos á pintar con colores desastrosos los efectos de la calúmnia. Este poemita, es de seguro, lo más nuevo y mejor escrito de cuanto se ha publicado sobre ese asunto.

Nace una niña,

con un bello lunar en un costado,

niña que llega á ser mujer de la más perfecta virtud. La memoria de aquel lunar, encomiado entre unos por amor, y publicado por otros con indiferencia, llega á ser por último objeto de maliciosas sospechas para todos; y aquella pobre mujer se da la muerte, desesperada, al verse constantemente blanco de una hostilidad que *se siente y no se vé*. Arrojada por su marido, después de muerta, en la fosa comun, para evitar la vergüenza de su recuerdo, cuando llega la hora de la rehabilitación, ni siquiera sus restos mortales pueden encontrarse para ser honrados, pués la calúmnia siguió á la infortunada esposa hasta más allá de la tumba.

Por lo mismo que la causa de la tragedia es tan ligera como la existencia de un lunar, resalta más la filosofía de éste poemita, cuyo plan admirablemente pensado, está desarrollado con una energía y una delicadeza de pincel, que no puede ménos de sorprender y encantar al que lo lée.

El cuarto poema de esta colección, es el Don Juan, uno de los más originales y acaso el que está escrito con más desenfado por su autor. Alguna extrañeza, y lo hacemos notar de propósito, producirá tal vez, el sitio elegido para la acción del segundo canto, que se desarrolla, no en el cielo, sino en el vestíbulo del cielo; pero á los que así piensen, les diremos que, respetando la moral, en materias de arte, el arte es lo primero.

No se ha podido hacer una sátira más descarada contra el sentido moral del género humano, que el

Don Juan de Byron, ni se puede ridiculizar á éste personaje con más originalidad que lo hace el señor Campoamor.

Nuestro poeta coje á Don Juan ya viejo, lo mata ignominiosamente de *puro amado*, y le hace entrar en el cielo, *por desprecio*, redimido por una de aquellas mujeres á quienes siempre habia burlado. La intención y el chiste con que está desarrollado el pensamiento de este poema, es de un alcance sin ejemplo. Si el gran vate inglés pudiese leér este irónico castigo lanzado contra la escandalosa celebridad de su héroe favorito, es posible que no quisiera cambiar la brillantez de su estilo por la inimitable gracia y morbidez del poeta español, pero seguramente envidiaría la originalidad y el arte de dramatizar un asunto, cualidades de que Byron carecía totalmente, y en las cuales el señor Campoamor es maestro consumado.

Terminemos ya esta larga reseña con dos palabras. El género literario de los PEQUEÑOS POEMAS es tan sencillo y tan filosófico al mismo tiempo, que, á los jóvenes, nos hace pensar con seriedad, y á los hombres de edad madura, les inspira frases como las siguientes, escritas por el célebre poeta portugues D. A. Feliciano del Castilho, en una carta que nosotros hemos visto dirigida al ilustrado embajador de España en Lisboa, el señor D. Ángel Fernandez de los Rios: — «*Cuando léo los* PEQUEÑOS POEMAS, *á pesar de mis sententa años cumplidos, siento renacer en mi corazón todos los ardores y todas las alegrías de la primavera de mi vida.*» —

En DICHAS SIN NOMBRE, tenemos un idilio precioso; descripción de una escena campestre, en la cual un jóven tuvo la dicha de jugar en la quinta de Pombal, en Lisboa, con una inglesa muy bella y cuyo nombre no recuerda.

Seguramente que de este poemita no se podría decir lo que Enrique Heine, con algo de desenfado, y con mas ingenio que verdad, decía del gran Víctor Hugo,

afirmando que á éste, para ser buen escritor francés, le faltaban tres cosas: la *naturalidad*, la *gracia*, y el *buen gusto*.

Dichas sin nombre, tiene una ironía tan natural, una gracia tal de estilo, una riqueza de imágenes y una variedad tan grande de tonos, que es imposible idear nada tan acabado y tan completo.

El trompo y la muñeca: Los hombres deberían guardar un *trompo*, y las mujeres una *muñeca*, para que, en vista de estos símbolos de inocencia, pudiesen recordar en la vejez las delicias de la infancia.

Unir los dos extremos de la vida por medio del recuerdo de la *ignorancia del mal*, es un pensamiento desarrollado por el autor en este poemita, con una novedad y una gracia que encantan.

La Gloria de los Austrias es el asunto que sirve de argumento á otro pequeño poema, que requiere más detenido exámen.

Cuentan las crónicas que un labrador del pueblo de *Cuacos* hizo bajar á pedradas de la cima de un árbol, al cuál se había subido á hurtar fruta, á un niño, que después fué Don Juan de Austria, vencedor de Lepanto.

Don Juan es corrido á pedradas por el labrador. El Emperador interviene con algo de mal humor en favor del niño. El labrador detiene á aquél desconocido en nombre de la ley ultrajada. Un pordiosero garantiza al Emperador detenido, en agredecimiento de haber recibido de él algun mendrugo de pan. Pone en libertad el rústico al Emperador, á ruego del leproso, y al dirigirse de nuevo al convento el gran Cárlos V, en la región donde era conocido:

— ¡Buen viaje, Majestad! — dice la gente.
— ¡Gracias, gracias! Don Cárlos repetía;
Y, — ¡buena está mi Majestad! — decía.

La versificación, á pesar de la indocilidad del metro, parece un trozo de un canto del Ariosto. La anécdota es graciosa, y la más propia para escribir este dramita, en el cuál la gloria y la grandeza del hombre están

reducidas á ser unas nadas miserables, ante la majestad impersonal de la razon y de la virtud.

Los Amores en la luna: — Algunas veces hemos oído al ilustre orador, el señor Don Alejandro Pidal y Mon, que Campoamor no *idealizaba lo real*, sino que *sensualizaba lo ideal.*

No se nos alcanza bien la diferencia entre estos dos idealismos, establecida por el señor Pidal. Este amor de San Francisco de Borja hácia la esposa de Cárlos V, es de una verdad histórica incontestable.

Nuestro querido poeta, al trasladar esta pasión de la tierra á la luna, en vez de *sensualizar lo ideal, idealiza lo real*, y de este modo se prueba que, la aserción del señor Pidal, aunqué parece ingeniosa, no establece ninguna diferencia entre los dos idealismos.

Este pequeño poema, tan original, tan fantástico, tan misterioso y tan vago, qué, segun la feliz expresión de una mujer, parece escrito con *lúz de luna* — y que á nosotros nos hace pensar en algo que se asemeja á un espíritu errante envuelto en las gasas de las neblinas polares, — es, á pesar de su idealismo, lo más profundamente humano que ha salido nunca de la pluma de un poeta.

Aún teniendo la pretensión de entender un poco de música, dudamos si el poema de Campoamor, titulado: La Música, es una ária coreada ó un cuarteto lírico — poético que ejecuta, transportada á uno de los sitios más deliciosos del Parnaso, la ilustre familia del primer marqués de Molins.

Problema: el arte divino de la música ¿dice lo que quiere, ó más bien, suponemos que nos dice lo que nosotros queremos?

Un pájaro que canta ¿ríe ó llora?

¿Por qué la misma música que alegra á unos, entristece á otros? Cuestión importante de psicología. El mundo exteriór no es como parece, sino como nosotros queremos que sea, es decír, que nos parece (sin advertir que es

por efecto de un espejismo subjetivo), como nosotros queremos que sea, aún siendo en realidad diferente de nuestro deseo.

Ginés el Sevillano, á quién una niña rompe la guitarra al arrojarle una moneda, es el tipo eterno de esos talentos desconocidos que, aspirando á la gloria, se encuentran detenidos en su camino, lo mismo por una dicha, que por una mala ventura de la suerte. Hé aquí el argumento del poemita titulado, La Lira Rota.

Los Caminos de la Dicha, es una de las composiciones en que se refleja de un modo más gráfico *la manera* de Campoamor, su gracia, su filosofía, sus ideas, confesables unas, no confesadas otras, pero todas adorables por su malicia inofensiva, y por esa ciencia de la vida, por ese conocimiento de las cosas humanas, que otro hombre ilustre y universalmente querido, ha llamado *mundológia.* (1)

Un tío paterno aconseja al autor que busque la dicha por la *izquierda* del camino de la vida, porqué él la ha buscado por la derecha y no la ha encontrado. Otro tío materno le amonesta lo contrario, aconsejándole que tome por la *derecha*, porqué, segun su experiencia, por el lado izquierdo no se encuentra jamás la dicha deseada.

El autor vacila entre estos dos extremos, y tomando un término medio, unas veces encuentra por la derecha el hastío del placer no alcanzado, y otra vez halla por la izquierda el hastío del goce ya agotado. Resúmen: que en la tierra no hay camino posible para ir á la dicha.

Por Dónde viene la muerte: — La eterna cuestión: la lucha entre lo real y lo ideal.

Como ha dicho muy bien el señor Revilla, esta es una obra de arte pefecta.

El Amor y el río Piedra: — Dos amantes no pueden soportar el dolor de la ausencia. Ella huye del

---

(1) El Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo, ministro de la Gobernación.

hogar doméstico; y él, que es soldado, deserta de su regimiento.

Se van á arrojar al rio Piedra, y al verse en las aguas, un sentimiento de amor los llama á la vida. Se cansan del amor, y él se vuelve á las filas, abandonando á su amada. Han delinquido por amor y el amor, primero los castiga por locos, y después la justicia los castiga por delincuentes.

Esta historia parece ser un pretexto para describir las maravillas del Monasterio de Piedra, donde dicen los que las han visto, que allí la poesía nunca llega á la realidad.

Los Buenos y los Sábios: — Juan es el bueno y Pedro es el sábio. El bueno trabaja y sufre, para que el sábio ni sufra ni trabaje. Los hombres todos son ó Juanes ó Pedros. La humanidad se divide en dos partes: en explotadores y en explotados.

El señor D. Leopoldo Alas (*Clarín*), después de llamar á este poema un *portento de poesía* y la *obra maestra* del autor, añade:

«Juan Soldado es el santo sin talento, sin cultura, casi sin conciencia de su santidad, que hasta el cristianismo ha ensalzado y cantado en sus libros y tradiciones populares: si es real esta figura, díganlo las lágrimas que arranca su triste y poética historia.

«Hé aquí someramente indicados los medios que han contribuido á dar á la figura de Juan Fernandez el relieve, la fuerza plástica que todos admiramos, que le hace entrar en la categoría de los personajes semi-históricos que creó el génio: de los Quijote, Sancho, Gil Blás, Tenorio, etc., etc.

«El arte que Campoamor ha desplegado en este punto, no es comparable con nada que se haya escrito por acá en poesía; figuras de este género no las conocía nuestra lírica (ay! ni nuestro teatro), donde el idealismo impera todavía, siendo imposible que consienta

semejantes creaciones, y más imposible, si vale la frase, que las sepa concebír y expresar.

«Tambien contribuyen á dar realidad al buen Juan de Campoamor, el medio en que está colocdo, y el arte exquisito con que los personajes, lugares, sucesos y cuanto tiene relación con el carácter de Juan está tratado; pués todo lleva el mismo sello de realidad bien observada y retratada fielmente.

— — — — — — — — — — — —

«¡El asunto es tan fecundo en reflexiones! Pero por no hacerme eterno, pongo esos puntos suspensivos, que indican que la materia aún da mucho de sí. ¡Cómo nó! Es el caso que un gran poeta, nuestro mejor poeta es el que emprende en la lírica, en el género que parece á muchos idealista por naturaleza, el camino de la nueva vida literaria, el que baja á los abismos de la sociedad á conversar como Cristo con los publicanos, con presidiarios y rameras, y esto, sin mengua de las inmaculadas álas de la santa poesía!»

Los Amoríos de Juana: — Juana es la antítesis de Don Juan: ella es la ilusión y él es la realidad.

Después que Juana se juzga amada por un rey, de desengaño en desengaño acaba por morirse de amor por un soldado. Como dicen los filósofos modernos, todos los amoríos de Juana son subjetivos. Pero, ¿son por esto ménos reales para el alma humana que las aventuras de Don Juan? Si éste, en asunto de amores, es el alma más sensual de los hombres, la ideal Juana es la más mujer de las mujeres.

Utilidad de las flores: — Una flor que va sirviendo para adornar el primer sueño de una niña, el sueño de amor de una mujer, y el sueño de la muerte de una jóven, es el asunto de este idilio, tan tierno como original.

Como rezan las solteras y El amor ó la muerte, son dos composiciones hechas de oro y de filigrana, en las cuales hasta los menores detalles están bordados con incomparable delicadeza.

Ántes de terminar esta *Advertencia*, repetiremos lo dicho por uno de nuestros amigos(1) en un prólogo de las anteriores ediciones de los *Pequeños Poemas*, de cuyas observaciones hemos tomado lo que nos ha parecido oportuno al escribir el presente:

«Concluiremos con una afirmacion absoluta, aún á riesgo de desafiár á la crítica más severa y más preocupada de lo extranjero y de lo antíguo.

Una colección de poemas cortos, escritos con la naturalidad, la elevación y la trascendencia de éstos, es un fenómeno literario, del cual no hay ejemplo en ninguna literatura del mundo, ni antígua ni moderna.»

Permítannos nuestros lectores, que al concluír, repitamos aquí, aplicándolas al señor Campoamor, las palabras de un ilustre escritor, con las cuales daba fín el prólogo que escribímos para la primera edición de estos poemas:

«No se puede hablar más claro, sentir más hondo, ni pensar más alto.»

---

(1) El Excmo. Sr. Don E. Ordoñez.

Paris, Enero de 1885.

EMILIO SOULÈRE.

ÍNDICE.

	Pág.
Advertencia	V
Los buenos y los sábios	1
El tren expreso	37
Los grandes problemas	50
El amór y el río piedra	67
Don juan	90
Por dónde viene la muerte	111
Los caminos de la dicha	120
La nóvia y el nido	135
Dichas sin nombre	144
Los amores en la luna	150
La gloria de los austrias	162
La lira rota	169
Los amoríos de juana	178
La música	194
Dulces cadenas	201
El quinto no matár	211
Utilidad de las flores	220
La historia de muchas cartas	227
La calúmnia	237
El trompo y la muñeca	247
El amor ó la muerte	256
Como rezan las solteras	262

LOS BUENOS Y LOS SABIOS.

POEMA EN CINCO CANTOS.

A MI IDOLATRADO HERMANO LEANDRO.

CANTO PRIMERO.

JUAN FERNANDEZ.

I.

Tocó á Pedro la suerte de soldado;
Pero hombre sabio y sin ningun denuedo,
Todo desconcertado,
La sentencia escuchó verde de miedo.
Y como en casa había
Otro hermano mas joven que tenía,
Como buen labrador, gustos sencillos,
Gran corazón, gran pié, grandes carrillos,
Y unos puños mas grandes todavía.
El padre, por la madre aleccionado,
— «Si á Pedro le ha tocado ser soldado,
Y tanto el traje militar asusta, —
Pregunta á todos de inocencia lleno, —
¿Hay cosa más sencilla ni mas justa
Que vaya por él Juan siendo tan bueno?» —
Y nadie, por temor ó hipocresía,
Contra esta vil sustitucion reclama.
Y, pensándolo bien, Juan ¿qué valía,
Comparado con Pedro, que tenía
La ambicion del saber y de la fama?
Y el cura, el aguacil y el cirujano,
Todo el género humano,

Encuentra natural que Juan, gozoso,
Sacrifique á la ciencia de su hermano
Su fortuna, su amor y su reposo.
Y á ninguno subleva esta injusticia
Hecha á un sér sin malicia,
De aspecto agreste y de carácter tierno:
¡Oh bondad! ¡Tú despiertas la codicia
De todos los demonios del infierno!

II.

Miéntras de Pedro el párroco asegura
Que será en religion un alma pura
Y un genio sin rival en medicina,
Se burla él ya de la moral del cura
Amando sin virtud á su sobrina.
Es Pedro un hombre silencioso y grave,
Y, aunqué ya tiene vicios,
¿Qué importan, en un jóven que ya sabe
Que fundaron á Cádiz los Fenicios?
Finge bien la modestia el petulante;
Y con genio y carácter volteriano,
Es un mal estudiante
Que estudia bien el corazon humano.
Y, aunqué escaso de ciencia,
Como nació de escrúpulos ajeno,
Le enseñó desde niño su conciencia
Que ser sábio es más útil que ser bueno.
Dice él que no ama el oro, y no lo creo;
Y blanco de ira y por envidia flaco,
Material por placer, de instinto ateo,
De rostro afable y de intencion bellaco,
Vive con la manía
De maldecir de su feliz estrella,
Y cual buen pesimista en teoría
Le vá en la vida bien, y habla mal de ella.

III.

Por Juan, que era el bueno y trabajaba,
¿Qué puesto entre sus deudos ocupaba?
Un puesto tal que, al repartir la madre
Los dulces que á los hijos les feriaba,
— «¿No das á Juan? — le preguntaba él padre, —
Y ella decía: — «Es cierto, lo olvidaba.» —

Por cortedad huraño,
Solo habla con las mulas y el rebaño
Que hácia los campos guía,
Sin saber qué hora es en ningun día,
Ni el día, ni aún el mes, en ningun año.
Siendo tan sobrio Juan, á falta de olla
Con cebolla y con pan se desayuna,
Y ya alto el sol, sin diferencia alguna,
Se come por variar pan y cebolla.
Como es todo mortal falto de trato,
Segun San Augustin, ó santo ó bestia,
Por su gran castidad y su modestia
Es Juan un Escipion y un Cincinato.
Para qué sirve el tenedor ignora,
Y coge con los dedos la tajadas,
Y rie cuanda rie á carcajadas,
Y aulla como un lobo, cuando llora.
Aunqué tiene cierto aire de limpieza,
Dice Pedro su hermano
Que, al tiempo en que se rasca la cabeza,
Se peina con los dedos de la mano.
Prescinde en esta vida del deseo
De la ilusion, del oro y de la gloria,
Y evita, dando vueltas á la noria,
Vendándose los ojos, el mareo.
Y este sér tan benigno ¿es destinado,
Sin tocarle la suerte, al heroísmo?
La bondad es el suelo preparado
En que siempre los sábios han criado
El pan con que se nutre el egoísmo;
Y por eso ya el vulgo ha sospechado
Que han de ser y que fueron un sér mismo.
Juan *Lanas*, el *buen* Juan y Juan *soldado*.

IV.

Juan tiene por amante
A una joven de carnes excedentes,
Que echa mano á la oreja á cada instante
Para ver si están firmes los pendientes;
Pendientes de cerezas
Que él recoge en el campo de amor ciego,
Y que ella fiel, con bíblicas ternezas,
Antes los luce y se los come luego.
Es María, ó Maruja, una aldeana
Que, cual base de un sueño delicioso,

Tiene un tio riquísimo en la Habana,
Bonachon, algo verde y ya gotoso.
Tiene además los ojos como soles,
Y en las sienes, tocando á las mejillas,
Dos rizos, sostenidos por horquillas,
Llamados en Triana caracoles.
Responde á los requiebros con cachetes,
Y, no estando de risa amoratada,
Parecen sus mofletes
Un compuesto de leche y de granada.
Ama Juan á Maruja tan de veras,
Que si algo le pedía,
Aunque ella le decia — «lo que quieras,» —
No sabia él tomar lo que quería.
Mas será para mí gran maravilla
Si es fiel á Juan Fernandez la aldeana,
Porqué, mas que á una doble cortesana,
Tengo yo miedo á una mujer sencilla;
Que el candor con sus grandes honradeces,
Tendiéndonos la red de sus patrañas,
Enreda al cortesano en sus dobleces
Lo mismo que á las moscas las arañas;
Y la fé campesina es muy paciente,
Pero, despues de todo,
Muy candorosamente
En el campo la gente
Acomoda el amor á su acomodo.

V.

En conclusion: Pedro obligó á su hermano
A que fuese á cumplir su mala suerte,
Como aquel Espartano
Que en nombre de su honor, y lanza en mano
Mandó á su esclavo á combatir á muerte.
Y al ponerle en camino,
Así Pedro habló á Juan: — «Pues que el destino
Suele hacer de un jayán un caballero,
Y un héroe de un furriel adocenado,
No olvides, Juan, que, para ser soldado,
El despreciar la vida es lo primero. —
Después el cura, de latin henchido,
En vez de unos doblones,
Le echó, con un sermon, dos bendiciones;
Y el padre, algo afligido,
Como el cura, le dió buenas razones.

Total: muchos sermones:
Un sermon muchas veces repetido.
Solo un viejo pastor ex-guerrillero,
Sacó, rompiendo en llanto,
Dos monedas gastadas por el canto,
De un bolsillo de cuero;
Y, — «Toma, Juan, — le dijo, —
No te doy más, porque ya sabes, hijo,
Que es cobarde un soldado con dinero.» —
Y Juan, casi ofendido en su ternura,
Se alejó más que á prisa,
Porque á nadie afligió su desventura:
Y es que, segun el cura,
Era tan bueno Juan que daba risa.
Víctima, en fin, de una implacable ciencia,
Partió Juan con magnánima paciencia.
¡Admira el ver de lo que son capaces
Esos hombres de bien que, pertinaces,
Nunca pierden la fé ni la inocencia!

VI.

Mas cuando ya muy léjos, se extinguía
De un sol de otoño la postrera lumbre,
Oye Juan, ó crée oír, desde una cumbre
Que es su casa un delirio de alegría.
Y se esforzó en seguir; pero, notando
Que al llegar de su hacienda á los linderos
El perro con ladridos lastimeros
Le solia llamar de cuando en cuando,
Como en fin se reduce nuestra vida
Al humilde rincon en que nos aman,
Quiere ver con el alma enternecida,
Si en su mansión querida
Hay séres que le lloran y le llaman;
Y por la sombra nuestro Juan velado
Se volvió hácia su casa apresuardo;
Porqué es nuestro destino
Que pase el provenir, como el pasado,
La mitad en andar por un camino,
Y otra mitad en desandar lo andado.

VII.

Al llegar, mira Juan por el postigo
Lo que en la choza pasa:

Más se apoya en la esquina de la casa,
Lo mismo que en el hombro de un amigo,
Al ver desde la esquina
Que, alrededor del fuego que brillaba,
El gato de la casa ya ocupaba
El rincon que él llenaba en la cocina.
Y al notar con tristeza
Que olvidándose de él muchos reian,
Miéntras pudo observar con extrañeza
Que en la cuadra las mulas no comían
Por volver, para verle, la cabeza,
El triste, en actitud desesperada,
A su dolor se entrega
Con la frente apoyada
Sobre el tronco del árbol de la entrada
Que da sombra á la casa solariega.
Luego el rostro volviendo hácia la puerta,
En tanto que su cuerpo sostenía
El árbol que en verano parecía
Una jaula de pájaros abierta,
Vió que algunos reian y cantaban;
Y al mirar que sus deudos le olvidaban,
Buscando en su dolor un compañero.
Abrazó con encanto verdadero
El árbol cariñoso en que sesteaban
Seis gallinas, un gallo y un cordero:
Y hasta creyó que, respirando amores,
Le daba un tierno «¡adios!» por vez postrera
Aquel árbol, tan lleno, en primavera,
De perfumes, de ruidos y de flores;
Y entónces conoció su alma encantada
Cuánto al bueno alboroza
Esa cancion, sin nombre, susurrada
Por el sauce lloron que está á la entrada
De la puerta sin puerta de una choza.

VIII.

Y, en fin, viendo afligido
Que el mundo de sus deudos, divertido
Por festejar á aquel que se quedaba,
Al desdichado Juan, que se marchaba,
Dejaban de nombrarle por olvido,
Humilde y humillado,
Lo mismo que un cachorro castigado,
De dolor traspasadas su entrañas,

Se marchó á ser soldado,
Al alborear de un dia en que, aplomado,
El cielo se apoyaba en las montañas;
Y huyó, y huyendo se mesó el cabello.
¡Ay del mortal que á conocer empieza
Por la primera vez lo que es tristeza!
¡Ay del que es bueno y se arrepiente de ello!
Y solo, y de sí mismo frente á frente,
Empezó á conocer, aunqué con pena,
Que es la propia bondad cosa excelente
Para escabel de la ventura ajena.
Ya al ver su provenir desvanecido,
Maldijo... Pero luego, arrepentido,
Echó mano al bolsillo, en que tenia
Una estampa de un santo desollado,
Lo besó con furiosa idolatría,
Y después, alejándose de lado
Para ver bien la casa de María,
Los ojos se enjugaba, y resignado:
— «¡Cómo ha de ser! ¡cómo ha de ser!» — decía.

IX.

De este modo, obediente y con tristeza.
Vendido siempre Juan por su ternura.
Fué á abismar su cabeza
En esa bruma de la vida oscura,
Formada de altivéz y de bajeza,
De injusticia, de envidia y de impostura.

X.

Y ahora que sabemos
Que lleva la bondad á esos extremos,
Ya escucho esta pregunta en vuestros labios:
— ¿Quién sabe más, los buenos ó los sabios? —
¡En el día del juicio lo veremos!

CANTO SEGUNDO.

JUAN SOLDADO.

I.

Ya vuelve Juan, entre himnos de victoria,
De laureles ceñido;
Y aunqué llega, cual veis, tan mal vestido
Del campo del honor y de la gloria.
La luz del íris en su pecho brilla,
Pues lleva en él colgadas
Dos cruces encarnadas,
Una blanca, otra azul y otra amarilla.

II.

Fué tan grande de Juan la bizarría,
Que Pedro Antonio de Alarcon decía
Que en Tetuan se batió como una fiera,
Llevando en la batalla por bandera
Un pañuelo de hierbas de María;
Y añadia de Juan, que se quedaban
De lágrimas sus ojos arrasados,
Si alguna vez, luchando, destrozaban
Un sembrado de trigo los soldados;
Porque era tan buenazo,
Que cuando airado para herir movía
Aquel fornido brazo,
Tan solamente daba, si podía,
En vez de una estocada un puñetazo;
Así es que un dia, exento de despecho
Por no romperle la cabeza á un moro,
Por poco el moro le atraviesa el pecho.

III.

¡Dichoso Juan, que viene
Ignorando en sus santas ilusiones
Que siempre alcanza el triunfo aquel que tiene
La razon de los muchos batallones,
Y que, volviendo vencedor del moro,
Ostenta sus laureles
Sin presumir que, cuando falta el oro,

La gloria y el honor son oropeles!
Nunca Juan entrevió, cual buen guerrero,
Feliz con su uniforme de jilguero,
El axioma profundo
De que, pese al rencor del mundo entero,
Toda la gloria militar del mundo
No vale ni la vida de un ranchero:
Por lo cual dejaremos que la historia
Cuente de Juan el indomable brío,
Porque yo, lector mío,
Tengo el honor de despreciar la gloria.

IV.

Ya al volver Juan, era doctor su hermano,
Quien despues que se hubo hecho
Médico-cirujano
Y estudió sin provecho
Lo material del organismo humano,
En clínica aprendió cuatro patrañas;
Mas siendo al parecer un hombre grande,
Ni siquiera observó como Lalande
Que saben á avellanas las arañas;
Y aunqué el caso que es horroroso,
Hasta su mismo padre embelesado,
Viendo á Pedro hecho un médico famoso
Se acordaba de Juan avergonzado;
Y no falta en la aldea quien opina
Que la madre murió de gozo loca
De pensar que era Pedro en Medicina
Un *Cordezo*, un *Corral* ó un *Sanchez Toca*.
Y ¡cuán grande es del hombre la simpleza!
Después que, ya famoso, probó el cura
De Pedro la antiquísima nobleza
Conforme á la verdad de la figura
De un árbol genealógico que empieza
Saliendo de una nube muy oscura,
Los arqueólogos dieron
Por cosa averiguada,
Que los tales Fernandez no salieron
Como todos los séres de la nada.
Y el maestro de escuela
Probó tambien con árboles pintados
Que su décima abuela
Tuvo un poco que ver con dos cruzados.

V.

Pero ¿y Maruja? Como Juan creía
Que era invencion del diablo la escritura.
Temiendo de la tropa á la ironía,
No escribió á su futura
La mas pequeña frase
Por que el cabo furriel no se enterase
De la inmensa pasion que le tenía,
Así es que no sabía
La historia lastimera
De que muriendo un día
El tio que en América vivía,
A su novia dejó por heredera,
Pasando así Maruja á ser María.
Después, Pedro Fernandez Palomino.
Tenaz persecutor del sexo bello,
Como tenia el tino
De coger la ocasion por el cabello,
Faltando á la ternura y al decoro
De Juan, ausente, escamoteó el destino.
Con el ánsia feroz de un campesino
Que buscase en el Sil pepitas de oro.
Y aunqué ella no era hermosa,
Como hace el oro hasta á la fea bella.
Después que fué María poderosa
Resolvió Pedro enamorarse de ella.
Y María, con ánimo sereno,
Para no hacer á su riqueza agravio.
No se casó con Juan, aunque era bueno;
Con Pedro se casó, porque era sabio.
Y cierta frase del doctor explica
Esta exclusion del vencedor del moro:
¿Cómo se ha de casar con una rica
Quien nunca ha visto una moneda de oro?
María era algo tosca; pero ahora
Que tiene una fortuna y un marido,
Pasando de aldeana á gran señora,
Mudó de piel, se puso otro vestido,
Y hoy, teniendo María
Un corazon que late por oficio,
Mira pasar en procesion tardía,
Sin ninguna virtud y ningun vicio,
Un dia y otro dia y otro día:
Y como ya actualmente
No ha de llevar el cántaro á la fuente.
Se fastidia pensando en su riqueza,

Y muy feliz bosteza
Y vuelve á bostezar dichosamente.
Resultado: que Pedro, hombre profundo
Más bien que en lo divino en lo profano,
Se casó con la novia de su hermano,
Y cual siempre sucede en este mundo.
Aunqué esto clama al cielo, clama en vano.

VI.

Todo esto, corregido y aumentado,
Al llegar á su pueblo Juan soldado
Se lo contó con gracia extraordinaria
Un quinto de Sevilla
Que crée que es el gazpacho con guindilla
El *summum* de la ciencia culinaria.
Mirando al relator con extrañeza,
A pesar de su hercúlea fortaleza,
Al oir cada frase
Se quedaba el Juan cual si girase
Un rayo en derredor de su cabeza.
Y por instinto, al fin, creyendo ciertos
Los hechos del cronista sevillano,
Se echó angustiado al corazon la mano,
Y mano y corazon quedaron yertos:
Y al ir á andar, turbado,
Dió vueltas como un hombre enajenado,
Y emprendiendo una marcha, igual al vuelo
De un pájaro atontado,
Tambaleando de un lado al otro lado,
Resbaló, miró al cielo,
Y al caer, desplomado,
Se dió con la cabeza contra el suelo.
Y cuando Juan, herido,
Fué á casa del albéitar conducido,
Dos pobres del más pobre populacho
Le sirvieron de apoyo;
Y aunque algun sabio dijo — «es un borracho»
Las hijas y los hijos del arroyo
Decian viendo á Juan: — «¡pobre muchacho!» —
Y en medio del dolor que Juan sentía,
Las sienes con las manos se apretaba,
Y nombraba á María,
Y por más que su nombre maldecía,
No queriendo quererla, la adoraba.

VII.

Miéntras Juan en un lecho, cabizbajo,
Solo piensa, entre sábanas metido.
En hacer que se olvide que ha existido,
Lo cual le costará poco trabajo.
Maldice en su quebranto
La ingratitud de aquella
Por la cual sabe bien el cielo santo
Cuántas veces comió, pensando en ella,
El pan de municion bañado en llanto.

VIII.

Pensando siempre Juan, como yo pienso,
Que, al morir, todo el que ama
Siente un cariño inmenso,
Porque el amor sin dicha es un incienso
Que hace eternas las vidas que embalsama,
Bendiciendo su estrella,
— «¡Mejor, — dijo cual nunca enternecido, —
Si hoy me muero, ya en sombra convertido
Viviré cerca de él y cerca de ella!» —
Y es que la fé en amar un imposible
No acaba con la vida que declina,
Porqué el amor es una sal divina
Que produce una sed inextinguible,
Por lo cual con su angélica inocencia
Y su inmensa bondad, que ya es paciencia,
Juan aspira á querer despues de muerto...
¡Dios mio! ¿será cierto
Que el amor sobrevive á la existencia?

IX.

Después que Juan soldado
Al hallarse vendido
Sintió su corazon, ya lacerado,
Por un frio mortal entumecido,
Un helado sudor bañó su frente,
Y luego, tiernamente,
Recordando la casa de su padre,
Recitó mentalmente
Cierta oracion que le enseñó su madre;

Y como al cielo su dolor eleva
Oirá el cielo esta vez sus agonías...
Aunqué hay dias de prueba
Y está muy léjos Dios en esos días.

X.

Sin fuerza y desangrado el pobre mozo,
Fijando en el albéitar la mirada,
Mas blanco ya que el lienzo de la almohada,
Cada aliento que exhala es un sollozo;
Y en postracion sombría
Cuando Juan respiraba todavía,
Como todos los tristes miró al cielo,
Y exclamó: — «¡Adios, María!» —
En tanto que lucia
Muy cerca de su herida un escalpelo.
Y ya el dolor de su alma, confundido
Con el temor de una incision sangrienta,
Unió á la fiebre del amor vendido
La fiebre de una muerte vïolenta;
Por lo cual, Juan rendido
Cayó, en su puro amor desvanecido,
De la vida en el último desmayo...
¡En negar el olvido
Dios es más duro que en forjar el rayo!

XI.

¡Así perdiendo á su adorado dueño,
Juan, al volver triunfante de la guerra,
Cayendo de la cúspide de un sueño,
Dió con el cuerpo y con el alma en tierra!

CANTO TERCERO.

JUAN DE LAS VIÑAS.

I.

¡Qué estrella tan fatal! sin duda alguna
Hubiese sido humano
Que al tiempo de nacer, cualquiera mano
Volcase sobre Juan su propia cuna;

Aunqué hoy por su fortuna,
El viejo cirujano,
Que es tambien el albéitar de la aldea,
A Juan curó de modo
Que puso en un gran crédito la idea
De que vino y jamon lo curan todo.
Y entrando ya en la vida cotidiana,
Aparte del hechizo
Que le causó la voz de la campana
Que tocó en su bautizo
Y que en su entierro tocará mañana,
Supo Juan, al volver de su desmayo,
La muerte de su madre, y que vivía
Su padre, haciendo casi de lacayo,
En Madrid con su hermano y con María;
Porque siempre, mecidas al arrullo
De ideas ambiciosas,
Se agrupan las familias por orgullo,
Y las dispersa Dios por orgullosas.

II.

Y como Juan cuando se fué á la guerra
Más bien que la esperanza de la gloria
Por todos los espacios de la tierra
Llevaba á su lugar en la memoria,
Fué á ver con diligencia
Los sitios de sus penas y placeres;
Pero, después de su gloriosa ausencia,
Aunqué en forma variada, halló en la esencia
Los mismos hechos y los mismos séres,
Pués siempre, como ley de la existencia,
Las cosas sucediéndose á las cosas,
Las flores crian granos,
Los granos van á rosas,
Las larvas se convierten en gusanos,
Los gusanos se vuelven mariposas;
Y cambiándose en odios los amores,
Formando vidas nuevas de las viejas,
Las abejas se comen á las flores,
Los pájaros después á las abejas;
Y así implacablemente
En incesante rueda
Va siendo todo igual, y es diferente,
Y todo va pasando, y todo queda.

III.

Fijo Juan en la idea
De honrar siempre á una imágen adorada,
Va á ver al cementerio de la aldea
La tumba en que su madre está enterrada.
Pero ¡oh rigor del hado!
El mismo enterrador que la ha inhumado
No recuerda siquiera
Dónde, de prisa y de cualquier manera,
Enterró aquella madre tan querida;
Y á Juan, al ver perdida
La imágen, más que todas, hechicera,
Le da el frio moral una ronquera
Que despues le duró toda su vida:
Y entre lágrimas, ora
Por la madre que adora,
Teniendo solo al cielo por testigo,
Secándose las lágrimas que llora
Con un jiron de una bandera mora
Conquistada por él al enemigo.
Y después, resignado,
Sobre un resto de lápida sentado,
Ámbos codos clavando en las rodillas,
Sostiene con las manos las mejillas,
Y volviendo la vista á lo pasado,
De las memorias de su infancia lleno,
Recuerda con mas pena que alegría
Las veces que su madre le decía
Como si fuese un monstruo: — «Juan, sé bueno:»
Y, cual si aún fuera su bondad escasa,
Promete ser mas bueno todavía
Por la memoria del postrero día
En que su madre le esperaba en casa.
Y viendo que buscaba inútilmente
El sitio en que su madre fué enterrada,
Cuando ya lentamente
Sumergia las cosas en la nada
La sombra, inmensamente prolongada,
Por un sol que se hundia en Occidente,
Al volverse al lugar, meditabundo,
De confusiones lleno,
Con la mayor ingenuidad del mundo
Se decia á sí mismo: «¿Y qué es ser bueno?»

IV.

Unos días después de su llegada,
Con ménos pena que ira,
Al pasar por la casa de su amada
No la quiere mirar, pero la mira;
Y hasta adulando á su esperanza vana
A sí mismo se enseña
Una puerta pequeña.
Que hace á un tiempo de puerta y de ventana,
Recordando dichoso la mañana
En que, turbado, requebró á María.
Miéntras ella comía,
Oyendo hablar de amor, una manzana.
Y siempre de la dueña enamorado,
Unos dias de frente, otros de lado,
Cuidadoso investiga
Piedra por piedra ese rincon amado...
No está mas preso un pájaro en la liga
Que el pobre Juan á su cariño atado.
Y el dia en que consigue
Pasar ante la casa sin ser visto,
Como si hubiese en lo interior un Cristo
Hace un saludo á la ventana, y sigue;
Más sigue convencido
De que, leal, nunca echará en olvido
A su ingrata María,
Porqué en cuanto á querer y á ser querido
Por el alma de Juan no pasa un día.

V.

Y como es, para el bueno verdadero,
El sitio en que se nace, el mundo entero.
A la choza, vendida, en que ha nacido,
Tan alegre y caliente como un nido,
Dando vueltas en círculo incesante
Aspira con placer, siempre que pasa,
La esencia, más que todas penetrante,
De las flores del huerto de su casa.
¡Cuánto el dolor su corazon taladra
Al recordar su loca fantasía
Aquel tiempo feliz en que dormía
Sobre un lecho de ramas en la cuadra!
Y siempre que pasando, iba y venía,
¡Con qué gozo tan puro
Columpiaba el cordel que se extendía

Desde el sauce lloron á un viejo muro,
Soñando ver en él que, al sol colgada,
De un lado al otro columpiada vuela
La ropa de blancura inmaculada
Que tomaba, con salvia perfumada,
El olor de los tiempos de su abuela!
En esa cuerda de feliz agüero
Veian con placer las campesinas
Que, al dar su adiós al nido del alero,
Descansaban sobre ella un dia entero
Ántes de ir hácia el Sur las golondrinas.
Y un dia en que embriagaban sus sentidos
Oleadas de perfumes y de ruidos,
Al mirar con encanto verdadero
Que entónces festoneaban ese alero
Entre nuevos y viejos ocho nidos,
Perdió sus ilusiones,
Porque de él, ya olvidados,
No bajaron del techo descuidados
A comer en su mano los gorriones.
Y transido de pena
Por estas y otras cosas que imagina,
Juan, con su cara de paciencia llena,
Bendiciendo su casa, que era ajena,
Por no echarse á llorar, vuelve la esquina.

VI.

Probando de nuestro héroe la paciencia
El destino con todos sus azares,
Quiso la Providencia
Que tuviese una herencia
Que añadió un pesar mas á sus pesares.
Si es curioso el lector, no habrá olvidado
Aquel pobre pastor ex-guerillero
Que al partir á la guerra Juan soldado
Le regaló dinero;
Pues el mismo, de Juan, su compañero
De glorias, de fatigas y de males,
Hizo un *Juan de las Viñas* verdadero.
Dejándole al morir, como legado,
Derecho á dos *majuelos* nominales,
Un *barro*, treinta *ovejas* y mil *reales*,
Con lo cual quedó Juan, siendo heredero,
Mas rico que cien reyes orientales.

VII.

Aunque él toda su vida
Aspiró al bienestar de los pequeños,
Tuvo Juan con la herencia recibida
Un enjambre de ensueños,
Pues pensó en la ventura exorbitante
De llegar en la guerra á subteniente,
Sabiendo que no hay honra semejante
A que todo oficial tenga asistente,
Y cualquier general un ayudante;
Y en lo civil, soñó desvanecido
En ser grande de España,
Porque, excepto en la Arcadia, siempre ha sido
Un palacio mejor que una cabaña.

VIII.

Miéntras fué pobre Juan, fué despreciado;
Mas se hizo rico, y desde el mismo dia,
Como hombre acaudalado
Tuvo primas sin fin que no tenia;
Y viéndole nadar en la opulencia,
Le declaró su amor con inocencia
Una muchacha guapa
De un pueblo de Valencia
Cuyo nombre no he visto en ningun mapa;
Porque en la humana historia,
Sin excepcion ninguna,
Si algo hace la mujer por vanagloria,
Y el hombre por la gloria,
Lo hacen todo los dos por la fortuna.
Mas ¿qué le importa á Juan ser heredero,
Si no se pone á meditar despacio
Que no hay moral mejor que la de Horacio
Con juventud, con fuerza y con dinero?

IX.

La inocencia campestre es una cosa
Que solo por bondad la sostenía
Virgilio el inocente, que creía
Que en el campo es la gente candorosa;
Y de acuerdo tambien con las ideas
Que brillan en las obras virgilianas,

A mí me gustarian las aldeas
Si no hubiese aldeanos ni aldeanas;
Pero el buen aldeano, hasta el mas bueno,
A todo aquel que hereda
Contribuye á arruinarle, como pueda,
Con la tristeza vil del bien ajeno.
Por eso á Juan, cierto vecino honrado,
Con la mala intencion de dos beatas,
Le envenenó el ganado
Untando el desalmado
Con jugo de baladre unas patatas;
Y nadie hallará extraño
Que priven en el pueblo estas ideas,
Pues las gentes de bien de las aldeas
Solo saben gozar cuando hacen daño.
Y el Fisco, por supuesto,
Su escaso haber fué convirtiendo en humo,
Imponiéndole impuesto sobre impuesto
Por la herencia, la industria y el consumo;
Por lo cual el riquísimo heredero
Supo por experiencia
Que Dios suele mandarnos con frecuencia
La desdicha hasta en forma de dinero.

X.

Y el vulgo desalmado
Cuando ve que no tiene Juan Soldado
Ni un cuarto en el bolsillo,
No le llama *Don Juan*, ni *Juan* siquiera,
Pues de cualquier manera
Le llama uno *Juanete*, otro *Juanillo*;
Y, hasta gracias tambien á la lejía,
Perdió el carácter militar un día
Su traje de soldado,
Pues, sin saber el pobre lo que hacía,
Un pantalon de grana que tenía
Lo dió á colar y se quedó azulado.
Así es que, avergonzado,
Huyendo de la aldea
Pensó en la corte, y emprendió el camino
Montado en su pollino,
Como un rey fugitivo de Judea.
Y léjos ya, cuando al caer el día,
El sol, bajando al mar de una montaña,
En una confundía

Las sombras del palacio y la cabaña,
Viendo á la luz del astro que moría
Que el perro que fué suyo le acompaña,
Juan se apea, y espanta con empeño
A aquel único amigo que tenía,
Porque fiel se volviese á la alquería
De su reciente dueño.
Pero al ver que se apea,
Con mas ingratitud que una persona
El asno puso en práctica una idea
Muy digna de un doctor de la Sorbona;
Dió á Juan un par de coces,
Rebuznó, y rebuznando, llamó á voces
A toda la ralea
De sus buenos amigos,
Echó á correr, y se volvió á la aldea
A vivir merodeando por los trigos.

XI.

Al verse aquel ex-rico, que creía
Ser émulo feliz de los Sultanes
Y que pensaba disfrutar un día
La dicha de los ricos holgazanes,
A la vista del valle en que ha nacido,
A pié, solo y herido,
Y herido por un asno tan vilmente,
Sintió la humillación del desaliento,
Porque acaso ignoraba el inocente
Que todo hombre de bien lleva en la frente
La señal de la coz de algun jumento.
Mirando al cielo, airado,
Quiso desesperado
Maldecirlo en su amargo desconsuelo...
¡Calla, desventurado!
Porque caiga una teja de un tejado,
¿Qué culpa tiene de eso el pobre cielo?

XII.

Viendo en fin mas allá de las montañas
La choza en que miró la luz primera
Y en que su madre por la vez postrera
«El hijo le llamó de sus entrañas,»
Despues de un gran silencio de agonía,

Perdida ya por el dolor la calma,
— «¡Adios, madre del alma!» —
Con voz mojada en lágrimas decía;
Y de nuevo gimiendo,
Miéntras que dá su corazon, latiendo,
Mas vueltas que la rueda de un molino,
La grande esclusa de su llanto rota
Perdiendo de sus ojos el camino,
Fué cayendo en su pecho gota á gota.
Y como en cierto modo
Son las obras de Dios hasta piadosas
Con las almas honradas y amorosas,
Y hay horas de dolor en que habla todo,
Los seres animados y las cosas,
Miéntras va hácia Madrid con paso lento,
Por la madre que llora en tal momento,
Como ecos de la pena que sentía
Oir y ver creía
Temblar la tierra y suspirar el viento...
¡Yo ví tambien, cuando murió la mía,
A las piedras llorar de sentimiento!

CANTO CUARTO.

JUAN LANAS.

I.

Marchaba hácia Madrid, y á Juan, rendido,
Despues de andar hambriento un dia entero,
Cuando se iba á caer desfallecido
Le dá un melocoton un pordiosero,
Y con esto ya el hambre con sus iras
La intrepidez estomacal no abate
Del que fué hasta Madrid, desde Algeciras,
Con un pan, dos arenques y un tomate.
Y, despues de comerse al otro día
Un trozo de jamon que suelta un gato
Que persigue el mastin de una alquería,
En vez de dos, muy malos que tenía,
Triunfante entra en Madrid con un zapato:
Y al ver una plazuela
Que, siendo occidental, llaman de Oriente,
Se sienta á descansar tranquilamente
Sobre un banco que el moho aterciopela.

Era una noche de verano, y viendo
Que la gente afanada, discurría
Cual si anduviese huyendo
De la lluvia menuda que caía,
Oyó hablar — «de cuartel» — «de infantería,»
«De motin» — «de sargentos» — y, temiendo
Por el doctor su hermano y por María,
Se fué á buscarlos de ternura lleno,
Que aunque celoso, de rencor ajeno,
Recordó que su madre le decía
— «Que seas bueno, Juan, que seas bueno;»
Y, su estancia por Pedro autorizada,
En casa de su amada,
Muy cerca de la cuadra, y junto al coche,
Como en los tiempos de su edad pasada,
Juan durmió aquella noche
Sobre un lecho de hierba embalsamada.

II.

¿Qué pasaba en la corte? Al fin de un día
De un triste mes de junio, se sentía
Una paz sepulcral que daba miedo.
Madrid aquella noche parecía
Una ciudad mas muerta que Toledo.
No dejó desterrada
La maldita ambicion del mundo entero,
Cuando el César Severo
— «Yo he sido todo, — dijo, — y todo es nada,» —
Pues todos luchan ya por ser mejores;
Los pobres por ser ricos;
Los ricos por ser reyes ó señores;
Por ser grandes los chicos;
Los reyes por llegar á emperadores;
Y por esta razón se combatía
Al Duque de Tetuan, que presidía
Un paternal Gobierno;
Y aunque nada se oía,
Aquel silencio, al despuntar el día,
Se convirtió en el ruido de un infierno;
Pues al rumor de las balas y sablazos,
De gritos de furor, de cañonazos,
Se une el himno de Riego,
Ese vino español alcoholizado
Que embriaga y acalora como el fuego,

Y que, en calles y plazas derramado,
Las almas apasiona,
Y hace que sea el aire electrizado
Un héroe macedon cada soldado,
Cada casa una puerta de Gerona.
¡Luchando aquí á traicion, allí con gloria,
A degollar se lanza
Mas bien que el patriotismo la venganza,
Pues, si es fiel mi memoria,
No igualan á aquel dia de matanza
Las mas grandes tragedias de la historia:
Y no habrá tanta sangre y tanto arrojo
En la hora en que, aleve,
Alzando por señal el pendón rojo
Traiga á este mundo el general despojo
La negra pascua de la hambrienta plebe!

III.

¿Quién vencerá? La buena estrella. ¡Es loco
El que cree en los prodigios de la espada,
Pues si una gran virtud estriba en poco,
La heroicidad mayor pende de nada:
Por eso siempre en lo azares funda
Sus triunfos en la guerra
La gran casualidad, madre fecunda
De todos los sucesos de la tierra!
Y ¿qué importa á los pueblos ofuscados
En lo real, ni el honor ni la victoria,
Si, ilusos ó engañados,
Con falsedad notoria
Van llenando los templos de la gloria
Con héroes por los necios fabricados;
Y en lo ideal, turbada su memoria,
Cuando están por el cielo arrinconados,
Con pedazos de dioses destrozados
Terraplenan los huecos de la historia?
¡Mas dejad que el que todo lo gobierna
Permita de la guerra el don funesto
Que al corazon y á la virtud consterna!...
¡Ya acabará todo esto
Cuando dé al mundo Dios la paz eterna!

IV.

Y volviendo al horror de la jornada,
Motin y rebelion á un tiempo mismo,
La soldadesca armada
De la plebe inocente y confiada
Inflama hasta la rabia el patriotismo.
¡Oh, Libertad querida!
Por tí, ciegos, en lucha fratricida
Se matan sin clemencia
Héroes sin nombre que la historia olvida,
Y al fin será menor tanta demencia
Si creen en su conciencia
Que epílogo la muerte de la vida
Es prólogo á su vez de otra existencia!
¡Oh, Igualdad imposible! ¡En vano, en vano,
El freno sacudiendo de las leyes,
Un dia, por envidia hacia los reyes,
El pueblo hace de rey puñal en mano;
Pues ni espadas, ni sables, ni puñales,
Nos han de hacer en condicion iguales.
Y, pese á su patriótica constancia,
Jamás podrán romper los liberales
La eterna esclavitud de la ignorancia!

V.

Pido á Dios en mis grandes devaneos,
De mi madre en memoria,
Que el cielo al ambicioso le dé gloria
Y á Juan y á mí templanza en los deseos.
Á Juan, de que ya he dicho y repetido
Que en tanto que en su casa, aunque querido,
Como un esclavo el infeliz vivía,
Su hermano Pedro ha sido
Criado de tal modo, que creía
Que el pan lo da la tierra ya cocido.
Y por eso en sus gustos consentido
Solia presumir de tal manera
Que por ser aplaudido
Pondria fuego al mar, si el mar ardiera.
Y aquel dia, ambicioso sin cautela,
Supuso estar febril de patriotismo,
Y hasta se hizo orador de callejuela
Y habló de honor, de patria y de heroísmo.
Más, próximo el motin á ser vencido,

Fingiendo estar contuso, estando ileso.
Fué Pedro conducido
A un hospital en calidad de preso;
Y al verse recibido
Por su amigo querido
Un médico castrense, calvo y grueso,
Que llevaba en el frac cinco ó seis placas,
Con un bordado de oro tan espeso
Que con solo el exceso
Se podrian bordar veinte casacas.
Pedro de astucia lleno
Dijo al castrense con fingida calma:
— «Yo sé que Juan, mi hermano, que es tan bueno,
Se pondrá en mi lugar con vida y alma.»
Y al verle ya sin ganas
De aspirar al honor de ser guerrero,
A Pedro preguntó su compañero:
— «¿Tan bueno es ese Juan?» — «Es un *Juan Lanas*,»
Pedro responde. Y sin perder momento,
Se llama á Juan, el que acudió contento:
Porque esto es lo que pasa:
Hombre ó mujer, el bueno de la casa
Siempre es la cenicienta ó ceniciento;
Y dócil por costumbre,
Obedeció sin desplegar los labios;
¡Funesta mansedumbre
Por la que suelen condenar los sabios
La bondad á una eterna servidumbre!

VI.

Poniendo á Juan, por fin, en vez del preso,
El médico castrense calvo y grueso,
El porvenir trocó de los dos hombres
Después de sobornar á un centinela.
Estos cambios de cosas y de nombres
Siempre harán de la historia una novela.
En tanto que falaz de aquella suerte
El médico ex-guerrero
Á fuerza de matar temió á la muerte,
Juan, no temiendo nada,
Ponia en su mirada
Mas bondad que en los ojos de un cordero;
Y al mirar que su hermano se alejaba
Con un traje de noble advenedizo
Á aquel aire enfermizo

Que tenian los muertos que mataba,
Creyendo ver en él la imágen santa
De su infancia querida,
Hácia sus ojos se agolpó la vida
Y se anudó el dolor en su garganta.

VII.

Mas Pedro, que era un hombre abominable.
De tal hipocresía,
Que el fin de sus acciones consistía
En no dejarse ahorcar ni aún siendo ahorcable,
Poniendo á Juan en su lugar, y haciendo
A la verdad agravio,
De su castigo se excusó ejerciendo
La explotacion del bueno por el sabio.
Y al verse libre, de imperial manera
Con mirada altanera
Honró á los practicantes
Sin ver á Juan siquiera,
Que es, á pesar del inmortal Cervantes,
La fuerza de la sangre una quimera,
Y se alejó en seguida,
Siempre orgulloso de su buena suerte,
Como un enterrador que en plena vida
No respira más que hálitos de muerte.

VIII.

Y cuando Pedro disfrazado huía,
Y azorado veía
Los muertos por la calle amontonados,
Renunció á la ambicion desde aquel día,
Y con fé volteriana repetía
«Que es muy bueno el laurel en los guisados;»
Y su alma, desde entónces espantada,
Jamás volvió á pensar en rebeliones;
Que en muchas ocasiones
Nuestra vida, maestra consumada,
Prueba con sus lecciones
Que enseña más moral una estocada
Que Fray Luis y Bossuet con sus sermones.

IX.

Miéntras llega el momento
En que, juzgado Juan, vea contento
Que, en lugar de su hermano sentenciado,
Ó solo va á presidio, ó es fusilado,
Diré que en la batalla dió la suerte
La razon al más fuerte,
Pues, aunque ya decía Saladino
Que no calla la sangre que se vierte,
Como un torpe dramático el destino
Lo suele arreglar todo con la muerte
Y así tras largas horas de agonía,
Con tanta destruccion y tanto muerto,
Haciendo de Madrid en aquel día
Una gran catacumba á cielo abierto
Puso al montin remate
O'Donnell, que sabía
Que entre todas las armas de combate
Protege siempre Dios la artillería:
Y altivo, fiero, y por valor sañudo,
Con el cañon ensangrentó la tierra,
Porqué era la divisa de su escudo:
«Paz en la paz, pero en la guerra, guerra.»

X.

Tal fué el gran Duque de Tetuan primero,
Quien, cortés valeroso y caballero,
Las serpientes ahogó de la anarquía,
Amó la libertad como Espartaco,
Y en santa union para formarle un día
Dió su cuerpo Escipion, y su alma Graco.

XI.

Como es caso olvidado por sabido
Que no hay enterrador como el olvido,
Midiendo á todos por igual la suerte,
Se durmió el vencedor con el vencido
En el comun regazo de la muerte:
Y el hecho aquel, cuyo recuerdo aterra,
Acabó, como acaba toda guerra,
Que se entierra al final, ó no se entierra
En lugar del amigo al adversario;

Trabajo innecesario.
Pués de todas maneras en la tierra
Lo que no es cementerio es un osario.

XII.

La gloria y la ambicion no tienen cura:
Y el que haya un vencedor frente á un vencido
Excluye de la tierra la ventura;
Pués ¿qué és nuestra ambicion? Una locura;
Y nuestra gloria ¿qué és? Ruido y más ruido.
Siempre es menor del alma la grandeza
Que la miseria en que se ve abismada;
Porqué ¿en qué acaba todo? En la tristeza;
Pero ¿y después de la tristeza? ¡En nada!

CANTO QUINTO.

EL BUEN JUAN.

I.

Después del dia en que terriblemente,
Por la espalda una vez, y otras de frente,
Se mataron los hombres á millares,
La lluvia indiferente
Fué llevando la sangre al Manzanares,
Y el rio se fué al mar por la pendiente;
Y ántes de la llegada
Del silencio que sigue á todo ruido,
Y después de aplicada
La moral vencedora «¡ay del vencido!»
Acabó nuestro Juan en presidiario;
Pués el hado enemigo,
Llevándolo hasta el fin de su calvario,
Lo hizo mandar á Ceuta por castigo
Al primer batallon disciplinario;
Y es fama que su fama de asesino
Por su hermano arrostró noble y sereno,
Pués cuando un blanco, como Juan, es bueno,
Ese blanco es un negro del destino.

II.

Habia en Ceuta una fatal Roseta
Que, adiestrada en amor por un tal Nelo,
En el cuartel del Fijo echó discreta
La caña de pescar de sus encantos,
Siendo Juan el primero que, entre tantos
Picó como un mal pez en el anzuelo.
Juan, con el alma inquieta,
Engañado tal vez por su deseo,
Creyendo que Roseta,
Hermosa valenciana con *seseo*,
Se parecía un poco
A su novia María,
Con honda idolatría
La adoró como un ciego y como un loco,
Y ella, hasta el fin artera,
Por Juan idolatrada,
Se empeñó en olvidar que era casada
Y se dejó obsequiar como soltera.
Valenciana notable
Por el subido azul de sus ojeras,
Tiene un alma irascible y entrañable
Que sabe amar y odiar como las fieras.
Roseta, que servía
A un criado de un Duque de Gandía;
Aunqué huertana y gruesa, era tan bella
Que no se hallaba en Cádiz ni en el Puerto
Una mujer mas andaluza que ella
Por la sal que vertía:
Y si alguno dudase de mi aserto:
Que suba al cielo, y le dirá si es cierto
El sol, que es natural de Andalucía.

III.

Era Nelo un gentil aventurero
Que con el alma para el mal nacida
Fué el que á Roseta administró el primero
El bautismo de fuego de la vida.
Roseta, desposada con Segundo,
Se quedó como muchas en el mundo,
No por causa del cura, mal casada;
Y aunqué era religiosa á su manera,
De veinte se cansó de ser soltera,
Y casada de un mes se halló cansada.

Y Nelo, acaudillando
Cierta mañana un enemigo bando
De turcos españoles con careta,
Robó á Roseta ántes de entrar en misa;
Y es fama, aunqué lloraba, que Roseta
Se dejó secuestrar muerta de risa.

IV.

En Valencia á un Manuel le llaman Nelo,
Y el Nelo de quien hablo,
Siendo mejor que el diablo,
Es un poco peor que Maquiavelo;
Pués el traidor, lo mismo
Que lo pudiera hacer un abogado,
Sabia dar de lado
Al Código penal y al Catecismo;
Y siendo un presidiario sin grillete
Que ardoroso, y con hábitos sensuales,
No tiene mas que siete
De todos los pecados capitales,
Hace pensar su tez amarillenta
Que en su sangre hay mas bílis que fibrina,
Y en su boca se ostenta
La sonrisa feroz de un Catilina;
Y malo desde el día que ha nacido,
Si nunca roba, con frecuencia mata,
Y siendo más pirata que bandido,
Es más contrabandista que pirata.

V.

Ya venian de fuera
A España á veranear los ruiseñores,
Y empezaba á inquietar la primavera
Con sus linfas turgentes á las flores;
Y más que aquí, ya en Ceuta sentía
La atmósfera templada
Del aliento fecundo de aquel día
En que salió la tierra de la nada,
Cuando Nelo, encargado
De una mision secreta,
Fué el que en su barca de pirata honrado
Llevó á Ceuta al marido de Roseta.
Mas esta, que á Segundo no quería,

Llamándolo hácia sí ¿qué pretendía?
Lo ignoro, porqué tengo la evidencia
De que, aunqué sea jóven por derecho;
Segun dicen mujeres de experiencia,
Todo marido es un anciano de hecho:
Y creo en consecuencia
Que al llamar al esposo aborrecido,
Roseta, que algun día
Para ser libre se casó en Gandía,
Hoy piensa hacer matar á su marido
Para hacerse mas libre todavía.

VI.

Ya indiqué de pasada
Que solo por recuerdo de María
Con alma enamorada
Juan Fernandez servía
De criado á Roseta, la criada
De un criado de un Duque de Gandía;
Siendo tambien una verdad probada
Que si él la amó con sumision completa,
Por su parte Roseta
Pagaba su servicios con tesoros
Pues muchas veces con sus propias manos
Ya le deba *alcuzcuz*, plato de moros,
Ya *caballa y boniato* de cristianos.
Y un dia en que Roseta,
Que con calma aparente vive inquieta,
Convida á Juan á manzanilla y luego
Le da un plato de callos que echan fuego.
Miéntras él de Roseta la belleza
Contempla enamorado como un loco
Y se le va subiendo poco á poco
El vino y el amor a la cabeza.
Nelo, falaz como el traidor de un drama,
Encima de la estancia de la que ama,
A Segundo en un cuarto introducía,
Y dando fin á una horrorosa trama,
Cuando este confiado se dormía,
En vez del pobre esposo que vivía,
Dejó un muerto acostado en una cama;
Y dos horas después, Juan, conducido,
Con modos insinuantes
Por Roseta hasta el cuarto maldecido,
Lo encerró en compañía del marido
Que Nelo asesinó dos horas ántes.

VII.

Turbado por el vino y casí inerte,
Al caer sobre el lecho
Juan sintió junto al pecho
El hielo de las manos de la muerte.
Dudó, temió, palpó, y aunqué embriagado,
En medio de un horrible desvarío
Le hirió, el tocar á un hombre asesinado,
Una descarga eléctrica de frío.
Juan, todavía incierto,
Turbada la razon, si no perd da,
Volvió á palpar, pero al tocar al muerto,
Sintió el horror más grande de su vida.
Y corriendo después hacia la entrada
Para buscar salida,
Encontrando la puerta bien cerrada,
Puso, al ver imposible toda huida,
Una cara espantosa de espantada.
Consigo mismo entre las sombras lucha;
De nuevo el lecho á registrar se atreve,
Hasta el pulso en su sien se vé y se escucha,
Y el muerto, que mueve él, cree que se mueve.
Y tomando el rumor de sus pisadas
Por pasos sigilosos de un malvado,
Toca el puñal por Nelo abandonado,
Y con manos crispadas
Lo coge, y defendiéndose, aterrado
Da al muerto, por error, dos puñaladas.
Volvió á querer huir, pero no pudo.
Furioso, fué á gritar, y se halló mudo.
¡Va y viene y vuelve; y de sudor cubierto,
Da vueltas como un loco rematado,
Y después de girar, de espanto yerto
Su cuerpo se quedó petrificado ,
Y por fin cayó en tierra como un muerto!

VIII.

Roseta en tanto el ondulante talle
En la nube envolvió de un negro manto,
Y gritando «¡asesino!» con espanto
Del Rebellin alborotó la calle;
Y aquella mal casada,
Que sabe quién ha muerto á su marido,
Llamando á Juan «¡infame!» á grito herido
Quiere á Ceuta hacer ver que está aterrada.

IX.

Delatado por Nelo,
Fué preso Juan Soldado
Por cierto capitan muy delicado,
Que tenia mas reumas que su abuelo,
Héroe de tal fiereza
Que á dejarse arrastrar por sus instintos
Alinearía á un batallon de quintos
Cortando á los mas altos la cabeza.
— «¿Es cierto que amas á Roseta?» — «Es cierto.»
— «¿Luego eres el que ha muerto á su marido?»
— «Yo juro,» — dijo Juan, — «que no he sabido
Si he muerto á un vivo, ó asesinado á un muerto.»
Así pregunta al mozo,
Y así Juan le contesta;
Quien después con la cara descompuesta
Los labios se mordió y ahogó un sollozo.
¡Más no pidió ni gracia ni consuelo,
Presintiendo sin duda el desdichado
Que hace ya mucho tiempo ha renunciado
Al reino de la tierra el rey del cielo!

X.

Un consejo de guerra,
Tan discreto por mar como por tierra,
Condenó á Juan Soldado,
Porque encontró evidente
Que, estando de Roseta enamorado,
Fué el que, arrastrado por su amor impuro,
Al marido mató cobardemente
Á traicion y además sobre seguro.
Así por el vil Nelo,
Cobarde de una audacia calculada,
Aunqué no la del cielo,
La justicia del mundo fué engañada.
Y como nadie ve que Juan Soldado
Traspira por los poros la inocencia,
Que era un hombre culpado
Fué de tal evidencia
Que un General, sin letras muy letrado,
Al firmar la sentencia,
Exclamó de esta suerte:
— «Siempre el mundo pecó por ese lado;
Dilema del amor, ó tú, ó la muerte.» —

¿Será preciso que inocente muera
El calumniado Juan? ¡Será preciso!
¡Y pués la ley falló de esta manera,
Honremos á la ley que así lo quiso!

XI.

Como suelen hallarse en las honduras,
El sol ya no penetra en las cabañas;
Y del mar del Estrecho en las llanuras
Hacen leguas de sombras las montañas.
Es la tarde en que Nelo
En la nave en que el vil contrabandea
Desde el peñon de Gibraltar á Altea,
Se embarcó con Roseta, cuyo duelo
Es hoy tan grande, al parecer, que gime
Como una esposa honrada y sin consuelo,
Miéntras Nelo, esta infame criatura
Ampara su orfandad, virtud sublime
Que tanto ha bendecido la Escritura:
Y los dos, ella triste, y él clemente,
Juntos á Ceuta apresurados dejan,
Por no ver fusilar á Juan Soldado;
Y contentos se alejan
Con angustia aparente;
Miéntras que, tristemente,
Parece que hasta el sol, avergonzado,
Por no ver lo que vé se hunde en poniente.

XII.

De este modo Roseta con su amante,
Afectando el dolor de esposa tierna,
Salió para las costas de Alicante
Dejando en Ceuta una tristeza eterna.
Y en mengua de lo humano y lo divino,
El pérfido asesino
Partió amante y amado,
Sin temor á la ley ni al fuego eterno,
Porqué dice un autor muy afamado
Que acaba por vivir un condenado
Como el pez en el agua en el infierno,
Y ¡oh deshonor de la olvidada Astrea!
¡Lo que hace aquí mas grande el desconsuelo
Es que hasta el mismo Altea

De Roseta y de Nelo
El viaje iluminó con luz febea
El Dios que con el rayo alumbra el cielo!

XIII.

Después de confesar muy de mañana
A aquel gran homicida sin grandeza
Un cura que llamaba con tristeza
Su camisa de fuerza á la sotana,
Muy cerca de la fuente
Donde frecuentemente
Toman agua las niñas casaderas,
Fusilaron á Juan sencillamente
Contra un seto de pitas y chumberas.
Murió ahogado en sus últimos gemidos,
Y aunqué la fé de Juan era tan viva
Que creia que hay seres elegidos
Que alguna vez se inclinan desde arriba
Para echar una mano á los caídos,
Fué infeliz su bondad de tal manera
Que tuvo algun escéptico el recelo
De que en la hora de morir postrera
Ni una sombra siquiera
Se inclinó á recibirle desde el cielo.

XIV.

Dejémosle morir á Juan Soldado.
Ya el Génesis decia sabiamente
Que el hombre de dolores agobiado
No conviene que viva eternamente.
Nació y vivió inocente.
Fué bueno, y por ser bueno, desdichado.
Ayudó de su patria á la victoria.
Y aunqué vivió tan útil como honrado
Y creyó á pies juntillas en la gloria,
Murió del todo, pués murió olvidado.
Aquí da fin la historia
Del buen Juan, es decir, de Juan Soldado.

XV.

¡Como en alma tan buena y tan amante,
Nadie ha visto una pena semejante,

Por la salud del sér á quien más amo
Juro que en este instante
Moja el papel el llanto que derramo!
Y ya que hay en la tierra tanto duelo
Que mi madre decía
Que lo bueno del mundo es que hay un cielo
Porque, cual Juan, creía
Que en el último día
Todo el que sufre ha de tener consuelo,
¡Mandad, Señor, puesto que estamos ciertos
De que es la vida una incurable peste,
Que convierta á los pueblos en desiertos
Ese dia en que un hálito celeste
Ha de barrer los vivos y los muertos!

EL TREN EXPRESO.

POEMA EN TRES CANTOS.

Al ingeniero de caminos el célebre escritor

D. JOSÉ DE ECHEGARAY,

su admirador y amigo,

EL AUTOR.

CANTO PRIMERO.

LA NOCHE.

I.

Habiéndome robado el albedrío
Un amor tan infausto como mío,
Ya recobrados la quietud y el seso,
Volvia de París en tren expreso:
Y cuando estaba ajeno de cuidado,
Como un pobre viajero fatigado,
Para pasar bien cómodo la noche
Muellemente acostado,
Al arrancar el tren, subió á mi coche,
Seguida de una anciana,
Una jóven hermosa,
Alta, rubia, delgada y muy graciosa,
Digna de ser morena y sevillana.

II.

Luego, á una voz de mando
Por algun héroe de las artes dada,

Empezó el tren á trepidar, andando
Con un trajin de fiera encadenada.
Al dejar la estacion, lanzó un gemido
La máquina, que libre se veía,
Y corriendo al principio solapada,
Cual la sierpe que sale de su nido,
Ya al claro resplandor de las estrellas,
Por los campos, rugiendo, parecía
Un leon con melena de centellas.

III.

Cuando miraba atento
Aquel tren que corria como el viento,
Con sonrisa impregnada de amargura
Me preguntó la jóven con dulzura:
— ¿Sois español? — Y á su armonioso acento,
Tan armonioso y puro, que aún ahora
El recordarlo solo me embelesa,
— Soy español, — le dije; — ¿y vos, señora?
— Yo — dijo — soy francesa.
— Podeis — la repliqué — con arrogancia
La hermosura alabar de vuestro suelo,
Pués creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
Un país tan hermoso como el cielo.
— Verdad que es el país de mis amores
El país del ingenio y de la guerra:
Pero en cambio, — me dijo, — es vuestra tierra
La patria del honor y de las flores.
No os podeis figurar cuánto me extraña
Que, al ver sus resplandores,
El sol de vuestra España
No tenga, como el de Asia, adoradores. —
Y después de halagarnos obsequiosos
Del patrio amor el puro sentimiento,
Entrambos nos quedamos silenciosos
Como heridos de un mismo pensamiento.

IV.

Caminar entre sombras, es lo mismo
Que dar vueltas por sendas mal seguras
En el fondo sin fondo de un abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas,
Veia allá á lo léjos desde el coche
Agitarse sin fin cosas oscuras,

Y en torno, cien especies de negruras
Tomadas de cien partes de la noche.
¡Calor de fragua á un lado, al otro frío!
¡Lamentos de la máquina espantosos,
Que agregan el terror y el desvarío
A todos estos limbos misteriosos!...
¡Las rocas, que parecen esqueletos!...
¡Las nubes con entrañas abrasadas!...
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!...
¡El horror que hace grandes los objetos!...
¡Claridad espectral de la neblina!...
¡Juegos de llama y humo indescriptibles!...
¡Unos grupos de bruma blanquecina
Esparcidos por dedos invisibles!
¡Masas informes!... ¡Límites inciertos!...
¡Montes que se hunden! ¡Arboles que crecen!...
¡Horizontes lejanos que parecen
Vagas costas del reino de los muertos!...
¡Sombra, humareda, confusion y nieblas!...
¡Acá lo turbio... allá lo indiscernible...
Y entre el humo del tren y las tinieblas
Aquí una cosa negra, allí otra horrible!...

V.

¡Cosa rara! Entre tanto,
Al lado de mujer tan seductora
No podia dormir, siendo yo un santo
Que duerme, cuando no ama, á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
Mas fué inútil empeño:
Admiraba á la joven, y es sabido
Que á mí la admiracion me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella,
Sin echar sobre mí mirada alguna,
Abrió la ventanilla de su lado,
Y como un sér prendado de la luna,
Miró al cielo azulado,
Preguntó, por hablar, qué hora sería,
Y al ver correr cada fugaz estrella,
— ¡Ved un alma que pasa! — me decía.

VI.

— ¿Vais muy léjos? — con voz ya conmovida
Le pregunté á mi jóven compañera.

— ¡Muy léjos, — contestó; — voy decidida
A morir á un lugar de la frontera! —
Y se quedó, pensando en lo futuro,
Su mirada en el aire distraida,
Cual se mira en la noche un sitio oscuro
Donde fué una vision desvanecida.
— ¿No os habrá divertido —
La repliqué galante —
La ciudad seductora
En donde todo amante
Deja recuerdos y se trae olvido?
— ¿Lo traeis vos? — me dijo con tristeza.
— Todo en Paris lo hace olvidar, señora, —
Le contesté, — la moda y la riqueza.
Yo me vine á Paris desesperado,
Por no ver en Madrid á cierta ingrata.
— Pués yo vine. — exclamó, — y hallé casado
A un hombre ingrato á quien amé soltero.
— Tengo un rencor — le dije — que me mata.
— Yo una pena — me dijo — que me muero. —
Y al recuerdo inteliz de aquel ingrato,
Siendo su mente espejo de mi mente,
Quedándose en silencio un grande rato
Pasó una larga historia por su frente.

VII.

Como el tren no corria, que volaba,
Era tan vivo el viento, era tan frío,
Que el aire parecía que cortaba:
Así el lector no extrañará que, tierno,
Cuidase de su bien más que del mío,
Pues hacia un gran frío, tan gran frío,
Que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella doliente,
Con el cuerpo aterido,
— ¡Tengo frio! — me dijo dulcemente
Con voz que, mas que voz, era un balido,
Me acerqué á contemplar su hermosa frente,
Y os juro por el cielo
Que, á aquel reflejo de la luz escaso,
La jóven parecia hecha de raso,
De nácar, de jazmin y terciopelo;
Y creyendo invadidos por el hielo
Aquellos piés tan lindos,
Desdoblando mi manta zamorana,

Que tenia mas borlas verde y grana
Que todos los cerezos y los guindos
Que en Zamora se crian,
Cual si fuese una madre cuidadosa,
Con la cabeza ya vertiginosa,
Le tapé aquellos piés, que bien podrian
Ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII.

¡De la sombra y el fuego al claro-oscuro
Brotaban perspectivas espantosas,
Y me hacia el efecto de un conjuro
El ver reverberar en cada muro
De la sombra las danzas misteriosas!...
¡La jóven, que acostada traslucía
Con su aspecto ideal, su aire sencillo,
Y que, más que mujer, me parecía
Un ángel de Rafael ó de Murillo!
¡Sus manos por las venas serpenteadas,
Que la fiebre abultaba y encendía,
Hermosas manos, que á tener cruzadas
Por la oracion habitüal tendía!...
¡Sus ojos siempre abiertos, aunqué á oscuras,
Mirando al mundo de las cosas puras!
¡Su blanca faz de palidez cubierta!
¡Aquel cuerpo á que daban sus posturas
La celeste fijeza de una muerta!...
¡Las fajas tenebrosas
Del techo, que irradiaba tristemente
Aquella luz de cueva submarina:
Y esa continua sucesión de cosas
Que así en el corazon como en la mente
Acaban por formar una neblina!...
¡Del tren expreso la infernal balumba!...
¡La claridad de cueva que salía
Del techo de aquel coche, que tenía
La forma de la tapa de una tumba!...
¡La vision triste y bella
Del sublime concierto
De todo aquel horrible desconcierto,
Me hacían traslucir en torno de ella
Algo vivo rondando un algo muerto!

IX.

De pronto, atronadora,
Entre un humo que surcan llamaradas,
Despide la feroz locomotora
Un torrente de notas aflautadas,
Para anunciar, al despuntar la aurora,
Una estacion, que en feria convertía
El vulgo con su eterna gritería,
La cual, susurradora y esplendente,
Con las luces del gas brillaba enfrente,
Y al llegar, un gemido
Lanzando prolongado y lastimero,
El tren en la estacion entró seguido
Cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO.

EL DIA.

I.

Y continuando la infeliz historia,
Que aún vaga, como un sueño, en mi memoria,
Veo al fin á la luz de la alborada
Que el rubio de oro de su pelo brilla
Cual la paja de trigo calcinada
Por agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio,
Y una expresion del todo religiosa,
Como llevando á cabo algun misterio,
Después de un — ¡ay, Dios mío! —
Me dijo señalando á un cementerio:
— ¡Los que duermen allí no tienen frío! —

II.

El humo en ondulante movimiento
Dividiéndose á un lado y otro lado,
Se tiende por el viento
Cual la crin de un caballo desbocado.

Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
Verdura y aridez, calor y frío;
Andar tantos kilómetros por hora
Causa al alma el mareo del vacío;
Pués salvando el abismo, el llano, el monte,
Con un ciego correr que al rayo excede,
En loco desvarío
Sucede un horizonte á otro horizonte
Y una estacion á otro estacion sucede.

III.

Mas ciego cada vez por la hermosura
De la mujer aquella,
Al fin la hablé con la mayor ternura,
A pesar de mis muchos desengaños;
Porqué al viajar en tren con una bella
Va, aunque un poco al azár y á la ventura,
Muy de prisa el amor á los treinta años.
Y — ¿dónde vais ahora? —
Pregunté á la viajera.
— Marcho olvidada por mi amor primero, —
Me respondió sincera, —
A esperar el olvido un año entero.
— Pero, ¿y después, — le pregunté, — señora?
— Después — me contestó — ¡lo que Dios quiera! —

IV.

Y porque así sus penas distraía,
Las mias le conté con alegría,
Y un cuento amontoné sobre otro cuento,
Miéntras ella, abstrayéndose, veía
Las gradaciones de color que hacía
La luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo yo castillos en el aire,
O, como dicen ellos, en España,
La referí, no sé si con donaire,
Cuentos de Homero y de Mari-Castaña.
En mis cuadros risueños,
Pintando mucho amor y mucha pena,
Como el que tiene la cabeza llena
De heroínas francesas y de ensueños,
Habia cada llama
Capaz de poner fuego al mundo entero;

Y no faltaba nunca un caballero
Que por gustar solícito á su dama
La sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
Cual si fuese el aliento nuestro idioma,
Mas bien que con la voz, con las señales,
Esta verdad tan grande como un templo
La convertí en axioma:
Que para dos que se aman tiernamente,
Ella y yo, por ejemplo,
Es cosa ya olvidada por sabida
Que un árbol, una piedra y una fuente
Pueden ser el edén de nuestra vida.

V.

Como en amor es credo,
O artículo de fé que yo proclamo,
Que en este mundo de pasion y olvido,
O se oye conjugar el verbo *te amo*,
O la vida mejor no importa un bledo;
Aunque entónces, como hombre arrepentido,
El ver á una mujer me daba miedo,
Mas bien desesperado que atrevido,
— Y ¿un nuevo amor — la pregunté amoroso. —
No os haria olvidar viejos amores? —
Mas ella, sin dar tregua á sus dolores,
Contestó con acento cariñoso:
— La tierra está cansada de dar flores;
Necesito algun año de reposo. —

VI.

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
Como aquel que patina por el hielo;
Y en confusion extraña
Parecen confundidos tierra y cielo,
Monte la nube, y nube la montaña,
Pués cruza de horizonte en horizonte
Por la cumbre y el llano,
Ya la cresta granítica de un monte,
Ya la elástica turba de un pantano;
Ya entrando por el hueco
De algun túnel que horada las montañas
A cada horrible grito

Que lanzando va el tren, responde el eco.
Y hace vibrar los muros de granito,
Estremeciendo al mundo en sus entrañas:
Y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
Nubes arriba, movimiento abajo,
En laberinto tal cuesta trabajo
Creer en la existencia de la tierra.

VII.

Las cosas que miramos,
Se vuelven hácia atrás en el instante
Que nosotros pasamos;
Y, conforme va el tren hácia adelante,
Parece que desandan lo que andamos:
Y á sus puestos volviéndose, huyen y huyen
En raudo movimiento
Los postes del telégrafo, clavados
En fila á los costados del camino;
Y, como gota á gota, fluyen, fluyen,
Uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
Y formando confuso y ceniciento
El humo con la luz un remolino,
No distinguen los ojos deslumbrados
Si aquello es sueño, tromba ó torbellino.

VIII.

¡Oh, mil veces bendita
La inmensa fuerza de la mente humana,
Que así el ramblizo como el monte allana,
Y al mundo echando su nivel, lo mismo
Los picos de las rocas decapita,
Que levanta la tierra,
Formando un terraplen sobre un abismo
Que llena con pedazos de un sierra!
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
No conocidas ántes,
Del poderoso anhelo
De los grandes gigantes
Que, en su ambicion, para escalar el cielo,
Un tiempo amontonaron las montañas!

IX.

Corría en tanto el tren con tal premura,
Que el monte abandonó por la ladera,
La colina dejó por la llanura,
Y la llanura, en fin, por la ribera;
Y al descender á un llano,
Sitio infeliz de la estacion postrera,
Le dije con amor: — ¿Seria en vano
Que amaros pretendiera?
¿Seria como un niño que quisiera
Alcanzar á la luna con la mano? —
Y contestó con lívido semblante:
— No sé lo que seré mas adelante,
Cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante;
¿Qué mas quereis — me preguntó — que os diga? —
Y, bajando al andén, de angustia llena,
Con prudencia fingió que distraía
Su inconsolable pena
Con la gente que entraba y que salía;
Pués la estacion del pueblo parecía
La loca dispersion de una colmena.

X.

Y, con dolor profundo
Mirándome á la faz, desencajada,
Cual mira á su doctor un moribundo,
Siguió: — Yo os juro, cual mujer honrada,
Que el hombre que me dió con tanto celo
Un poco de valor contra el engaño,
Ó aquí me encontrará dentro de un año,
Ó allí... — me dijo señalando al cielo.
Y enjugando después con el pañuelo
Algo de espuma de color de rosa
Que asomaba á sus labios amarillos,
El tren (cual la serpiente que escamosa
Queriendo hacer que marcha, y no marchando,
Ni marcha ni reposa)
Mueve y remueve, ondeando y mas ondeando,
De su cuerpo flexible los anillos;
Y al tiempo en que ella y yo la mano alzando,
Volvimos, saludando, la cabeza,

La máquina un incendio vomitando,
Grande en su horror y horrible en su belleza,
El tren llevó hácia sí pieza tras pieza,
Vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO.

EL CREPÚSCULO.

I.

Cuando un año después, hora por hora,
Hácia Francia volvía,
Echando alegre sobre el cuerpo mío
Mi manta de alamares de Zamora,
Porque á un tiempo sentía,
Como el año anterior, día por día,
Mucho amor, mucho viento y mucho frío;
Al minuto final del año entero,
A la cita acudí cual caballero
Que va alumbrado por su buena estrella;
Mas al llegar á la estacion aquella
Que no quiero nombrar, porque no quiero,
Una tos de ataud sonó á mi lado,
Que salia del pecho de una anciana
Con cara de dolor y negro traje;
Me vió, gimió, lloró, corrió á mi lado,
Y echándome un papel por la ventana,
— Tomad, — me dijo, — y continuad el viaje! —
Y cual si fuese una hechicera vana
Qué, después de un conjuro, en la alta noche
Quedase entre la sombra confundida;
La mujer, mas que vieja, envejecida,
De mi presencia huyó con ligereza
Cual niebla entre la luz desvanecida,
Al punto en que, llegando, con presteza
Echó por la ventana de mi coche
Esta carta tan llena de tristeza,
Que he leido mas veces en mi vida
Que cabellos contiene mi cabeza:

II.

— «Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,
Cuenta os dará de la memoria mía.

Aquel fantasma soy que, por gustaros,
Jugó á estar viva á vuestro lado un día.
«Cuando lleve esta carta á vuestro oído
El eco de mi amor y mis dolores,
El cuerpo en que mi espíritu ha vivido
Ya durmiendo estará bajo unas flores.
«Por no dar fin á la ventura mía,
La escribo larga... casi interminable!...
¡Mi agonía es la bárbara agonía
Del que quiere evitar lo inevitable!
«Hundiéndose al morir sobre mi frente
El palacio ideal de mi quimera,
De todo mi pasado, solamente
Esta pena que os doy borrar quisiera.
«Me rebelo á morir, pero es preciso...
¡El triste vive, y el dichoso muere!...
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso:
Hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!
«¡Os amo, sí! Dejadme que habladora
Me repita esta voz tan repetida;
Que las cosas mas íntimas ahora
Se escapen de mis labios con mi vida.
«Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
La idea de los celos me importuna;
¡Juradme que esos ojos que me han visto
Nunca el rostro verán de otra ninguna!
«Y si aquella mujer de aquella historia
Vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
Aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡Yo os hubiera, tambien, amado tanto!...
«Mas tal vez allá arriba nos veremos,
Despues de esta existencia pasajera,
Cuando los dos, como en el tren, lleguemos
De nuestra vida á la estacion postrera.
«¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el día,
De mirar al lucero de la tarde,
Esa estrella que siempre ha sido mía.
«Pues yo desde ella os estaré mirando,
Y como el bien con la virtud se labra.
Para verme mejor, yo haré rezando
Que Dios de par en par el cielo os abra.
«¡Nunca olvideis á esta infeliz amante
Que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante,
Llorad, porqué eso sirve de consuelo!...

«¡Oh Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdon al alma mía!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas;
Mas sufrí por mas tiempo todavía!
«¡Adios, adios! Como hablo delirando,
No sé decir lo que deciros quiero!
¡Y solo sé de mí que estoy llorando,
Que sufro, que os amaba, y que me muero!» —

III.

Al ver de esta manera
Trocado el curso de mi vida entera
En un sueño tan breve,
De pronto se quedó, de negro que era,
Mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado
Por la más grande herida
Que á un corazon jamás ha destrozado
En la inmensa batalla de la vida;
Ahogado de tristeza,
A la anciana busqué desesperado;
Mas fué esperanza vana,
Pués, lo mismo que un ciego deslumbrado,
Ni pude ver la anciana,
Ni respirar del aire la pureza,
Por más que abrí cien veces la ventana
Decidido á tirarme de cabeza.
Cuando por fin sintiéndome agobiado
De mi desdicha al peso,
Y encerrado en el coche, maldecía
Como si fuese en el infierno preso,
Al año de venir, día por día,
Con mi grande inquietud y poco seso,
Sin alma y como inútil mercancía,
Me volvió hasta Paris el tren expreso.

LOS GRANDES PROBLEMAS.

POEMA EN TRES CANTOS.

Al ilustre polemista

EL SR. D. SALVADOR LOPEZ GUIJARRO.

CANTO PRIMERO.

EL IDILIO.

I.

El cura del Pilar de la Oradada,
Como todo lo da, no tiene nada.
Para él no hay mas grandeza
Que el amor que se tiene á la pobreza.
Careciendo de pan, con alegría
Lleva paz de alquería en alquería;
Y siendo indiferente
A la necia ambicion de los honores,
Se ocupa de los grandes solamente
Cuando llama sus reinas á las flores.
Sin fámulo, y vestido de sotana,
Cuida una higuera y toca la campana.
Su alzacuello es de seda desteñida,
Pardas las medias de algodon que lleva;
Y en todo el magisterio de su vida
Solo ha estrenado una sotana nueva.
Da gracias cuando reza á un Dios tan bueno
Que cria los rosales y el centeno,
Y llama sus orgías á las cenas
En que prueba la miel de las colmenas.

Aunqué él está de su pudor seguro,
Vé á una mujer, y como pueda, escapa.
Dispuesto desde jóven, por ser puro,
A hacer el sacrificio de una capa.
Reparte á las chiquillas
Las almendras que lleva en los bolsillos,
Y les da un golpecito en las mejillas
Mas dulce que una almendra á los chiquillos.
Da á los pobres los higos de su higuera,
Que nació, sin plantarla, en donde quiera;
Y si al vérselos dar uno por uno
— ¿Qué guardas para tí? — le dice alguno,
Responde, puesta en Dios su confianza,
Como Alejandro el Grande: — ¡La esperanza! —
Así con tanto amor y pudor tanto,
El cura del Pilar de la Oradada
Es, segun viene la ocasion rodada,
Ya eremita, ya cuákero, ya santo.

II.

Está el pueblo fundado sobre un llano
Más grande que la palma de la mano,
Y á falta de vecinos y vecinas
Circulan por las calles las gallinas.
Pueblo al cual, aunque corto, en mujerío
Otro ninguno iguala;
De agua muy buena, si tuviese río,
De agua de pozo, á la verdad muy mala.
Pueblo feliz, que olvida el mundo entero;
Que tiene ante la iglesia una plazuela,
Iglesia que es mas grande que la escuela,
Y escuela que es mas chica que un granero.

III.

En este pueblo, en fin, y ante este cura,
Que no puede beber mas que agua pura,
La divina Teodora,
De rodillas postrada ante el anciano,
Con un ramo de flores en la mano,
Ramo cogido al despuntar la aurora,
Mostrando al sonreirse, nacaradas,
En dos filas iguales,
Todas sus perlas justas y cabales

En un coral prendidas y engarzadas;
Inventando aquel día,
Por no haberlos sufrido todavía,
Mucho dolor y muchos desengaños,
Ántes de hacer su comunion primera,
Confesándose está, como si fuera
Una gran pecadora á los diez años.

IV.

Teodora, que es mujer desde la cuna
Cual todas las mujeres,
Despierta ya, y durmiendo todavía
A la luz misteriosa de una luna
Que hace en su alma de sol de mediodía,
Mira una inmensa flotacion de seres,
Sueños de sombra y sombras de unos sueños
Opacos una vez y otras risueños.
¡Gracia infantil y gracia adolescente!
De niña y de mujer confusos lados,
Ya vé en el provenir desde el presente
El mundo real y el ideal mezclados.
Sumida en nieblas de color de rosa,
Compuestas de verdad y de otra cosa,
Mira, desvanecida,
Llegar la realidad confusamente,
Y á los diez años, como todas, siente
Su inmersion en las brumas de la vida.

V.

Mirando al confesor con inocencia
Cual si fuesen sus ojos unas puntas
Que hundiesen del anciano en la conciencia,
Fué haciéndole la niña unas preguntas,
Como esta, por ejemplo,
Capaz de hacer estremecerse al templo:
— Vos ¿sabeis lo que es malo, señor cura?
— Yo, de todo, hija mia, estoy al cabo, —
Respondió el sacerdote con premura;
Lo cual no era verdad, mas lo creía,
Porque el breviario con afan leía
A la luz de un candil colgado á un clavo.

VI.

Y de amor ya viendo lontananzas
Con sus ojos tan llenos de esperanzas,
En su candor intrépido del todo
Sigue ella preguntando de este modo:
— El dejarse besar ¿es malo ó bueno? —
De confusion y de sorpresa lleno,
Se turbó el cura, como el hombre que ántes
De haber cazado un pájaro, lo vende,
Y sin poder cumplir lo prometido,
Se queda, al fin, como el lector comprende,
El cazador corrido,
El comprador burlado,
Y el pájaro vendido y no cazado.
Echó al cielo una olímpica mirada
Buscando la respuesta en las estrellas
Más como nada le dijeron ellas,
El cura del Pilar no dijo nada.

VII.

Con misterio después ella se inclina
Hácia el cura, que la oye fascinado,
Y prosigue: — Me ha dicho mi madrina
Que el que bese á mi primo es un pecado;
Y mi primo ha jurado
Que él me habrá de besar, pese á quien pese,
Pues cree que á mí me gusta que me bese:
Más como oigo decir que se propasa,
Escápandome de él, toda la casa
Ayer y ántes de ayer y todo el año
Corrí desde la cueva hasta el granero;
Siempre quiere él, señor, yo nunca quiero;
Mirádme bien, vereis que no os engaño. —
Y abriendo aquellos ojos tan brillantes
Para enseñarle el alma á aquel levita,
Echa al cura un ojeada inoportuna
Aquella vírgen, pero vírgen de ántes
Que en la primer visita
El ángel le anunciase cosa alguna,
Y le dejó corrido y colocado
Del rubor en la cúspide suprema,
De un modo tal, que dijo colorado:
—¡Primera confesion; primer problema! —

VIII.

— Acúsome — la niña proseguía —
Que soy inobediente y perezosa.
Acúsome, además, que el otro día,
Con tristeza soñé que no era hermosa.
Me gusta mas correr que ir á la escuela;
Solo en la misa me entretiene el canto;
Y escucho con mas gusto una novela
Que el trozo de la vida de algun santo.
Prometo, obedeciendo á mi madrina,
Huir, si puedo, de él; pero os prevengo
Que al mirar á mi primo, siempre tengo
La voluntad de parecer divina. —
Al ver salir el cura, atropellados,
Con risa de bondad mal reprimida
Tan enormes pecados
De aquellos labios de carmin, untados
Con la leche primera de la vida,
Dice á la niña, de indulgencia lleno,
Con singular ternura:
— No diré que eso es malo, mas no es bueno.
Más cordura, hija mia, más cordura.
Bien; adelante: vamos; adelante. —
Y por no hablar más claro, el pobre cura
Jugaba con enigmas al volante;
Y no queriendo darle con prudencia
La más leve leccion de adolescencia,
Muy peligrosa en almas inocentes,
Solo después de estas ligeras riñas,
Se atrevió á murmurar, aunque entre dientes;
— Son el diablo estos ángeles de niñas. —

IX.

Y como todo viejo, y más si es cura,
De todo niño es natural abuelo,
Con más amor que religioso celo,
Le dijo á aquella hermosa criatura:
— Ten calma, estúdia, y á tu madre imita.
Y entrarás sin rodeos en la gloria;
Reza una salve, toma agua bendita,
Y cómete esta almendra en mi memoria. —
Y después que la niña se confiesa,
La mano al señor cura
En la actitud de un oficiante besa;

Se levanta gentil, con la soltura
De un querubin que hácia los cielos pasa,
Y ante el altar, con adorable gracia,
Entre un corro de gente pecadora
Se arrodilló Teodora
Más grave que un alumno en diplomacia.

X.

Después supo el Obispo de Orihuela,
Por cierta confesion de cierta abuela,
De puro religiosa, condenada,
Que, faltando á los cánones sagrados,
Castiga con almendras los pecados
El cura del Pilar de la Oradada.

CANTO SEGUNDO.

LA ÉGLOGA.

I.

Fué creciendo, creciendo,
Y pasaron diez años; y Teodora
Cuanto en gracia inocente iba perdiendo,
Lo iba ganando en gracia pensadora.
La antigua pecadora,
Que veinte años cuenta hoy exactamente,
Tiene pupilas de horizontes llenas;
Voluptuoso reir en casta frente;
Y deja ver su cútis transparente
Cómo corre la sangre por sus venas.
Con gusto encantador por lo sencillo,
Con flores todo el año en sus cabellos,
Arrollándolos bien, forma con ellos
Detrás de la cabeza un canastillo.

II.

— Decidme, mi querido señor cura, —
Decia confesándose Teodora:

— ¿No es una gran locura
Que esté tan decidida
A que me case ahora
La pobre madre á quien debí la vida?
¿No es un gran desatino
Casar con otro á quien tan solo piensa
En... ya sabeis, mi primo, aquel marino
Que tiene el alma, como el mar, inmensa? —
Miéntras la escucha atento,
— Es muy comun, — el cura se decía
Entre burlas y veras, —
Que todas las muchachas costaneras
Dediquen de un marino al pensamiento
Veinticuatro horas largas cada día. —

III.

— Mi primo... ya sabeis, — siguió Teodora, —
Que vive hoy una vida de pesares
En Lóndres, un lugar donde está ahora,
Mas allá de los montes y los mares.
Las playas saben mi constante anhelo,
Pués sin poderlo remediar, suspiro
Cuando se nubla el horizonte y miro
Por el lado del mar cerrarse el cielo.
Mi primo, es aquel primo que, algun día,
Os confesé que alegre me besaba:
Le amé niña, mas yo no lo sabía;
Ya mayor, estoy loca, y lo ignoraba.
Como siempre fantástico el deseo
Me arrastra á orillas de la mar, yo á solas
Que me habla de él y su venida, creo,
El monólogo eterno de las olas.
Siempre aguardo del cielo lo imprevisto,
Siempre estoy esperando,
Y hasta las aves de la mar, pasando,
Parece que me dicen: — ¡le hemos visto!

IV.

— Más sepamos primero, —
Dijo el cura prudente y reservado: —
De amaros y volver, ¿él os ha dado
Su palabra de honor de caballero?
— Me juró que me amaba y volvería. —

Fué diciendo Teodora, —
Cuando el sol por la tarde se ponía,
Y al despuntar la aurora,
Y alguna vez tambien al mediodía;
Y alguna, y más que alguna,
Por la noche á los rayos de la luna.
Y, perdonad, decir se me ha olvidado
Que en mayo y en abril me lo ha jurado,
Por todos sus jazmines y azucenas;
Por los árboles todos, en estío;
Por todos sus cristales, junto al río;
Cerca del mar, por todas sus arenas. —

V.

Mientras Teodora hablando proseguía,
Como era, á fuerza de candor, profundo,
El cura por lo bajo repetía:
— (¡Cómo trae el amor revuelto al mundo!)
— Mi madre quiere que á la fuerza quiera
A un hombre muy de bien, sin gracia alguna,
Como es el que me espera
Para darme su mano y su fortuna.
El verlo nada mas me da tristeza;
Él es bueno, es verdad, si no es hermoso
Tiene favor, honores y riqueza,
Talento, juventud y un nombre honroso...
Mas ¡si vierais al otro, señor cura,
Con gorra de oro y sable á la cintura!...
¡Cuanto mira al pasar de luz se baña!...
Miéntras éste de aquí, que va á ser mío,
Tiene una gracia sepulcral y extraña;
Donde quiera que entra él, siento yo frío. —
— Pues señor, se conoce — piensa el cura —
Que en la misma inocencia,
Para agotar de un cura la paciencia,
Transformado en hermosa criatura
Coloca Satanás su residencia. —

VI.

Y ella siguió: — Vuestro favor imploro:
Prestadme ayuda en tan difícil paso:
De uno me rio, y por el otro lloro:
Este me hiela, y por aquel me abraso.
No amo al presente y al ausente adoro,

¿Qué hago, señor, me caso ó no me caso? —
Mirando á un Cristo viejo
Por ver si le inspiraba algun consejo,
El cura se callaba,
Y del candor en la embriaguez suprema,
Al ver que el Cristo nada le inspiraba,
Por lo bajo entre dientes murmuraba:
— ¡Segunda confesion; otro problema! —
Entre el Cristo, ella y él, no hay uno que hable.
El viejo, que era un niño venerable,
No cayó en que Teodora
Buscaba, tan sutil como traidora,
En la doblez de sus astutos planes
El apoyo moral del cristianismo:
Maniobra de los grandes capitanes
Que ponen de su parte el fanatismo.

VII.

Luego los dos á un tiempo se preguntan,
Y para herirse al corazon se apuntan;
Y cruzan de uno al otro, bien dispuestas,
Como un choque de espadas, las respuestas:
— Me muero, si me caso, os lo confieso.
— Ilusion nada más de los sentidos.
— Hay voces que en el aire me hablan de eso.
— Eso será que os zumban los oidos.
— Bien, lucharé; pero seré vencida.
— No volverá tal vez. — ¿Y si volviera?
— Ese hombre os ha hechizado; ¡estais perdida!
— Así tendrá que ser, como él lo quiera.
— Tras vana agitacion tendréis reposo;
Yo rezaré por vos, seréis dichosa:
¡Dichoso aquel que os tenga por esposa!
— Y yo ¿seré feliz como él dichoso?
— ¿De qué sirve creer en lo increible?
— Mas sabe el corazon que la cabeza.
— ¿Qué podrá suceder? — ¡Todo es posible;
Yo amo con fé y espero con firmeza! —
Al verla discutir tan bien y tanto,
Siente un temblor de espanto,
Cual si tuviese frío,
Al comprender el santo
Que aquel tipo cabal de las mujeres
Era el mas bello y, ¿lo diré, Dios mío?
El más inobediente de los seres.

VIII.

Teodora, ardiente y viva,
Filósofa sutil y positiva,
Que no pasó, cual yo, velada alguna
En cuestiones ociosas,
Buscando la razon de muchas cosas
Que no tienen jamás razon ninguna,
Añadió, de su plan desesperada,
Disparando al huir á sangre y fuego,
Y haciendo una brillante retirada,
Mejor que en Asia Jenofonte el griego:
— Yo soy muy viva y de ventura ansiosa;
Y no queriendo á este hombre, os lo prevengo.
Como soy tan fantástica, no tengo
La condicion de una excelente esposa.
Más lo mandan mis padres y adelante:
Yo quiero á toda costa ser honrada,
Mas no sé si vivaz y enamorada,
Podré ser buena esposa y buena amante... —
Hablaba así Teodora, y de repente
Callando unos momentos,
Con un silencio diestro y elocuente
Una pausa llenó de pensamientos.
Reticencia tan vil y calculada
Al pobre cura de terror inmuta...
Ante el saber de una mujer astuta
Ciceron y Pascal no saben nada.
Y es que desde Eva, madre de Teodora,
La raza no mejora.
Porqué no oye solícito sus quejas,
Anuncia astuta males sobre males:
Yo recuerdo muy bien que eran iguales
Las jóvenes de antaño que hoy son viejas.
Y así serán y han sido
Las que están por nacer ó ya han nacido,
Lo mismo en todo el orbe que en España:
Las madres miserables y opulentas,
Las hijas titulares y harapientas,
Las abuelas del trono y la cabaña.

IX.

— ¡Qué locura, Dios mio, qué locura!
¿No veis que rara vez — le dice el cura —
La vida nos enseña
Que esos sueños de niña muy pequeña

Los pueda realizar la edad madura?
Moderad el ardor de los sentidos;
¡Teodora, andad despacio,
Porque siempre nos ven desconocidos,
Dos ojos desde el fondo del espacio! —
Ayudando á llevarla á su destino,
Cual se lleva una oveja al matadero,
Pensó el cura ponerla en el camino
De lo bueno, lo justo y verdadero:
Y despues que ella vió desvanecida
La poética imágen de su vida,
Puestas en cruz las manos y llorosa,
Recibió con la frente prosternada,
La bendicion del cura, arrodillada;
Besó su mano en actitud piadosa,
Con la fe de una santa resignada,
Y se marchó, si no mas consolada,
Ménos triste tal vez, y siempre hermosa.

CANTO TERCERO.

LA TRAGEDIA.

I.

Porque triste, muy triste, se moría
Llena de desengaños,
El cura del Pilar, en cierto día
En su postrera confesion oía
A una jóven anciana de treinta años.
— ¡Ha venido — decía
La vieja que era jóven todavía —
Aquel hombre á quien amo con locura!
Y debo confesaros, en conciencia,
Que tengo, desde entónces, señor cura,
Necesidad de sueños de inocencia.
— ¿Y es pura todavía vuestra llama? —
Pregunta el cura á la doliente esposa.
— La cama de mi madre es esta cama, —
Le respondió; — pues por mi madre os juro,
Que soy materialmente virtuosa;
Solo el alma es culpable, el cuerpo es puro. —

II.

— ¡Pués valor, — dijo el cura,
A fuerza de candor siempre profundo, —
Que la mayor tribulacion del mundo
La guarda Dios para la edad madura!
— ¡Valor, valor! — la enferma respondía; —
¡Lucharé hasta morir! mas ¡cosa extraña!
Resistir á su encanto no podría,
¡Yo que siento en mí misma una energía
Capaz de levantar una montaña!
— ¡Luchemos, hija mía, —
El cura repetía
De Dios y de su fé siempre seguro; —
No hay grito de dolor que en lo futuro
No tenga al fin por eco una alegría! —
Y luego añade de la Biblia lleno,
Satisfecho de Dios y de sí mismo:
— ¡Siempre entre el ángel malo y entre el bueno
Hay luchas en el puente del abismo! —

III.

En querer consolar las grandes penas
De una mujer tan firme y tan amante,
Era aquel pobre confesor un ciego,
Sabiendo que corria por sus venas
La sangre de las viñas de Alicante
Que crian una savia como el fuego.
El cura no sabía
Que el no amar es muy bueno, pero es frio;
Y por eso á Teodora le decía,
Derramando en sus llagas el rocío
De una piedad sincera:
— Van á cumplir veinte años
Que, ajena de pasiones y de engaños,
Vuestra sagrada comunion primera
Fué por vos de mi mano recibida;
¡Sed digna del honor de vuestra historia!
¡Reanimad el valor con la memoria
De los años primeros de la vida!
— ¡Quince años hace escasos, —
Teodora murmuró, — que el dulce ruido
Que levantaron al marchar sus pasos
Quedó como una música en mi oido!
Y hace veinte — añadió con torvo ceño

Mirando al cielo en ademan de queja, —
Que es él de mi alma y mis sentidos dueño;
¡Veinte años que pasaron como un sueño!
¡Teneis razon; no me creí tan vieja!...
Mas no hay medio; ó vencer ó ser vencida;
O perder la virtud ó dar la vida. —
Dice así, y tiembla la infeliz esposa
Cuando la causa de su mal confiesa,
Como suele temblar la mariposa
Que siente el alfiler que la atraviesa;
Y el pobre confesor, que no sabía
Que si es bueno no amar, es cosa fría,
Cual sintiendo en la piel la ardiente huella
De un diablo que abrasándole le toca,
Mira á la enferma con pavor, y en ella
Halla una especie de perfil de loca.
Y agarrándole bien con la mirada,
— No soy loca, es que estoy enamorada, —
Siguió la esposa, — y lo que quiero, quiero;
Vuestra piedad, no vuestra fé, reclamo:
Si le amo, vivo; si no le amo, muero:
Respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo? —
Aguzando el oido,
Y azorado de miedo como un gamo
Que oye en el bosque de repente un ruido,
El cura sorprendido
Dice cayendo en postracion extrema:
— ¡Tercera confesion; tercer problema!... —
Dudando en su fatal desconfianza
Qué haria y qué diría,
Por no romper el hilo todavía
Que enlaza la mujer á la esperanza,
El cura del Pilar, quedando inerte,
Sangre, en vez de agua, el desdichado suda;
Pues á sí mismo con dolor se advierte
Que es, en los actos del deber, la duda
Una pregunta vil que hace la muerte.

IV.

Ahogando la emocion de su ternura
En un áspero y recio resoplido,
Añadió en el umbral de la locura:
— ¡O viva en el del otro, señor cura,
O muerta en el hogar de mi marido!
¿Puede un corazon tierno,

Sufrir eternamente esta cadena?
¿Hay un Dios que nos salva y nos condena,
O eso tambien es un problema eterno? —
Oyendo esta herejía,
Creyó el cura que en ella traslucía
La cara de Luzbel, oliendo á infierno;
Y siendo encantadora,
Y aunque era un ángel de piedad Teodora.
Y el cura lo sabía,
Como todo hombre bueno, algo indeciso,
Oyéndola decir lo que decía.
En su faz la tristeza se veía
Con que Eva dejó un dia el Paraíso.

V.

Y al cura, que azorado la veía,
Y estaba en todo. esto es, no estaba en nada,
Después le repetía,
Aceptando, Teodora, resignada
La paciencia que lleva á la agonía:
— ¡Adorarlo ó morir, tal es mi suerte! —
Y el cura respondía:
— Pero pensad en Dios, la hora es sombría;
¡Ved que estais en peligro de la muerte! —
Y enfermo de terror y sentimiento,
Su rostro, que tapó con ámbas manos,
Se cubrió de ese tinte amarillento
Que da tanta tristeza en los ancianos.
— Ya veis que sé morir como es debido, —
Siguió Teodora con siniestra calma. —
Decidida á partir, tan solo os pido
Que echeis sobre mi cuerpo y sobre mi alma,
Él su memoria, su piedad el cielo,
Vos el perdon, la humanidad su olvido,
La tumba su pudor, la muerte un vuelo! —

VI.

Pasan despues unos momentos llenos
De calma aterradora.
Y entre tanto, ¿qué hacía
En alocada expectacion Teodora?
¿Dormia? No. ¿Velaba? Mucho menos.

Con las manos el pecho se oprimía
Queriendo hacerse el corazon pedazos.
Se incorpora despues, alza los brazos,
Estrecha en ilusion alguna cosa
En medio de la fiebre que la abrasa,
Y dice con sonrisa voluptuosa
Dejándolos caer: — ¡Es él que pasa! —
Al ver aquel amor inexorable,
A su buen Dios el cura inconsolable
La encomienda en sus santas oraciones;
Y al oir, espantado,
Salir de la culpable
Aquella interminable
Tempestad gutural de aspiraciones.
Una oracion sobre otra le prodiga,
Y exclama el sacerdote horrorizado:
— El ángel llega tarde, y solo espiga
Lo que ya Satanás dejó segado! —
Y así el buen cura exclama,
Porque ya con dolor ha comprendido
Que es imposible, á semejante llama,
Oponerse á un amante que es querido,
Y entregarse á un marido que no se ama;
Y aunqué algo tarde, á conocer empieza
Que es mas fuerte el amor que los deberes,
Pués rinde de los hombres la firmeza
Y hasta el débil poder de las mujeres.

VII.

Llegando al fin de su terrible suerte
La enferma medio muerta tiempo hacía,
Despues de un gran silencio en que se oía
Muy cercana de allí volar la muerte,
Mirando fijamente, sin ver nada,
Tiende una mano ardiente y descarnada,
Busca con ella al infeliz anciano
Que por su dicha ruega,
Y el rostro le tocó como una ciega
Que tuviese los ojos en la mano:
Se ponen azuladas sus mejillas;
Sale un hondo ronquido de su pecho;
El cura la bendice de rodillas;
Después... ¡después era una tumba el lecho!

VIII.

Mas muerto que la muerta, el pobre cura,
Cuando luego miraba
El alma triste y bella
De aquella esposa fiel, culpable y pura
Flotar sobre una estrella,
— ¡Perdonadla, Dios mío! — murmuraba.
¿Cómo Dios negaría su indulgencia
A una mártir que, fiel á otros amores,
A fuerza de sentido y de paciencia
El luto de su hogar cubrió de flores?
Cuando el cura veía
Aquella alma flotar sobre una estrella,
Y su perdon pedía,
Es porqué no sabía,
Héroe feliz de una tranquila historia,
Que cuando muere una mujer como ella.
Toca á muerto la tierra, el cielo á gloria.

IX.

Y cuando el cura, de su buen consejo
El término funesto contemplaba,
Llorando como un niño, el pobre viejo
Sobrecogido de terror oraba.
— ¡Yo la maté, yo he sido su asesino! —
Gritaba el infeliz, desesperado,
Quejándose de sí como un malvado
Que asesina á la vuelta de un camino.
Más, fiel á su destino,
Conociendo después, mas serenado,
Que así á volverse loco un hombre empieza,
Con honor exclamó: — ¡Fuera flaqueza! —
Y valerosamente
Reanimando uno á uno sus sentidos,
A brillar comenzó su noble frente
Con la lúz de los seres elegidos.
— ¡Hago el bien, y suceda lo que quiera! —
Dice tranquilo y con la frente erguida. —
¡Entre la muerte y la virtud, que muera,
Que es el deber primero que la vida! —
Pasó después un siglo de un momento;
Murmuró otra oración, y de repente

Azotó con los piés el pavimento
Y con las manos se azotó la frente:
Miró á la muerta con viril firmeza,
Y á repetir volvió: — ¡Fuera flaqueza! —
Y el cura del Pilar, sereno, mudo,
Rendido el cuerpo y destrozada el alma,
Después de un negro batallar tan rudo,
A recoger volvió su santa calma
Como recoge el gladiador su escudo.

EL AMÓR Y EL RÍO PIEDRA.

POEMA EN TRES CANTOS.

AL SR. D. RAIMUNDO FERNANDEZ VILLAVERDE Y RIVERO

Recuerdo de cariño de

CAMPOAMOR.

CANTO PRIMERO.

EL EDÉN.

I.

¿Queréis amar á Dios? ¡Pues id á Piedra!
A aquel Edén que con verdor eterno
Alegra hasta lo triste del invierno
Con sus musgos, sus mirtos y su hiedra;
Pues siendo un fiel traslado
De un sueño de Virgilio mejorado,
No hay mortal que lo vea
Que, como yo, encantado,
No admire, piense en Dios, se postre y crea.

II.

Así, creyendo y admirando, un dia,
Por este paraíso de inocencia
Van dos hijos de Dios, que todavía
No encontraron el árbol de la ciencia.
El por ella en un día de batalla

Desertó frente á frente al enemigo
Y ella por él, al frente de su amigo,
Se escapó de un molino de *Cimballa*.
Más, como dice en Aragón la gente,
Desertar por los ojos de una moza,
Es cosa que perdona fácilmente
La Vírgen del Pilar de Zaragoza.

III.

Juntos los dos, siguiendo su destino,
Bajaron por el río, hácia el camino
Que á *Piedra* viene á dar desde *Tortuera*,
Después que con amor la molinera
Le dió un beso á la rueda del molino.

IV.

¡Qué felices serán dos desertores
Que tienen líbertad en sus amores,
Calor de día y por la noche frío,
En la tierra placeres y dolores
Aire y luz en la esfera,
Para poderse ahogar, sitio en el río,
Pan caro y agua gratis donde quiera!

V.

Es Jaime, más que un quinto, un veterano
Que, puesto en guardia y con fusil en mano,
Le echa el ¿quién vive? á un pájaro que vuela,
Tanto que, el muy tirano,
Hallándose una vez de centinela
Vió á la Reina y la dijo: «¡atrás, paisano!»

VI.

Mas dejo de hablar de él, por decir de ella
Que en Daroca una vez la llamó bella,
Silbando como un mirlo, un lord muy rico;
Y otra vez, extasiado,
Le echó una flor, pasando por su lado,
Un Azlor de Aragón, casi un Rey chico.
Lleva un traje ceñido á las caderas,
Y anillos en los dedos de las manos

Como una valenciana con ojeras,
Que come arroz y vive entre pantanos.
Cruza enhiesta el pañuelo por delante
Para dejar al aire la cintura,
Mostrando el tallo erguido y ondulante
De la flor sin abrir de su hermosura.
Siempre lleva de andar por las praderas
Alpargatas de cáñamo olorosas,
Pués, segun las nociones verdaderas
De los sábios que estudian estas cosas,
Cuando son tan hermosas
Todas las molineras,
Sabiendo á pan de flor, huelen á rosas.

VII.

Y, en medio del amor que los obceca,
¿Adónde van huídos
Jaime Cortés y Candelaria Ateca?
Llevados y traídos
En el mismo columpio de un deseo,
Se proponen morir los atrevidos
Lo mismo que Julieta y que Romeo.
Su plan de amor y horror era el siguiente:
Desertar, verse un día solamente,
Darse un adiós eterno,
Y hallar luego en el fondo de un torrente
La muerte y la esperanza del infierno;
Porqué hay gentes tan locas
Que, con formal empeño,
No encontrando harto duras á las rocas,
Se rompen la cabeza contra un sueño!

VIII.

Ya hácia el final de la primer jornada
Buscando algún descanso
En la márgen del *Vado* (una escada
Que nace y que concluye en un remanso),
Miraban extasiados las corrientes,
Claras en los arranques,
Blancas en las rompientes,
Y azuladas después en los estanques;
Cuando al llegar la hora
De echarse entrambos de cabeza al río,
Poniéndose de pié, «ven, Jaime mío,»

Le dijo al desertor la desertora;
Y hácia un salto mortal ella camina
Enseñando al soldado á ser valiente.
¡Feliz pasión la que en morir se obstina!
¡El preferir la muerte á estar ausente
Es del amor la plenitud divina!

IX.

Ya en pié los dos medían el abismo
De la gran *Requijada*,
Otra hermosa cascada
Que parece caer del cielo mismo;
Cuando al mirar pintados en las ondas
De ella el rostro y gentil desembrazo,
Sintió el alma de Jaime aquel flechazo
Que pasó el corazón de Epaminondas;
Y volviendo á mirar en la cascada
Aquel talle que imita
La ondulacion del cisne cuando nada,
Y el pecho de opulencia regulada
Que á amar las cosas de la tierra incita,
En ese atontamiento en que la mente
No se encuentra despierta ni dormida,
Asiendo de repente
El brazo de la hermosa molinera,
Perdiendo el sentimiento de la vida,
La dijo con afán: — «¡Espera, espera!»

X.

Y, después de esperar, con piés ligeros
Bajan corriendo la empinada cuesta
Los dos pobres viajeros
Que no llevan más ropa que la puesta;
Y llenos de pasión, aunqué mojados,
Uno de otro en el talle
Muellemente apoyados,
A lo largo del valle
Se alejan poco ménos que abrazados.

XI.

Y, siguiendo del *Piedra* la corriente,
Sus almas encantadas

Ven el amor tan casto como ardiente
De las cosas creadas
Que imantadas, y al fin desimantadas,
Se casan y descasan buenamente;
Pues era la estación que entre gorjeos,
Alumbrando los gérmenes que encierra,
La gran hembra del sol, la madre tierra,
Da los frutos de antiguos himeneos.

XII.

Y andando poco á poco, se olvidaron
De la parte febril de su aventura,
Y al fin no se mataron:
¡Quién no hace en este mundo una locura!
Luégo, á la sombra de un nogal, notando
Que empieza el tiempo á parecerles breve,
Se comen unas nueces, enseñando
Unos dientes mas blancos que la nieve.
Pero, ¡oh esperanzas vanas!
Al sentir un amor inextinguible
Ellos créen que es posible
Vivir sólo de nueces y avellanas;
Sin saber los sencillos desertores
Que beber en el *Piedra* y comer nueces
Es hacer que se olviden los amores,
Y aborten las más bellas redondeces;
Porque es sabido que el amor y el río
Tienen suertes iguales,
Pues así como el *Piedra* se endurece
Al romperse en las rocas sus cristales,
Perdiendo ciertos óxidos vitales,
Al moverse el amor se desvanece;
Y es que el amor y el río, andando, andando,
Por sus cauces los dos marchan dejando
El río cal y la pasión olvido,
Y así es como se van petrificando
El agua andada y el amor movido.

XIII.

Y al llegar estás míseros mortales,
Que alimentan su amor de vegetales:
A un monte empenachado de cascadas,
Miraron en los altos vericuetos

Las tranquilas moradas
Del abuelo, los hijos y los nietos,
De la raza felíz de los Muntadas.

XIV.

Y al ver el *Monasterio* frente á frente,
Con misterio inocente
Se llenaron sus almas de emociones
Pensando en las virtudes de un convento;
Y él se entregó á juiciosas reflexiones,
Y ella á un casto y profundo sentimiento.
Y hasta en aquel momento
Se despertó de Jaime en la memoria,
De San Benito, el fundador, la historia,
Qua amando á una mujer, que era un portento
Y por la cual su corazón ardía
Como un carbón que lo encendiese el viento,
En vez de acariciar como un profano
Las torpezas divinas
Que envidia el cielo al lodazal humano,
Se echó sobre un zarzal, cuyas espinas
Destrozaron sus carnes virginales:
Y añade en sus anales
Un cierto *Padre Yepes*, á quién creo,
Renunciando á probarlo en los zarzales,
Que en San Benito por heridas tales
El fuego se exhaló de su deseo.

XV.

Y en tal instante, aunqué con gran frecuencia
No hay más Guardia civil que la conciencia,
Ya del día á los últimos fulgores
Los dos enamorados desertores
Creyeron ver, ó en realidad miraron,
Dos parejas de guardias que pasaron,
Y apresuradamente
Encontrando un zarzal junto á una fuente:
Con natural espanto,
No se echaron encima como el Santo,
Se escondieron debajo santamente.

XVI.

Y gracias al Señor, libres de sustos,
Jaime Cortés y Candelaria Ateca

Se durmieron después como dos justos
Sobre un lecho de amor de hierba seca.

XVIII.

Pero ¿y qué más? — ¿Qué más? Con amor puro
Él una vez al tropezar con ellos
Besó de Candelaria los cabellos.....
— Y ¿nada mas? — Y nada más: ¡lo juro!

CANTO SEGUNDO.

LA TENTACIÓN.

I.

Ya el sol emblanquecía las estrellas,
Y Jaime, aún no despierto,
Ni soñaba siquiera con aquellas
Tentaciones tan bellas
Que tuvo San Benito en el desierto;
Pués, como todavía
Al alborear la lumbre de aquel día
Le hacía poco peso la conciencia,
Fué su sueño profundo, muy profundo.
¡Qué dicha tan inmensa es en el mundo
Amar, en pleno amor, con inocencia!

II.

Cuando ya los llamaban á la vida
Los sones halagüeños
Que la tierra, aún dormida,
Murmura electrizada como en sueños,
A Jaime despertó la molinera;
Y abriendo un gran portillo en el ramaje
Para ver la primera
El teatral aspeco del paisaje,
Vió a la luz color gris de la mañana
Los huecos de las celdas del convento;
Y elevando hácia Dios su pensamiento

Se santiguó con gracia la aldeana.
Pués hija fiel de otro cristiano viejo,
Ella es una cristiana
Tan católica á un tiempo y tan galana
Que reza y se santigua con gracejo.

III.

Aunqué es un bello nido
De inextintos amores
El *Parque*, sobre un monte suspendido,
Los tiernos desertores,
Después que el sol vino á borrar la aurora,
Dejaron una estancia peregrina
Que reune en su flora
El Africa, la América y la China;
Y hácia el *Verjel* bajaron,
Y al límite en que el *Parque* terminaba,
Un bello semicírculo encontraron
Que el tocador de Vénus imitaba,
Y quedó admirado él y ella embebida
Al ver la *Caprichosa*, una cascada
Que parece, tendida,
El velo de una reina desposada;
Y á su influjo, sintiendo
Una felíz y casta soñolencia,
Porque el agua, al caer, baja moviendo
Las brisas de las playas de Valencia,
En torno de los tímidos amantes
Trazan al sol un círculo divino,
Saltando, como un polvo blanquecino,
Molidos en las peñas los diamantes.

IV.

Y entran luego en la *Gruta del Artista*
Por ver estalactitas agrupadas,
Que alegraban la vista
Como labores de cristal colgadas;
Y sigue admirando él y ella embebida,
Y pasa tiempo... y tiempo... y de esta suerte
Se fueron olvidando de la muerte
Y acordándose un poco de la vida.
Mas ¿cómo de los fieros desertores
Ya, el que ménos, olvida

Su deber de arrojarse en un abismo?
Porque en cosas de amores
Puede más que el deber el magnetismo.
No lo extrañéis, lectores;
Según Platón, ya en Grecia era lo mismo.

V.

Entrambos luégo, de la mano asidos,
Bajando más y más, miran, pasando,
Que en el estanque del *Verjel*, nadando,
Ya se atusan los patos aburridos,
Después de ver y oír cómo, formando
Borbotones, cual pechos de Sirena,
Corriendo á unirse al río,
Bajo un dosel sombrío,
El dulce *Arroyo de los Mirlos* suena.

VI.

Y á la sombra de un álamo sentados
Para admirar el *Baño de Diana*,
Poco después el quinto y la aldeana
Miraban los cristales azulados
De un río transparente
Que seria maldito en el Oriente
Por secar los contornos redondeados.

VII.

Se alzan después, y apresuradamente
Viendo una cueva enfrente
Llamada la *Carmela*, él en pos de ella,
Como quien huye de la luz del cielo,
Se entraron en la gruta, que es mas bella
Que la gruta de Elías del Carmelo.
Mas si viese á los dos en compañía
Despacio, y sin pensar que el tiempo vuela,
¡Jesús! ¡qué colorada se pondría
La Carmen que dió nombre á la *Carmela!*
Y con razón, porque al seguir su ruta
Salieron pálido él y ella encarnada,
Aunqué en aquella gruta
¡Admírate, lector! no pasó nada.

VIII.

Y ven después, entre el espeso ambiente
De perlas en las rocas machacadas,
Los *Fresnos*, que, cortando una corriente,
Imitan dulcemente
Un salterio formado por cascadas.
Y al ver que con su escala de colores
La *Cascada del Iris* sus primores
Sepulta en un estanque luminoso
Al pié de una vertiente encajonado,
Jaime exclama admirado
Como un viajero estúpido: — «¡qué hermoso!»

IX.

Y, al fin del largo estanque,
Miraron en su arranque
La *Cola de caballo*, otra cascada
Que, en la cumbre entre rocas apretada,
Se pára se acumula, se desborda:
El valle todo asorda,
Cae, y después se echa á dormir cansada.
Pero al caer arqueada y ondulante,
Es tal su gallardía,
Que no tiene una cola semejante
El caballo mejór de Andalucía.
Al ver la gran cascada
Brillando tan gentíl y refulgente,
Casi duda la mente
Si, al caer despeñada,
Rompiéndose en las rocas, irritada
Lanza el agua una luz fosforescente.
Yo sé de un navegante, amigo mío,
Que viviendo en el mar constantemente,
Nunca vió el agua hasta que halló este río
Que, lanzando impetuoso su corriente
De pendiente en pendiente,
Recorre desde el cielo hasta el abismo,
Haciendo de esta tromba á un tiempo mismo
Chubasco, borbotón, racha y rompiente!

X.

¡Y gloria á Dios! Merced á la certera
Habilidad del dueño

Que abrió á pico en la roca una escalera,
Bajaron á la *Gruta*, que supera
En hermosura real al mismo sueño;
Gruta en la que es el día
Una noche de otoño húmeda y clara;
Que mezcla á una luz rara,
Unas sombras más raras todavía;
Y cuando de repente
Entre tanto y tan mágico espejismo
Lleva el sol, al morir en Occidente,
La esplendencia del cielo á aquel abismo,
Se vé allí claramente
Aquel Dios misterioso que el ateo
Nunca ve en su nublada fantasía;
A quien vió por detrás Moisés un día;
A quien vió de perfil el gran Linneo;
Al que vé con su tierna idolatría
La esposa fiel por cuyos ojos veo,
Y al que la madre de mi amor veía
Con el santo candor del buen deseo!

XI.

Las aguas por las rocas exsudadas
Porman allí variadas
Obras de arte, á la bóveda sujetas
Con primor tan gentil que sus labores
Afrentan á escultores,
A arquitectos, pintores y poetas.
¡Qué prodigio, gran Dios! Ninguno sabe
Si aquel templo escondido y soterrado
Es de una grande catedral la nave,
Ó algún horno ciclópeo ya apagado;
Si habrá formado un hada
Sus bellos arabescos de mezquita;
Si es gruta de Sibila exonerada,
Ó de un Titán la cueva troglodita;
Pues la gruta hechicera,
Que á todo ingenio humilla,
Si como arte es la octava maravilla,
Como arte natural es la primera:
Y acaso en tan extraña arquitectura
Dios tuvo por objeto
Juntar en su hermosura
Los prodigios del orbe en miniatura,
Formando tan completo

Pandemonium de cosas celestiales,
Que alrededor se ven hombres y brutos,
Y dioses vegetales y animales,
Y fetiches de ritos naturales,
Flores, peces, y pájaros y frutos;
Idolos despreciados
Que, del mundo barridos,
Y en la *cueva* de *Piedra* emparedados,
Fueron, después de ser amontonados,
Por el desdén primero confundidos,
Y por el tiempo al fin petrificados!

XII.

Miéntras hacen las brumas condensadas
En lo hondo de la *Gruta* acumuladas
Un estanque sombrío
Donde al caer, medidas y contadas,
Van formando las gotas de rocío
Un joyero de perlas agitadas,
De tanta sombra y humedad mezclados
El perfume, el color y los sonidos,
Parece que tambien petrificados
Abruman con su peso los sentidos;
Y en tal cáos de ruidos y fulgores,
Al ver y oír los brillos y rumores,
Cambiando de ilusión ojos y oídos,
Encuentran siempre allí nuestros sentidos
Voz en la luz, y luz en la armonía,
Siendo así de la humana fantasía
Quiméricos antojos
Ya el hallar armonía en los colores,
Ya el ver como parece á nuestros ojos
Que saltan de los ruidos resplandores!

XIII.

Saliendo de su asombro sobrehumano,
Ven luégo qué, á sortear acostumbradas
El furor de las aguas despeñadas,
Por la derecha y por la izquierda mano
Entraron asustadas
Dos palomas seguidas de un milano;
Y el milano no entró porque imprudente
A las aves de frente

Les fué astuto á cortar la retirada,
Y el rápido turbión de la cascada
Lo echó muerto en el fondo del torrente.
Y luégo la pareja arrulladora
Tranquila y entregada á sus amores,
De aquellos infelices desertores
Vino á ser la serpiente tentadora;
Pues en tanto que extáticos seguían
Por los picos los pájaros unidos,
Ellos desvanecidos
Los miraban á un tiempo y los oían
Poniéndose en los ojos los oídos.
Y cuando aquella escena
De peligrosos incentivos llena,
Convirtiendo en edén la hermosa cueva,
Les trojo á la memoria
El amor de Adán y de Eva,
Los grandes pecadores de la historia,
En ideal mutismo
Nuestros dos desertores
Sondeaban el abismo
Del vértigo felíz de los amores,
Y, como es natural, naturalmente
Escena tan sencilla
Puso fuego á su amor adolescente,
Y empezó á arder en ellos de repente
La sangre de Isabel y de Marsilla.
Y como suele á veces
Un ejemplo liviano
Hacer hervir las heces
Del fondo vil del animal humano,
Miéntras casta, apelando á sus deberes,
Ella devora en abstraccion sublime
Ese instante en que incuban las mujeres
La idea que las pierde ó las redime,
Él miró á Candelaria de hito en hito
Para beber amor en sus miradas;
Pero ella, dando un grito,
Que hizo huir á las aves asustadas,
Salió de aquel lugar de incontinencia
Para ella maldecido,
Y — «¡jamas! — murmuraba con frecuencia,
Respondiendo sin duda á un repetido
Misterioso argumento de conciencia.
Así la fugitiva
Salió rápidamente,
Como un ave cautiva

Cuya jaula se abriese de repente,
Miéntras Jaime Cortés, desvanecido,
Ni á ver, ni á oír, ni á respirar se atreve,
Y sigue detrás de ella, convertido
En fría estalagmita que se mueve.
Y, gracias al buen Dios, de esta manera
El idilio empezado en aquel día,
Por huir con pudor la molinera
Se quedó siendo idilio todavía.

XIV.

Y, después de unas horas,
Ya con planta segura
Siguiendo á las palomas tentadoras
Por sendas seductoras
Trazadas con ingenio á la ventura,
Llegaron á la *Fuente del Olvido*
Y á un *Lago* entre montañas detenido,
Con la *Peña del Diablo* por un lado,
Y al otro el *Monte Piedra*, en donde alzada
Con restos de una antigua fortaleza
Aún se ve una *Capilla* abandonada,
Con santos que no sirven para nada,
Pués ni unos tienen piés ni otros cabeza

XV.

¡Oh *Fuente del Olvido* misteriosa!
¡Lola, Asunción, Eugenia, María Rosa!
¡Coro de alegres Musas!
Recuerdo entre memorias ya confusas
Que después de saltar con planta airosa
Los arroyos cortados por exclusas,
Para hallar el reposo apetecido
Prestó á vuestro cansancio y mis pesares
El húmedo verdín de sus sillares
La inolvidable fuente del *Olvido!*
¡Isabel, Cármen, Juana!
¿A que ninguna de las tres olvida
Lo que en el *Lago del Silencio* hablamos?
¿Olvidaréis jamás que allí pasamos
Tres horas las más dulces de la vida?

XVI.

Mas nos llaman de nuevo otros amores,
Porque Jaime, sintiendo trasudores,
De improsivo gritó! — «¡Guardias civiles!»
Pues para un desertór, en la apariencia,
No hay mas hombres que guardias y alguaciles;
¡Que es gran pintor de espectros la conciencia!
Y buscando un refugio, mira en torno,
Y alcanzando en el fondo del paisaje
Una cueva que sirve de hospedaje
A todas las palomas del contorno,
Uno y otro con ánimo esforzado,
Metiendo el pié en las grietas de las peñas,
Subieron á la *Cueva del Soldado*,
Que allá arriba, y oculta entre unas breñas,
El mismo Dios que la hizo la ha olvidado.
Y en tanto que los pobres desertores
Quedan solos, pensando en sus amores,
Mas sin faltar á la moral cristiana,
Por la altura del monte vigilando
Va la Guardia civil representando
Lo perspicaz de la justicia humana.

XVII.

¡Que Dios os dé fortuna,
Oh jóvenes amantes,
Que aún podéis comulgar sin duda alguna
Sin precisión de confesaros ántes!
Yo espero que aún podrá vuestra inocencia
La hora retardar de la caída,
Creyendo lo que dice la experiencia,
Qne es muy malo abusar de nuestra vida!
Deseched con empeño
Cuanto hay de realidad en las pasiones,
Dándolo todo, como yo, al ensueño.
Imitad mis fugaces ilusiones,
Pues en giro halagüeño,
Desenterrando y enterrando historias,
Ya saco una memoria para sueño
Ya echo un sueño al rincón de mis memorias.
Y aunqué en mis rasgos de virtud no imito
Lo que hizo en el desierto San Benito,
Procuro realizar en mis ternezas
Un amor superior á las flaquezas,

Porque sé en mi constante desconsuelo
Que si une de algún modo
Un hilo solo nuestro amor al suelo,
Sopla el viento una vez, se nubla el cielo,
Rompe un céfiro el hilo... y ¡adiós todo!

CANTO TERCERO.

EL CASTIGO.

I.

— «El amor se crée eterno y dura un día.»
Así á Jaime Cortés con grave acento
Un cura le decía,
Si es cura el capellan de un regimiento.
— «Vamos con calma, vamos, —
El capellán seguía, —
Confiésate despacio, que esperamos
Una dicha imprevista,
Pues sé que, siendo un ángel en la tierra,
Pidió ayer tu perdón una bañista
Que es algo del Ministro de la Guerra.
Háblame, pués, sin remontar el vuelo,
Y cuenta sólo la verdad humana.
Cuando se halla por medio un aldeana
Todos sabéis cómo se pierde el cielo,
Aunqué nunca estudiáis cómo se gana.»

II.

— «¿Habrá una criatura —
Preguntó el desertor — que la ventura
Encuentre en las pasiones tormentosas?»
Y el confesor le dijo: — «Ten cordura;
Tú al hablarme te olvidas que soy cura,
Y solo sé por relación las cosas.
Piensa bien que nos dice la doctrina
Que es el hurto un pecado,
Y la Ordenanza á declarar se inclina
Que, al robar una moza, es un soldado
Tan víl como al robar una gallina.

Confiesa que ese amor desventurado
De la Ordenanza el código destroza,
Mostrando el espectáculo adorado
De un quinto que secuestra á una real moza.
¡Si fueras oficial, pero un soldado!...»

III.

Bostezando en memoria de su amada,
Jaime exclamó con voz entrecortada:
— «¡Oh, qué cuarto de luna tan eterno!
Ocho días de dicha continuada
Hacen dulce la idea del infierno.
Amé en la gruta á Candelaria Ateca
Con todas mis potencias y sentidos.
¿Qué habíamos de hacer, allí metidos,
Sin tener yo un fusil, ni ella una rueca?
Duraron nuestras verdes alegrías
Tres días y tres noches... pero luégo...
— Sí, — dijo el cura, — al cabo de esos días,
La hablabas tú en latín, y ella á tí en griego.
El que sepa la esencia de las cosas,
Sabrá que las mujeres siempre entienden
La ciencia de agradar, si son hermosas;
Pero, hermosas ó feas, nunca aprenden
El arte de no hacerse fastidiosas.
— Bien, y después, ¿qué hiciste?
— Qué hice después? — Jaime pregunta. — Ay, triste!
Después me acobardé como un paisano.
¡Ningún héroe resiste
A un amor de ocho dias mano á mano!
Mas ¿qué habrá sido de ella, padre mío?
¿Se habrá arrojado al río?
— Déjate de locuras, —
Contestó el capellán, — ¿de qué te apuras?
Con respecto á cariños y placeres,
Sabemos bien los curas
Que se suelen cansar de sus ternuras
Tanto ó más que los hombres, las mujeres.
Pero tú, ¿no sabías, inocente,
Que el río el corazón solidifica,
Así como al tocarlas petrifica
Las ramas que detienen su corriente?
¿No oiste en *Piedra* hablar de dos inglesas
Que amando con pasión y siendo obesas,

Por beber en estío
Los óxidos metálicos del río
Dejaron de querer y de ser gruesas?
— Yo solo sé — Jaime siguió — que iguales
Los astros desde el cielo
Siguieron alumbrando mi fortuna
Cuatro días cabales;
Pero ya al quinto día de la luna
Noté con desconsuelo
Que me enseñaba el pié sin gracia alguna.
Miéntras necias por valles y por lomas
Con sus eternos besos,
Aquella fiel pareja de palomas
Me llevaba el fastidio hasta los huesos.»

IV.

— «¿Y qué fué de esas aves, que os mostraron
El árbol de la ciencia? —
Preguntó el capellán. — Nos las pagaron, —
Jaime exclamó, — pues si ellas me enseñaron
La primera lección de la experiencia,
Como es ley natural que el hombre coma,
Una tarde de amor nos las comimos,
Y el par nos repartimos,
Comiendo ella el pichón, yo la paloma.
— Pues ¿no teníais nueces? —
Preguntó el capellán. — Sí, pero á veces, —
Respondió el desertor, que sollozaba, —
Tanto el hambre apretaba
Que, además de las aves, padre mío,
Cuando hallaba cangrejos en el río
Encendía un tomillo y los asaba.
— ¿Asar á su maestra? Eso da espanto, —
Replicó el capellán; — tú, en amar tanto
Fuiste, hijo mío, un verdadero loco,
Y te lo digo yo, que soy un santo,
Por más que alguna vez lo olvide un poco.»

V.

— «Dormida un dia, aproveché el momento, —
Siguió Jaime, — y con nuevas ilusiones
Me volví al regimiento,
Prefiriendo el fragor del campamento

Al amor siempre igual de los pichones;
Mas queriendo atajar, dejé el camino,
Y andando en línea recta y con premura
Para llegar más pronto á mi destino,
La Guardia me prendió cerca de Alhama.
— Es verdad, — siguió el cura, —
Y el idilio acabó y empezó el drama;
Pués la Guardia civil es tan amiga
De pensar siempre el mal, que con trabajo
Crée que ninguno siga
La senda del deber por el atajo.
Por desertor cogido y sentenciado,
Preferiste al amor ser fusilado.
Lo comprendo, hijo mio,
Fuiste el ciervo asustado
Que teme ser cogido y se echa al rio.»

VI.

— «Mas ¡ay! ya está el piquete en movimiento
Y pues llegó el momento, —
Continuó el capellán, — vamos andando.»
Y después de decirle: — «Acaba, acaba,» —
Masculló una oración como implorando
La clemencia de un Dios de quien dudaba.
Luégo siguió: — «Ya quedan conmutados,
En gracia de tu hastío, tus pecados;
El Papa actual es un señor muy bueno,
Que crée que son los malos desgraciados,
Y que el mundo está lleno
De santas y de santos ignorados.» —
Volvió á rezar un poco, á su manera,
Le echó después la bendición postrera,
Y — «Te perdono, — dijo, —
En el nombre del Padre; y quiera el Hijo
Que te perdone á tí la molinera.» —
Más Jaime, horrorizado
De pensar si podría
Viviendo más, de Candelaria al lado
Pasar un día solo, un solo día.
Poniéndose de pié con el objeto
De ser en el instante fusilado
Por no quedar sujeto
A los trabajos del amor forzado,
Se preparó á la muerte, y en tal hora

El rostro se cubrió con las dos manos,
Diciendo con ternura encantadora:
— «¡Cuánto me aflige ahora
El dolor de mi madre y mis hermanos!» —

VII.

¿Cuál sería de Jaime la sorpresa
Cuando vió frente á sí la aragonesa
Que, vestida de quinto, le miraba
Con la cara tranquila
Que debía poner cuando jugaba
Con los cabellos de Sansón, Dalila?
Jaime Cortés, de confusiones lleno,
No quería créer lo que veía;
Mas la mujer con ánimo sereno
Mirándole, parece que decía:
«Caerá entre sangre el que me hundió en el cieno.»

VIII.

Mas ¿cómo la terrible molinera
Llegó á la ejecución? De esta manera:
Fué á *Nuévalos* un día,
Y en casa de una tía, audáz se puso
Un traje de aldeano, que allí había,
De un paño sin color, á fuerza de uso;
Y hecho ya aragonés, la aragonesa,
Al salir de la casa de su tía
Con el pelo cortado á la escocesa,
Más bien que un aldeano, parecía
El paje mas gentil de una princesa;
Y anduvo muchas horas, y aunqué en vano
De Jaime preguntó por el destino
A todos los rumores y los ecos,
Le dió noticias de él por el camino
Un vendedor de miel y de higos secos;
Y de matar á Jaime haciendo voto,
Marchó á Alhama, á cumplir su triste suerte.
¡Lechera con el cántaro ya roto,
No halló más esperanza que la muerte!
Llega en fin; sienta plaza de soldado;
Pide ser del piquete fratricida;
Y así en vengarse y en matar se empeña,

Al verse sin amor y envilecida;
Venganza, vive Dios, que nos enseña
Que el corazon á veces desempeña
Un papel importante en nuestra vida.

IX.

Jaime observa el piquete con espanto,
Y Candelaria en tanto,
Como le ama á pesar de los pesares,
Lo mira con furor, miéntras su llanto
Por dentro de sus ojos corre á mares.
Y cuando vió que á Jaime le vendaron,
Unas nubes de sangre la cegaron;
Y, en el postrer momento,
Al consumar su intento,
Que se creyó casualidad horrible,
Mirando Candelaria al miserable,
Hecha sobre él un odio irresistible,
O más bien un amor interminable:
Junta á su sien de su fusil la boca;
El gatillo después, con el pié toca,
Suena de pronto un tiro,
Reza un — ¡piedad, Señor! — dando un suspiro,
Y cae con el cráneo destrozado,
Un momento ántes que él, y de esta suerte,
Si por verlo matar se hizo soldado,
Por no verlo morir se dió la muerte.

X.

Y un instante después, lleno de celo,
Hizo alguien la señal con un pañuelo,
Y el ángel del amor tendió sus alas
Y se escondió en el cielo,
Por no ver que de Jaime sin consuelo,
El pecho atravesaron cuatro balas.

XI.

Y como á ver morir á aquel soldado,
De emociones sediento,
Subió con gran contento
Al *Castillo Romano*, hoy arruinado,

Ese invariable público, formado
De mil inteligencias sin talento,
Cuando vió de dolor desvanecido
Que, pasando un segundo,
De una campana eléctrica el sonido
Trajo el perdon pedido,
Que llegó como todo en este mundo;
En un mismo dolor el pueblo unido
Lanzó fatal, desolador, profundo,
Un ¡ay! que más que un ¡ay! fué un alarido.

XII.

¡Altos juicios de Dios! — En aquel duelo
Un claro sol derrama
Tanta luz sobre el suelo
De la Vega de Alhama,
Que parece que el cielo
Le dice al pueblo absorto: — «Vive y ama!»
¡Y hasta alegres, del *Piedra* los ambientes,
Llegando á confundirse sonrientes
Del *Jalón* con las ondas sonorosas,
Lo convidan á oir en lontananza
Ese canto inmortal de la esperanza
Que murmura el concierto de las cosas!

XIII.

Y ¿qué dirán del fin de estos amores
Los que hablan de lo real sin poesía?
Que mañana ocultando estos horrores,
El viejo sol que nace cada día
Alumbrando á leales y traidores,
Sobre tanta agonía
Un velo vendrá á echar de resplandores;
Y dirán además que aunque hoy sentimos
Estas y otras tragedias espantosas,
Sucediendo unas cosas á otras cosas,
Pronto han de ver cómo de nuevo oimos
Los himnos del otoño á los racimos,
Del abril las canciones á las rosas.

XIV.

Y afrontando, por fin, de estos amores
El problema profundo,
Me preguntáis, lectores:
— ¿Qué debemos hacer cuando, iracundo,
El destino consienta estos horrores,
Y entre *ser* y *no ser* medie un segundo? —
¡Echar en paz sobre las tumbas flores:
Verlo, sufrir, y despreciar un mundo
Tan lleno de *Doloras* y dolores!

DON JUAN.

POEMA EN DOS CANTOS.

Al mas constante de mis amigos

D. EZEQUIEL ORDOÑEZ.

CANTO PRIMERO.

LAS MUJERES EN LA TIERRA.

I.

Cuando el Don Juan de Byron se hizo viejo,
Pasó una vida de aprensiones llena
Mirándose la lengua en un espejo,
Prisionero del reuma en Cartagena.
Este gran desertor de las orgías
Conoce, al fin de sus posteros días,
Que, conforme envejece,
Sin ser más repetable, es mas risible,
Porque es lo más alegre, en lo terrible,
Ver un antiguo Adonis que encanece;
Y, aunqué viejo, es un viejo tan amable
Que, hablando sin rebozo,
Aún después que acabó de ser buen mozo,
Todavía es un tonto razonable;
Y si tomando del placer consejo,
La juventud de su vejez prorroga:
Y crée como de jóven, siendo viejo,
Que tiene la virtud algo que ahoga,
Este hombre, libertino á sangre fría,

Que jamás se mató por sus pasiones,
Soporta con más pena cada día,
El miedo que le dan las sensaciones:
Y, ansiando bienes y esquivando males,
Se parapeta solo en su egoísmo
Y se hace el más feliz de los mortales,
Perdiendo por lo mismo
De condenarse por amor las ganas,
Pues, después que se extinguen las pasiones,
Yo he visto sorprendentes conversiones
A la verdad y á la virtud cristianas.

II.

Como era el caballero
Franco por genio y por carácter doble,
Aunqué era, en mi opinión, un bandolero,
Solia ser un bandolero noble;
Y, como hombre colmado
De cien felicidades por lo ménos,
Siendo, cual buen galán afortunado,
Falaz despreciador que dice amores;
Por quedar como bueno entre los buenos
Se quiso despedir con cuatro flores
De algunas, cuyos nombres no ha olvidado;
E hilvanando recuerdos mal cosidos,
Con poca fé y escaso sentimiento,
(Porque aquel gran rival de los maridos
Cultivó demasiado sus sentidos
Para ser muy sensible al pensamiento),
Un borrador trazó con mil ternuras,
Y escribió cinco cartas
A otras cinco hermosuras,
Todas bellas, ardientes y maduras,
Nunca de amor aunqué de amantes hartas:
«Deja *(aquí el nombre)* que en mi triste estancia
Recordándote llore;
Que te vea á mil leguas de distancia;
Que me postre á tus piés y que te adore.
«El recuerdo feliz de tu inocencia
Ennobleco al martirio
Del que está repartiendo su existencia
Entre la tos, la fiebre y el delirio.
«Ademas de lo mucho que te quiero
(Aquí el nombre) ¡oh querida!
Déjame que te diga, cuando muero,

Que era tu amor el centro de mi vida.
»No me mata el dolor que me ha postrado;
Quién me mata es tu ausencia:
Pués, sin tu amor, de mí se ha apoderado
Un horror increible á la existencia.
»¡Es la pena mayor que estoy sintiendo
El dolor de no verte!
¡Te juro que por esto voy teniendo
Más miedo á locura que á la muerte!
»¡Fuente de amor! ¡Tú fuiste en mis dolores
El único consuelo!
¡Sí! ¡Tú echarás sobre mi tumba flores!
¡Tengo en tí tanta fé como en el cielo!
«El sér que más te ha amado y que más te ama,
Te dice, adiós, querida!
¡No puedo más! ¡Adiós! ¡Caigo en la cama,
Que he de dejar tan solo con la vida!»

III.

Y escribe cinco copias, y galante
Remite la primera
A *Catalina Ariosto*, que, radiante,
Lleva en sus ojos de su patria el cielo,
Y tiene una mirada mas brillante
Que el lustroso azabache de su pelo.
Por ingenio pagana,
Sigue amando los ídolos caidos,
Y aunqué es, como italiana,
Católica, apostólica romana,
Es su culto el amor de los sentidos,
Más, de pureza y santidad modelo,
Como es al acostarse un poco atea,
Envuelve á la Madona con un velo
Por devoción y porque no la vea.
Esta hermosa italiana
Que en Venecia algun día
A espaldas de otro necio y su marido
Con mucha gracia con Don Juan vivía,
Suele tener desde su amor primero
Un sistema nervioso tan somero,
Que el sol de Italia con furor reseca,
Y que ¡ay! aunqué es para el placer de acero,
Como un cristal lo rompe la jaqueca.
Por eso, aunqué anhelante
No dirige suspiros á la luna,

Es capáz, en un caso interesante.
De abandonar su casa y su fortuna,
Por seguir á los montes á un amante.

IV.

Y decidido á despachar de prisa,
Con la perfidia en sus amores propia,
Mandó Don Juan, después de cierta risa,
A *Fanny Moore* la segunda copia.
Fanny, un inglesa de afecciones tiernas,
Que no quiso marido
Después que por Don Juan hubo sabido
Que las lunas de miel no son eternas;
Que es para amar mas dura que los bronces,
Pués, aunque fué sensible,
Ménos cuando se quema, como entónces,
Se juzga una mujer incombustible;
Que sólo enmorada
De una cosa sin nombre,
Después que por un hombre fué engañada
Ya, más que amar á un hombre, amaba al hombre.
Fanny Moore, ya tarde arrepentida,
Después de conocer muchos ingratos,
Sacó por consecuencia que en la vida
Valen más que el amor unos zapatos.
Mujer á los quince años Byroniana,
Y á los treinta rabiosa luterana,
Se fué haciendo devota
Al ver su juventud algo remota.
Con cierto aire de cisne fatigado
Un ropón, muy estrecho y mal cortado,
Suele colgar de sí cuando se viste,
Y, después que Don Juan la hubo olvidado,
Como único recurso se hizo triste.
Alta, seca, angulosa de estructura,
Glacial y de linfática blancura.
Con tono magistral y algo altanera,
Aspirando á ser cuákera en lo austera,
Una infanta de España parecía,
Pues, sin ser una reina, se aburría
Con el mismo interés que si lo fuera.
Mas la grave doctora
Si se hubiese casado, hubiera sido
Casta, firme y leal á su marido,
Inmutable en su hogar y pensadora:

Pues, recatada ahora,
Siempre mira á las Vénus de soslayo
En gracia á su pudor intransigente,
Y, con ver un Cupido solamente,
Se pone azul, se irrita hasta el desmayo,
Y entre otras muchas cosas
Después que *Miss* á envejecer empieza,
La virtud se le sube á la cabeza
Y siente congestiones religiosas.

V.

El ingenio después Don Juan aguza
Para escribir con letra mas galana
A *Julia Calderón*, que era andaluza,
Y allá va lo más grave, sevillana;
Que, de sus quince en los primeros meses,
Ya amó para casarse al fin del año,
Y, lo que es mas extraño,
Que encantó á los catorce á dos ingleses.
Julia, mujer amable,
De corazón ardiente,
Que al amor y á la iglesia juntamente
Se consagra con celo infantigable,
Sintiendo en la expansión de algun sentido
No sé qué de resuelto y atrevido,
Despreciando el amor de cierto conde
Por irse con Don Juan, yo no sé dónde,
Dejó de ser mujer de su marido.
A esta alma tan sensible,
Caprichosa y amante,
A veces le acomete un imposible,
Que es el dejar de ser interesante.
Sin ser mala, tenía distracciones,
Y como todos, todos la encontraban
Muy leal á sus nuevas afecciones,
Todos, todos, después la perdonaban
La insigne buena fé de sus traiciones.
Con flores de naranjo en la cabeza,
La produce el azahar vértigos tales,
Que, enemiga de amores ideales,
Habla en ella esa gran naturaleza
Que impele á hacer mil cosas naturales

VI.

A *Margarita Goethe* escribió luego;
Una alemana hermosa
Muy sabia y muy curiosa,
Repleta de latín, llena de griego;
Un serafin de Rubens colorado,
De ojos azules, que el candor agranda,
Que muestra en su conjunto redondeado,
Con un aire indolente y ocupado,
Bajo un rostro que duerme, un cuerpo que anda.
Es, en lo humano, esta mujer divina
Con espalda de cisne, blanca y gruesa,
Una hermosa princesa palatina
Que hace sudar al verla tan obesa;
Y haciendo vulgarmente esta princesa
Ciertas exploraciones
En un viaje ideal de sensaciones,
A Don Juan vió una vez desde un convento,
Y, como era su guía el sentimiento,
Llegó á lo real por medio de ilusiones.
Hija octava, pero hija interesante,
De una flamenca agricultora y bella,
Que echó tierra en la boca de un amante
Para criar un tulipán en ella,
Mas de amor tan sincero y tan profundo
Que, á pesar de caprichos tan extraños,
Llegó á tener diez hijos en ocho años
Con la mayor serenidad del mundo.

VII.

Riendo con los labios solamente
Don Juan, la quinta copia, impertinente,
Manda á *Luisa Chenier*, mujer amante
Que pone seductora
En relación lo bello y lo elegante,
Y que, aunqué algo chafada por delante,
Es, vista de perfil, encantadora.
Aunqué Luisa encanece,
Es por eso tal vez ménos coqueta,
Pués, cual vieja veleta,
Se fija más conforme se enmohece.
Ninguna otra mujer como ella sabe
Modular al acento,
Para que suene en el mejor momento

Entre voz de mujer y canto de ave.
Sólo ella acierta de agradar los modos,
Pues, con gracia, y graciosa para todos,
Va causando un motín por donde pasa.
Baila con arte, y charla por los codos.
Vivaracha y afable,
Y ubicua y perspicaz, hace en su casa
Los honores con gracia inimitable.
Pérfida y melindrosa,
A disgustos matando á su marido,
Ama viuda al esposo que ha perdido;
Y, deliciosamente,
Hasta por ser donosa,
Se la echa de inocente
Lo mismo que una Lady vaporosa.
Para todo ligera,
No siempre hace pensar, más siempre encanta;
Y aunque algo aprisa y de cualquier manera,
Caza, pinta, enamora, ríe y canta;
Y artista de placer, de ingenio llena,
Con astucia discurre
Que más que un Juan que desdeñado pena
Sufre un Don Juan hastiado que se aburre.

VIII.

Y después que Don Juan remitió artero
Las cinco copias á las cinco bellas,
Exclamó placentero:
— Ya he cumplido con ellas. —
Y á su oficio volvió de caballero,
Que era hace tiempo el de vaciar botellas.
A impulso del Montilla que le inflama,
Cayó cual un cadáver en el hoyo,
Y al fin del mes se despertó en la cama
Como un Baco en el medio del arroyo;
Y con ojos que apenas se entreabrían,
Miró cinco respuestas
En la mesa revuelta en que yacían,
Y después de exclamar: — ¿Qué dirán éstas? —
Abrió las cinco cartas, que decían:
— Voy — contestó la inglesa;
Y — voy — le contestaba la italiana;
Y sus ojos atónitos miraron
Que, en pos de la española y la francesa,
También se lo decía la alemana,

Y, maldiciendo la ternura humana,
Aquellos cinco «*voy*» le consternaron.
Al contemplar el trasnochado amante
Aquella muestra general de aprecio,
Quedó Don Juan en tan supremo instante
Con todo el aire necio
De un poeta que busca un consonante;
Pués decir de Don Juan se me olvidaba,
Que el amor que á las cinco profesaba
Es como cierto cuento que una abuela
Me solia contar con sentimiento,
Y qué, aunqué el crimen confesar me duela,
Ne me acuerdo ya de ella ni del cuento.

IX.

Afortunadamente
La inglesa y la italiana,
La francesa después y la alemana,
Tardaron en llegar por lo siguente:
Aunqué fuese más casta que Diana,
Como era el corazón de la italiana
Mezcla del genio griego y del latino,
Todo el mundo asegura
Que, en un lugar á Castellón vecino,
Se detuvo á mirar á un campesino
Que era igual á un Apolo en la figura;
Y yo lo creo así, porqué no ignoro
Que ella hacía las cosas mas extrañas
Por religión, por arte, por decoro,
Por buscar en las ruinas un tesoro,
Por huír *del mal de ojo* á las montañas,
Por bondad natural de sus entrañas
Y por lucir su arracadas de oro.

X.

Y la inglesa ¿qué hacía?
La inglesa, á quien un Lord la llamaría
«Mujer de distinción y de modales,»
Aunqué ya no es muy joven, todavía
Quiere tener encuentros infernales.
Y los tiene; si bien en ocasiones
Le gusta mucho parecer bisoña,
Como toda mujer de pretensiones

Que necesita amar y es muy gazmoña;
Y ama, como quien siente
Haber sido una vez condescendiente,
Pués con respecto á amores
Ya ha visto, con perdon de sus deberes,
Las cadenas de flores
Que los hombres traidores
Enlazan á los piés de las mujeres.
Como su honor es joya
Que guarda, con dos vueltas, bajo llave,
Lo que ama en Dios lo apoya,
Que el abandono por mayor no cabe
En la instruccion de una mujer que sabe
Que fué el amor la perdición de Troya.
Más como al fin su pecho es pecho humano,
Con la Biblia en la mano
(Que la suele entender sabe Dios cómo)
Camina cual un plomo,
Porqué á un jóven é incrédulo marino
Que encontró en el camino,
Silbando inglés le enseña á ser cristiano;
Y Fany de esta suerte,
Volviendo al cuerpo de un papista el alma,
Caminando con calma,
Como es tan desgraciada, se divierte.

XI.

Su paso la francesa deteniendo,
Como quien va con ánsia descubriendo
En el azúl del cielo un millonario,
Se encontró con el caso extraordinario
De que hirió á un oficial un bandolero,
Y ella al bandido desarmó primero,
Y al oficial después curó la herida,
Porqué Luisa Chenier, como ya he dicho,
Beneficencia, amor, gracia, capricho,
Ligereza y amor, tal es su vida.

XII.

Muy detrás de la inglesa y la italiana
Camina la alemana
Leyendo un gran latino, y hasta creo
Que estudiando botánica en Linneo

(Porque entre otras rarezas que tenía,
Criar la rosa azul fué su manía),
Y al llegar á Valencia,
La ciudad de mas ciencia
En materia de rosas y de amores,
Se detuvo á estudiar filosofía
Con un jóven muy docto, que sabía
Que un musgo es una pléyade de flores:
Más la dejo estudiar, porque aseguro
Que no hará mas que acciones decorosas
Su tierno corazón, que salió puro
De diez ó doce intrigas amorosas.

XIII.

Al «voy» de aquellas fieles hermosuras,
Infiel Don Juan, premeditó una huida,
Pués la mucha tensión de sus venturas
Ya ha roto los resortes de su vida;
Y lo mismo que el que huye de una hiena,
Abandona Don Juan á Cartagena
Con la esperanza vana
De que ninguna en su excursión le siga:
Pero Julia, ardorosa y sevillana,
Era española, y la nobleza obliga:
Y le sigue, y le sigue, y entretanto
Que ella corre eficáz tras del amante,
Él, escapando de ella con espanto,
Méintras mira hácia atrás, sigue adelante.
Y á su edad, bien comprendo
Que por andar huyendo
Del fulgor de unos ojos españoles,
Fuese Don Juan capaz de andar corriendo
Diversas tierras y diversos soles.

XIV.

Caminando Don Juan sin rumbo cierto
Vió á la derecha el sol, y ya orientado,
De Torrevieja hácia el estéril puerto
Por el terror llevado,
Corrió como escapado
Lo mismo que Mazeppa hácia el desierto;
Más, como es la mujer un torbellino
De tul, de terciopelos y de encajes,

Oyó Don Juan tras sí por el camino
El rumor peregrino
Que harían al moverse unos ramajes;
Y con la prisa y el terror de un ciervo,
Cruzó del Pinatar la antigua aldea,
Y al llegar por la *Rambla de la Glea*
A la *Peña del cuervo*,
Don Juan, ya fatigado,
Respira, toma aliento,
Y después apoyado
Contra el tronco de un árbol corpulento,
Digno de ser por Títiro cantado,
No léjos del edén de *Matamoros*,
Vió, en el sitio de que hablo,
Una cueva en la cual enterró el diablo
Al último rey godo y sus tesoros:
Y al verla tan oculta entre dos cerros,
Huyendo del amór, que ya le aterra,
En ella se escondió bajo la tierra,
Cual liebre que se escapa de los perros.

XV.

Cuando oculto Don Juan (mas divertido
Que al lado de la jóven mas risueña),
Se encontraba metido
Como un sapo en el hueco de una peña,
Julia á la cueva se asomó entretanto
Por cima de una loma,
Como aquella paloma
Que trajo á Clodoveo el óleo santo;
Y ántes, mucho ántes, que Don Juan la viese,
Con furia le da abrazos y le besa
Con la gracia del tigre que extendiese
Las garras por encima de su presa;
Y al mirar que no hay medio
De evadir su existencia del asedio
De una mujer tan bella,
Don Juan siente junto á ella
La angustia complicada con el tedio:
Y es que, habiendo querido con vehemencia,
Su corazón gastado, estaba frío.
Vuelve el amor del odio y de la ausencia,
Pero no del desprecio y del hastío.

XVI.

Al ver amor tan tierno,
Don Juan contiene por vergüenza el lloro,
Y con dolor — ¡misericordia! — exclama,
Cuyo gemir sonoro
Tan solo encontró un eco en el infierno:
Y Julia repitiéndole — ¡te adoro! —
Le envuelve de sus ojos en la llama,
Y con piedad inmensa
Con los labios cubriéndole la boca,
Su último aliento aspira, y le sofoca;
Y Don Juan sofocado
Dirige al cielo una mirada extensa,
Y por Julia, al morir, acariciado,
De su amor le dedica en recompensa
Una lúgubre risa de forzado.

XVII.

La pobre Julia luego,
Por un impulso de cariño extraño,
Le dió un beso de fuego
Que matándole al fin le hizo un gran daño:
Y viajó después mucho, hasta que un día,
Pensando en sus amores,
Brotó de su tristeza la alegría
Como se crian en las tumbas flores.
Con respecto á Don Juan no pasó nada.
Solo se habló del tétrico homicidio
De un cierto inglés á quien mató el fastidio
De un barranco á la entrada;
Y como, por las señas,
Era, mas bien que un loco,
Un bribón escapado de presidio,
Ninguno fué á llorarle, ni tampoco
Su cadáver sacó de entre las breñas,
Al cual se le comieron poco á poco
Las aves que habitaban en las peñas.
Muerto el gran amador, de puro amado,
Fué por su mala suerte
Comido por los cuervos y olvidado...
Como todo buen mozo jubilado,
Su vida hizo mas ruido que su muerte.

CANTO SEGUNDO.

LAS MUJERES EN EL CIELO.

I.

Muerto Don Juan por fin, y muertas ellas,
El linde al trasponer del otro mundo
(Segun refiere un teólogo profundo
Que sabe lo que pasa en las estrellas),
Conforme iban entrando,
Un ángel grave, de equidad modelo,
Fué sus almas pesando
En medio del vestíbulo del cielo.
Y miéntras con delicia
Ve el ángel de la gracia y la justicia
Que, por su grande amor y su esperanza,
Pesaban de ellas mas en la balanza
Los dias buenos que las malas horas,
Y con risa inefable
El ángel á las cinco pecadoras
Les promete la gloria perdurable,
Ve Don Juan con espanto
Que sus muchos pecados pesan tanto
Que lo pintan, como es, abominable.
Pero él el fallo del Señor, sumiso
Aguarda esperanzado, porque sabe
Que aquellas cinco hermosas
Que él quiso, ó mejor dicho, que él no quiso,
Aunque sea robando alguna llave
A espaldas de San Pedro, generosas
Las puertas le abrirán del paraíso.

II.

Y la fé que tenía
En sus pobres amantes, ya gloriosas,
Era justa, á fé mía,
Porque ¿quién lo creería?
Aquellas cinco víctimas piadosas
Que Don Juan tantas veces ha vendido,
Al cielo le han pedido
Que salve del bribón el alma impía,
Y Dios, por excepción, ha permitido
Que Don Juan pueda ser en aquel día
Por los méritos de ellas redimido.

¡Oh encantadores seres
Del alma humana incomprensible abismo!
¡Si el hombre sabe poco de sí mismo,
Sabe ménos quizas de las mujeres!
¡Por eso yo, que indago su destino,
Y el alma humana en estudiar me afano,
Veo en el hombre el corazon humano
Y en la mujer el corazon divino!
¡Y por eso por ellas,
En mis locos amores,
Del mundo entero devasté las flores,
Y descolgué del cielo las estrellas;
Y por eso jamás el alma mía,
Pintándolas un día y otro día,
Pudo agotar sus gracias por escrito,
Porque pintar una mujer sería
Verter lo inagotable en lo infinito!

III.

La entusiasta italiana que veía
Perder un alma que salvar quería;
Que, siempre seductora,
A aquella luz de un alba sin aurora,
Como era tan morena, parecía
Una flor colonial encantadora,
Viva, arrebatadora,
Sobre el platillo que Don Juan vencía
Este mérito echó que le sobraba,
Y es la alta acción de que jamás cantaba
Una cancion de frases muy picantes
Que aprendió siendo jóven, y mucho ántes
De saber la malicia que encerraba.
Más con tristeza viendo
La poca gravedad de tal presente,
Fué echando en el platillo lentamente
Todas las penas que sufrió, teniendo
Una jaqueca, á ratos, persistente;
Y viendo que tampoco estos dolores
Alcanzaban para él el paraíso,
Echó después sus méritos mejores,
Que son los de hacer caso á sus mayores
En tanto que quisieron lo que quiso.

IV.

Vió este inútil afán, y en el momento
La alemana, radiante de contento,
Alza su cara roja
Y en el platillo arroja
El caso peregrino
De que, odiando el alcohol, siempre aguó el vino.
Y viendo que no alcanza
A inclinar del platillo la balanza
Por mas que echó á montones
Las muchas ocasiones
En que quieta y pastosa su belleza
Sacrificó el placer á la pereza,
Tambien, con vano intento,
Echó por fin el bello sentimiento
De que fué muy honrada
El tiempo en que encerrada
Estuvo tras las rejas de un convento.

V.

Pero, de pronto, lleno
El corazón de Luisa de esperanza,
Al ver que no se inclina la balanza
Ni un ápice hácia el lado de lo bueno,
Mira á Don Juan con tierno coquetismo
Y en el platillo del opuesto lado
Echa el inmenso afán que le ha costado
El raspar su partida de bautismo.
Después, enternecida,
El mérito arrojó de que en su vida,
Atenta al bien de su razon tan solo,
Prefirió el dios millon al dios Apolo,
Y méritos y méritos echando
(Siempre á Don Juan mirando),
Lanzó en el fondo del platillo Luisa
La accion dudosa de venir amando
Los huesos de su esposo á lo Artemisa.

VI.

Como eterna rival de la francesa
Fanny Moore, la inglesa,
Que, entre muchas acciones honorables,
Siempre había tenido

El dolor impagable de haber sido
Víctima de perfidias adorables,
El mérito mayor que le sobraba
Lánguida echó sobre el rebelde plato,
Y era el tierno relato
De un antiguo amador que ella no amaba,
Al que oyó tan arisca como un gato
Añadiendo un tratado de exorcismos;
Que ella escribió, repleto de aforismos.
Mas viendo que era inútil su cuidado,
En el platillo echó de la balanza
Las horas de fastidio en que no ha amado
Y aquellas en que amó sin esperanza;
Y hasta con aire altivo y pudibundo,
Volviendo al cielo de extrañeza loco,
Echó después el mérito profundo
De que, estando en el mundo,
Solamente en la edad mentía un poco.

VII.

Mirando Julia el invencible peso
Que el alma inícua de Don Juan hacía,
Se sintió acometida de un acceso
De antigua y renovada idolatría;
Y como ama con fé todo lo que ama,
Y siempre, amando, hasta el delirio toca
(Cual una indiana cuerda que está loca
Y se quema al morir su viejo Brahama),
Al mirar á su amante condenado,
Pensando en su ternura del pasado,
Calcula resignada
Que ir por él condenada
Al Infierno es preciso...
Mas ¿qué importa? para ella el paraíso
Es el ser bella, amar y ser amada.
Julia, por ver al punto rescatado,
Aquel bribon dichoso,
Nunca cautivo y siempre enamorado
Ya el semblante de cólera amarillo,
Juntando con lo altivo lo gracioso,
En cuerpo y alma se arrojó al platillo;
Y así, perdiendo su alma la española,
El alma redimió del caballero
Con tal valor, que el peso de ella sola
Hubiera redimido al mundo entero.

VIII.

Y es esto tan verdad, que el cielo siente
Una ternura á nada comparable
Mirando tristemente
Caer desde el empíreo á la inocente
En el abismo del amor culpable,
Y al ver que, tan resuelta como bella,
La española, esa caña inquebrantable,
El noble fin de sus amores sella
Salvando del infierno á un miserable.
¡Oh, cuán cierto es que en pechos como el de ella
El amor imposible es el probable!
Mas ¿por qué, cielo santo,
Esa hermosa á Don Juan ha de amar tanto
Que él se lleve el honor y ella el castigo,
Siendo ella la virtud y él el infame?...
Dice San Agustin: — Dadme uno que ame
Y veréis cómo entiende lo que digo. —

IX.

Viendo el amante celo
De esta especie de Cristo,
De amor terreno y redención modelo,
Resonó en el vestíbulo del cielo
Cuanto tiene el asombro de imprevisto:
Y cuando Julia, altiva,
Al sacrificio su locura eleva,
A sus rivales maliciosa y viva
Les echa una mirada de hija de Eva;
Y al ver á tan sublime visionaria,
Quedando como heridas por el rayo,
La contemplan las otras de soslayo
Con cierta estimación involuntaria:
Rápida la francesa
Con ojos la miró de envidia llenos;
Y prorrumpió la inglesa
— *Very well, very well*, — que son dos buenos;
Y callando humillada la italiana,
Se admiró en una frase la alemana
De treinta consonantes por lo ménos:
Pues era en aquel día
Del cielo el entusiasmo tan ardiente,
Que hasta Don Juan gritó: — ¡Perfectamente!
¡Si fuera yo mujer lo mismo haría! —

X.

Julia, en momentos tales,
Se encuentra tan divina,
Que perdonar no quieren sus rivales
La grande admiración que las domina;
Y las cuatro, frenéticas de celos,
Ven que cuanto ella mira se alboroza
(Pues lo mismo en la tierra que en los cielos
Era técnicamente buena moza);
Y, á pesar de la augusta
Caridad de San Pablo,
Como nunca á la envidia le disgusta
Ver cómo á un alma se la lleva el diablo,
Como es la mas genial y peregrina
Imágen de la raza femenina,
Celosa la italiana en tal momento
Unos hondos suspiros lanza al viento;
Después la inglesa, con sonrisa amarga,
Echa hácia arriba una mirada larga;
Y con faz tan divina como humana,
Sin repetir su interminable frase,
Paciente la alemana
Parecía una estatua que llorase;
Y la francesa, que con ojos mira
De un color, entre blanco y azulado,
Que daba á su mirada un aire frío,
Hasta llegó á decir, siendo mentira,
Que en Sevilla una vez mató con ira
A otra cierta mujer en desafío;
Y las cuatro rivales
No notaron jamas, hasta aquel día,
Que la española, al parecer, tenía
Los ojos un poquito desiguales:
Y aunqué eran, como Julia, todas bellas,
Por su belleza era la envidia tanta,
Que, bajando la voz, dijo una de ellas:
— Se va al infierno por fingirse santa.

XI.

Pero ¿qué vil conjuracion es esta
Contra un sér tan paciente?
Es la mujer tortuosa que detesta
Por celos del oficio á la serpiente.

Ser rival es odiar y ser odiada.
Hasta la misma sombra condenada
Cuando, al andar, con cadencioso talle,
Y al ver el no sé qué de su mirada
Las almas al pasar le abrian calle,
Sin respeto tal vez al lugar santo,
Humilla á sus rivales con encanto,
Porque estos bellos seres
Aunqué se ocupan de los hombres tanto,
Se ocupan mucho mas de las mujeres.

XII.

Y ¿qué era de Don Juan? Don Juan tranquilo
Dos lágrimas soltó de cocodrilo:
Y porqué al cielo su elegancia asombre,
Mira en torno con plácido cinismo,
Con aquel aire fanfarron de un hombre
Que tiene una alta idea de sí mismo;
Y cuando entra en los cielos insensible,
Su pobre redentora despreciada
Con ojos de limpieza irresistible
Le acaricia al pasar con la mirada;
Pero él, exagerando pretencioso
La parte teatral de su manera,
Volviéndole la espalda, ni siquiera
Dejándose adorar fué generoso;
Y en tanto que los buenos serafines
Ancho paso le abrían,
Sus miradas decían:
— Vedme bien; soy Don Juan. ¡Sonad clarines! —
Y la española, aunque contiene el llanto,
De mirar tal desprecio, casi loca,
A juzgar por los ayes que sofoca
Nunca mártir alguno sufrió tanto;
Porque ¡oh Dios! ¿quién creyera
Que aquel hombre galan y degradado
Dejase á Julia, sin mirar siquiera
A una mujer tan noble y hechicera,
Que, si volviese á verle desgraciado,
Su propia sangre á su salud bebiera?
Pero aquella alma vana,
Probando que era cierta
La expresion italiana
De — pensamiento oculto en cara abierta, —

Deja á Julia, sabiendo
Que queda su ex-querida
De alma y cuerpo perdida,
Y en el cielo se entró como diciendo:
— Que Dios os dé salud y larga vida. —
Y dolor afectando,
Las rivales le siguen, ocultando
Su rabia y sus enojos;
Y entran con él las pérfidas mostrando
Rabia en el corazón, llanto en los ojos.

XIII.

Cuando Julia despues ya no veía
Al león que la había fascinado,
Y en su aire consternado
Revelaba el martirio que sufría,
La madre Eva, saliendo de repente
Del fondo de la gloria,
Le dijo á Julia cariñosamente:
— Aún vive en tí el honor de mi memoria; —
Y, abrazando á la sombra despreciada,
— ¡Hija mía! ¡hija mía! —
Nuestra madre primera le decía,
Y cien veces, teniéndola abrazada,
— ¡Eres tan hija mía!... — entusiasmada
Eva le repetía:
Y contemplando en Julia al tipo eterno
De esas almas benditas
Que tornan por lo que aman el infierno
En un sueño de dichas infinitas,
La madre universal de las naciones
Cuando deja del cielo las regiones,
Mas que por propios, por ajenos vicios,
Llena á Julia de santas bendiciones
En nombre de los buenos corazones
Que comprenden los grandes sacrificios.
¡Ay! ¡Aunque os jure la estulticia humana
Que una mujer es todas la mujeres,
Yo os juro por el padre des los seres
Que aquella alma infelíz no tiene hermana!

XIV.

Viendo á Julia que marcha resignada
Del cielo azul hácia las puertas de oro,

Todo el celeste coro
Suspira por la sombra desterrada,
Y de Julia las huellas
Sigue con paso incierto
Por las regiones bellas,
Donde se ven, como en un libro abierto,
Poemas cuyas letras son estrellas.
Y cuando Eva doliente,
Al volverla á decir: — ¡pobre hija mía! —
La atrajo hácia su pecho dulcemente,
De Julia un gran torrente
De luz apocalíptica salía;
Y cuando Eva así exclama
Y aquellas almas buenas
Ven ir hácia el infierno, por el qué ama,
A la noble mujer por cuyas venas
No circulaba sangre sino llama,
Por algunos momentos
Reinó por las regiones bonancibles
Uno de esos terribles
Silencios que rebosan pensamientos.

XV.

Julia después, con altivez suprema,
Con el velo arrollado
Por la frente, á manera de diadema,
Lo mismo que una reina que ha abdicado,
Para seguir con paso reverente
De su Calvario la desierta vía,
Su vestido de luz graciosamente,
Como un ave sus alas, recogía;
Y un serafin que de los cieles vino,
Y que, admirado, á su pesar lloraba,
De la sombra el camino
Con su espada de fuego le mostraba;
Y al ir andando la heroina aquella
Que al coro de los ángeles asombra,
La luz dió fin en palidez de estrella,
Y quedándose fueron ellos y ella
Los unos en la luz y ella en la sombra!

POR DÓNDE VIENE LA MUERTE.

POEMA EN UN CANTO.

A mi muy querida amiga

EUGENIA MAC-CROHON Y BARUTELL.

I.

Te lo vuelvo á decir, y yo no miento,
¡Gloria de los Mac-Crohones!
Era, cual tú, la Eugenia de mi cuento
Una enferma incurable de ilusiones.
Retrato verdadero
De tu rostro hechicero,
Mostraba, como tú, con mezcla rara,
La realidad de lo ideal su cara,
Lo ideal de lo real su cuerpo entero.
Hermosa niña que tambien tenía
Ojos azules irisados de oro,
Que juntando al talento la alegría,
Añadía un tesoro á otro tesoro.
Modelo de esos seres ideales
Que abrigan en su propio pensamiento
Tal horror por las cosas materiales,
Que tienen que bajar del firmamento
Para poder hablar con los mortales.
Raza privilegiada
De castas soñadoras
A quienes nunca afligen
De la vida mortal las tristes horas,

Pues su dicha es soñada,
Y en el sueño que eligen
Siempre hallan el amor que les agrada.
¡Gloria eterna á ese ejército divino
De grandes jugadores de ilusiones,
Que exponiendo á menudo su destino
A la carta ideal de sus visiones,
Alcanzan siempre en su pasión fingida
Una dicha infalible,
Pues si abruma lo real en esta vida,
Lo que nunca nos cansa es lo imposible!

II.

El padre de esta niña, el sabio Prieto,
Doctor en medicina y cirugía,
Amante de lo real, y que discreto,
Como aconseja Horacio, «coge el día,»
Crée que el alma, si existe, está vencida
Por la ley de las fuerzas naturales,
Y que no hay mas criterios en la vida
Que los cinco sentidos corporales;
Que el contento moral, mas que un contento,
Es de la pobre humanidad martirio,
Y que el alma es el sueño de un delirio,
Y el fruto de este sueño el pensamiento.
Es claro que, al decir que es nuestra mente
La fuerza de la vida trasformada,
Crée en muy poco, ó mas bien, crée solamente
En el dios Pan, el Todo, esto es, la Nada.
Teniendo por sistema
Dudar de Dios, creyendo en sus hechuras,
Jamás le atormentaba el gran problema
De que hay un Criador, si hay criaturas.
Sienta el Doctor, por única certeza,
Que el hecho es la razón de las razones;
Y á abrigar ilusiones
Le llama tener aire en la cabeza;
Y, juzgándose un sabio muy profundo,
Con sonrisa altanera,
Como todos los fátuos de este mundo,
El se alaba, y no poco,
De no tener un átomo siquiera
De poeta, de músico ni loco;
Y como es tan astuto, el matasanos
Todo el arte de Hipócrates lo encierra

En jurar por los ídolos paganos
Que, exceptuando en los trances de la guerra,
Para llegar la muerte á los humanos,
No tiene mas caminos en la tierra
Que el frío y la humedad de los pantanos.
Y por eso á la niña, á la que quiere
Con sin igual terneza,
Seguro de que el hombre solo muere
Cuando el desórden hiere
De los sentidos la exterior corteza,
Le dice sonriendo de esta suerte:
— «De la callada Parca el paso quedo
No vendrá á sorprenderte;
No tengas, hija mía, ningun miedo;
Yo sé por dónde ha de venir la muerte.»

III.

Como nunca ha llenado su cabeza
La ilusión de un amante desvarío,
No conoce del padre la agudeza
Que, así como la gran naturaleza,
Tiene horror el espíritu al vacío;
Y aunqué ve que en la edad de los amores
Eugenia solo busca con anhelo
Los pájaros, las luces y las flores,
Lo que recuerda y lo que lleva al cielo,
Con mengua del honor de los doctores,
No advierte el sabio Prieto
Que la niña se entrega
A penas y á alegrías sin objeto.
Más ¿de estas impaciencias el secreto
Cuál puede ser? La pubertad que llega.
Y es que, al lucir la nítida alborada
Del sol de la existencia,
Celebran los sentidos la llegada
De cosas que aún ignora la inocencia;
Pues á este sol, con poderoso anhelo,
Llenando lo visible y lo invisible,
Circula ardiente de la tierra al cielo
La savia de un amor irresistible;
Y, siendo esta la clave
De su feliz tormento,
Ya de Eugenia el divino pensamiento
Desea alguna cosa; y ¿cuál? No sabe.

Sólo ve que pensando y más pensando,
Ya en sér su pensamiento convertido,
Sale al fin de su cuerpo adormecido
La mariposa del amor volando.

IV.

Y ¿qué sér ha inspirado
El fuego que de Eugenia el pecho inflama?
Lo ignoro. Algún ensueño acariciado.
Más que en el sér amado,
La causa del amor está en el que ama.

V.

Siente Eugenia impaciencias sin objeto;
Mas no quiere estudiar el doctor Prieto
El gran misterio que su pecho encierra,
Pues, como hombre discreto,
Crée que toda mujer tiene un secreto
Que nada importa al cielo ni á la tierra.
Y no ve que, en su estado visionario,
Eugenia, en la región del firmamento,
Da citas en un parque imaginario
A un novio que creó su pensamiento.
¿Quién detener podría la corriente
De ideas hechiceras
Que brotan de la frente
De una mujer que en su exaltada mente
Conduce diez legiones de quimeras?
Hay séres en amar de tal constancia
Y de alma tan ardiente y abstraída,
Que sacan de sí propios la sustancia
Con que tejen la tela de su vida.
Así Eugenia, soñando y mas soñando,
De hablar tanto con ellas
Fué creando, creando
Un lenguaje especial con las estrellas;
Y de mirar la jóven extasiada
A la celeste esfera,
Como era de esperar, quedó extenuada...
Mas la niña hechicera,
Por su padre adorada,
¿Qué tiene enfermo? Nada:
El pensamiento, esto es. ¡la vida entera!

VI.

Siendo el Doctor de lo ideal ateo,
De su ciencia seguro,
No crée, como yo creo,
Que un amor en estado de deseo
Es tanto más vivaz cuanto es más puro;
Y, en cambio, si veía
Que alguna hermosa jóven se moría
Por tomar en las noches el rocío,
— «Abrígate,» — á su hija le decía, —
Que ayer mató á una niña un aire frío;» —
Y, con ansias de padre verdaderas,
Ponía el algodón de sus cuidados
En todas las rendijas y vidrieras,
Arriba, abajo, enfrente y á los lados;
Y con tan nimio esmero
Todo frío exterior interceptaba,
Que en el cuarto de Eugenia, cuando helaba,
Podría cocer pan un panadero:
Y, cual siempre, pagado
De su feliz agüero,
Le decía á su hija confiado:
— «No tengo ningún miedo de perderte;
Tú fía en mi cuidado,
Que sé por dónde ha de venir la muerte.»

VII.

Mas lo triste es que un día,
Nuestra Eugenia del sueño en que dormía
Inquieta despertó de tal manera,
Que su alma empezó á amár como debía
Y su cuerpo á sentir como lo que era.
Y Eugenia sin amante, ¿á quién amaba?
Al amor ¡qué sé yo! misterios de ellas.
El caso es que aquel tipo que adoraba,
¡Oh fuerza de los sueños! habitaba
Muy cerca... más allá de las estrellas.
Y es natural: un alma cuando es pura
Y vive en un estado visionario,
Como no tiene objeto su ternura
Lo aplica ¿á quién? á un sér imaginario.
Lo cual prueba, lectores,
Que, gracias á estos púdicos amores,
Para eterno consuelo,

Miéntras haya mujeres y dolores
Será en la tierra una esperanza el cielo.

VIII.

Pero, á su ciencia natural atento,
Ni aún viendo cómo mata el sentimiento,
Nuestro Galeno advierte
Que alguna vez puede llegar la muerte
Envuelta en un amante pensamiento.
Y como es una fruta la experiencia
Que, ó está sin madurar, ó está podrida,
Apelando el Doctor á su conciencia,
Recuerda que en la edad de los placeres
Se murieron por él muchas mujeres,
Que vivieron después toda su vida:
Y aunqué no se creía
Ni músico, ni loco, ni poeta,
Como él amaba un poco todavía
A una enorme coqueta,
Especie de animal de sangre fría,
Y al deducir, por la doctrina impura
De sus principios de malicia llenos,
Que muchos platonismos de ternura
No acaban en Platón, ni mucho ménos,
Por si causar podría
De Eugenia los pesares,
A un primo, casi lelo, que tenía
Le desterró el Doctor de sus hogares;
Pues, con ser tan notorio, no sabía
Que inspira todo primo una gran llama,
Ó, como éste de Eugenia, un gran desprecio;
Y que un primo es un dios cuando se le ama,
Pero un primo no amado es siempre un necio.

IX.

Y sin darse un momento de reposo,
Unas veces honrosas y otras viles,
El Doctor, como un viejo receloso,
Tomaba precauciones infantiles.
Y como ya es sabido
Que un padre es aún más tonto que un marido,
Con general sorpresa
Le echó un traje á una estátua de un Cupido
Que estaba sin vestir sobre una mesa;

Y les dió libertad á dos jilgueros,
Por si de ella los ojos hechiceros
Ya deleites secretos presagiaban
Al mirar, en los ratos placenteros,
El porqué, cómo y cuándo se besaban.
Inútil precaución que iba agrandando
De Eugenia los fantásticos amores;
Pués, conforme á sus ojos soñadores
Se iba el espacio de su amor cerrando,
Su puro corazón fué desplegando
Inmensas perspectivas interiores.
Asi es que, amando con leal vehemencia
La dulce creación de su existencia,
La hermosa Eugenia hácia la muerte avanza
Con un amor igual á su esperanza,
Y una constancia igual á su paciencia.

X.

Y ¿el Doctor? Con un juicio algo tardío,
Pensando un día, por su buena suerte,
Que es un error tan necio como impío
El que son siempre la humedad y el frío
Las anchas carreteras de la muerte,
— «¿Por qué esta niña, — el triste se decía, —
Con cara de sonámbula risueña,
Ayer y hoy, por la noche y por el día,
Esté despierta ó duerma, siempre sueña?
¿Por qué en labios tan bellos,
Sin dejar de ser puros,
Ya parece que en ellos
Palpitan á granel besos futuros?» —
¡Desdichado Doctor! ¡Siendo tan diestro,
Y teniendo además tanta experiencia,
No sabe que el querer es una cienci
Que todos aprendemos sin maestro;
Y que, al cerrar con diligencia vana
Por la noche al puerta á los amores,
Entran por la ventana
Enjambres de fantasmas seductores
Que dispersa la luz de la mañana!

XI.

Mas cuando, al fin, con ansia verdadera
Nota el Doctor cuán presto

Lleva á Eugenia hácia un término funesto
La casta consunción de una quimera,
Ya, aunque muy tarde, á comprender alcanza
Que es la niña adorable
Una enferma incurable
Del santo malestar de la esperanza.
¡Morir de amor! ¡Oh encantadores séres,
Fuentes de bien, refugios de consuelo!
¡Los ángeles amasan en el cielo
La pasta con que se hacen las mujeres!

XII.

Así hácia un fin cercano
Corría con el aire más risueño
La que en las nubes dió su blanca mano
A un cierto prometido de un ensueño.
Y entre tanto que Eugenia se moría,
Nuestro Doctor ¿qué hacía?
Disparatar el pobre como un loco;
Por lo cual no veía
Que la muerte venía poco á poco;
¿Por dónde? No lo sé; pero venía.
¡Siempre fué así: yo sé por mis lecciones,
De realidad y de experiencia llenas,
Que, mejor que las penas,
Matan las ilusiones,
Pues he visto á docenas,
O más bien, á docenas de millones,
Lindas cabezas rubias y morenas
Morir de apoplegía de visiones!

XIII.

Y una vez que en la faz desencajada
De Eugenia moribunda
El candor hizo franca la mirada,
Así como el amor la hizo profunda,
Y cuando ya entreabiertos se teñían
De azúl los labios rojos,
Y muriendo, parece que tenían
Doble vida las niñas de sus ojos,
Convencido el Doctor de su torpeza
Parecía, mirándola afligido,

Un náufrago que saca la cabeza
Desde el fondo del mar donde ha caído.

XIV.

Y cuando ya el Doctor no está seguro
Si es la niña á quien vela
Un espíritu puro
Que pronto va á volar, si ya no vuela,
A Eugenia una mañana contemplando
Con la pasión más tierna,
Vió que se iba en sus ojos condensando
La negra sombra de la noche eterna;
Y ante ella sus errores abjurando,
Lo mismo que á la imágen de una santa,
Le dió un beso en la frente de rodillas,
Dos en los ojos, dos en las mejillas,
Y otro y otro, hasta diez, en la garganta.
Y en el instante mismo en que, embebida,
A una cadena de ángeles asida,
Eugenia con el aire mas risueño
Ya iba á seguir los sueños de su vida
A las mansiones del eterno sueño,
El Doctor, tristemente,
Con la voz de una tórtola que gime,
Le decía á la niña, en cuya frente
Dejó la muerte un estupor sublime:
— «¡Ten, por Dios! ¡ten, por Dios, ídolo mio,
Quieta la mente, el corazón en calma!
No matan sólo la humedad y el frío;
¡Viene también la muerte por el alma!»

LOS CAMINOS DE LA DICHA.

POEMA EN TRES CANTOS.

A mi querido sobrino

D. CAYETANO DE ALVEAR Y RAMIREZ DÈ ARELLANO

CANTO PRIMERO.

CARTA DE UN TÍO PATERNO, DIRIGIDA Á SU SOBRINO EL AUTOR DE ESTE POEMA.

I.

Sé que te vás, y mi alma te acompaña.
Návia es de Asturias la región más bella,
Aún siendo Asturias lo mejor de España;
Mas véte á descubir á tierra extraña
De tu ambición la misteriosa estrella:
Cual Mahoma al llamar á la montaña,
«Pues no viene ella á tí, vé tú hácia ella.»

II.

Véte á Madrid y arroja las cadenas
Que te atan á los séres
Que desde niño con el alma quieres,
Y busca, en horas de entusiasmo llenas,
El fuego tentador de los placeres,
De la pasión las adorables penas,
El goce de la gloria y las mujeres.

III.

No es el campo, sobrino,
La tierra en que germina la ventura
Del humano destino,
Aunque así lo asegura
Virgilio, que era un tierno campesino,
Con un talento igual á su ternura.
¿Quién en el campo á soportar se atreve
Los cambios incesantes
De la lluvia y la nieve,
Aunque nos juren ántes
Que cada vez que llueve
Hace el cielo una siembra de diamantes?
¡No hay suerte á la verdad mas importuna
Que tengan que gozar desde la cuna
Nuestros sentidos, de placer sedientos,
La insípida fortuna
De ver y oír atentos
Un día y mil, sin diferencia alguna,
Ruidos del mar, rumores de los vientos,
Rayos del sol, matices de la luna!

IV.

Miéntras á Dios le ruego
Que te dé su ventura,
Y en tanto que con mística ternura
A su divina voluntad me entrego
(Pues en cosas de fé, segun el cura,
Para ver algo claro hay que ser ciego),
Tú aléjate contento
Y realiza el felíz presentimiento
Que en tu viril naturaleza fundo.
Ese pueblo de Návia es un convento;
Si tienes corazón y entendimiento;
Echa el mundo á un rincón y hazte otro mundo.
Para darte, sobrino, estos consejos
Tengo hoy motivos graves,
Pues he visto ayer tarde á los vencejos
Volar de cierto modo; y tú ya sabes
Que los augures viejos
El provenir leían desde léjos
El vuelo interpretando de las aves.
Ten en mí confianza
Y afronta la ambición con alma fuerte;

Así te evitarás la triste suerte
De ver, cual yo, pasar en lontananza
Después de una esperanza, otra esperanza,
¡Y luégo otra! ¡Y luégo otra! ¡Hasta la muerte!

V.

Y miéntras corre la existencia mía
En ver cómo tu tía
El tiempo, el oro y la paciencia gasta
En vestir de la iglesia los altares
(Imitando en lo buena y lo entusiasta
La esposa del Cantar de los Cantares
Furiosamente enamorada y casta),
Tú, parodiando en su afición guerrera,
Y aunqué sea también en lo hugonote,
A tu tío Fabián, el calavera,
Que es más loco y matón que un Don Quijote,
Véte á ser gran artista, ó gran guerrero,
Con frente altiva y corazón entero,
Pues no hay cosa mejor que ver á un hombre
Cómo eleva su nombre
A Pontífice, ó Rey, desde porquero.
Y aunqué sé que en los campos hay momentos
En que templan del mundo los pesares
Rumores de las aguas y los vientos,
Flores, aves, amores y cantares,
Quiero que tengas siempre en la memoria
Que, más que este placer, vale la gloria
De sacar del olvido
Una raza, aunque noble, sin historia.
Y cuando, ausente del paterno techo,
El cielo te depare honra y provecho,
Y la envidia, encubriendo sus rencores,
Grabe en letras de molde tus loores,
Tu tío los leerá más satisfecho
Que una niña que escucha desde el lecho
En la alta noche una canción de amores.

VI.

¿La dicha de un lugar?... ¡Maldita sea!
Un sepulcro sin paz es cada aldea
Estaba San Jerónimo en lo cierto
Cuando dijo una vez: «Roma, ó el desierto.»

Y aunque es mucha verdad que yo he sentido
Mil veces un placer desconocido
Cuando, al morir el sol en Occidente,
Se apaga todo ruido
Y se oye solamente
El himno de las aguas de la fuente,
La elegía sin fin del mar dormido,
Tú abandona los tiernos amorcillos
A esos pechos sencillos
Que hasta encuentran un són que los recrea
En el ritmo invariable de los grillos
Que cantan en los prados de la aldea;
Y lleno de ilusiones,
Ten, sobrino, presente
Que del mundo en las múltiples regiones,
Sólo es vivir realmente
Cuando son nuestro pecho y nuestra mente
Un huracán de ideas y pasiones.

VII.

Y pués me deja el sol, también te dejo.
¡Adiós! que siendo de virtud espejo,
No aficiones jamás tu mano avara
Del oro y de la plata al vil manejo.
Fortuna grande y pronta es cosa rara.
Y, como dice un castellano viejo,
Nunca el Duero creció con agua clara.
En la pública escena
No adules para nada
La multitud, que es ignorante y buena.
Con la frente serena
Defiende con tu lengua y con tu espada
La noble condición de los Pompeyos;
Y, digno siempre de tu estirpe honrada,
No enrojezcas con ácidos plebeyos
La sangre de tu madre algo azulada.
Te mando esos cien duros. Hazte un traje
Que tenga mejor corte que los míos:
Es propio el buen vestir de un buen linaje.
No olvides que el más bueno de los tíos
Es *Celedonio Campoamor.* — ¡Buen viaje!

CANTO SEGUNDO.

CARTA DE UN TÍO MATERNO, DIRIGIDA Á SU SOBRINO EL AUTOR DE ESTE POEMA.

I.

¿Me han dicho que te vás, y que nos dejas?
No lo quiero creér; mas si te alejas,
En tu vida azarosa
Verás por cada jóven veinte viejas,
Y cien feas ó más por cada hermosa.
Tu espíritu anhelante
No encontrará en la tierra un solo amigo,
Ni una mujer constante...
Hago mal en decir esto que digo,
Pero, en fin, ya lo he dicho, y adelante.

II.

¿Insistes en partir? ¡Ay! Por lo visto,
Ébrio de amor, de gloria y de riqueza,
Comienza á fermentar en tu cabeza
La fecunda ilusión de lo imprevisto.
Márchate, pues; que mientras tú emponzoñas
Tu corazón, que es bueno como el mío,
En el campo tu tío
Con pedazos de caña hará zampoñas;
Y siendo ya además tan buen creyente,
Como esas almas bellas
Que candorosamente
Llaman cielo al espacio y las estrellas,
Con sano corazón y pura mente
Entre mozas de bien y lugareños,
Campondré mi ventura fácilmante
Con flores y con luz, música y sueños.

III.

Y sabrás en Madrid, si no lo sabes,
Que de mí se ha de hacer larga memoria
Al relatar los escritores graves
Las grandes niñerías de la historia:
Pués en la guerra han sido,

Si mal reconocidos, muy sonados
Los golpes que yo he dado y recibido;
Aunqué si he de ser franco, bien contados,
Son más los recibidos que los dados.
¡Oh término fatal de mi grandeza!
¿A quién no causa risa la memoria
De un héroe á quien le rompen la cabeza?
Es un tratado de moral mi historia:
Después de mucho amor y mucha gloria,
¿Qué he alcanzado? Este reuma y la probreza.

IV.

Como ya en un rincón busco el resposo,
A la probreza y la virtud me atengo;
Y, puesto que es forzoso,
Después que me he metido á virtuoso,
Desprecio mucho el oro que no tengo:
Pero, hablando, cual suelo, vivo y claro,
Te confiesa mi orgullo, aunque lo siente,
Que hoy bebo de lo tinto solamente,
Yo que siempre he bebido de lo caro;
Y vuelvo á confesarte con franqueza
Que, en mi suerte variada,
Después de haber gozado la riqueza,
No conozco una cosa mas forzada
Que entrar en la virtud por la probeza;
Y es que tener dinero y ser soldado
Sería un imposible realizado,
Como el milagro de tu tía Andrea,
Que es de Avilés, y sin embargo es fea.
¡Muy fea! Y tú no extrañes si atrevido
Hoy de tu tía el mérito rebaja
Un hombre como yo, que siempre ha sido
Soldado del amor hasta que, herido,
La fuerza de la edad le dió de baja;
Más aunque yo en materia de placeres
Puedo jurar por Vénus y por Baco
Que, excepto el vino, el juego y el tabaco,
No tuve más pasión que las mujeres,
Permíteme que escriba,
Aunque sé que te pesa,
Contra una lugareña tan altiva
Que, porque fué alcaldesa,
Se peina pelo arriba, pelo arriba,
Lo mismo que si fuese una duquesa.

¿No es natural que la paciencia pierda
Quien sabe que tu tía, aunque es tan lerda,
Domina á Celedonio de tal modo
Que bi-sexual, por imitarla en todo,
Se abrocha los botones á la izquierda?
Y es felíz, sin embargo, y yo te juro
Que ya vivir oscuro
Como tu tío Celedonio quiero,
Que, sin saber que hay guerras ni pan duro,
Recita de memoria á Horacio entero;
Y entre un mastín y su mujer, seguro,
Vegeta sin pasado y sin futuro,
Siendo de enero á enero
Felíz como los cerdos de Epicuro,
De los cuales ¡oh dicha! es el primero.

V.

¡Qué vergüenza la mía!
Oye aparte una cosa reservada:
Al volver á esta patria abandonada,
Ha renacido en mí la idolatría
De una antigua pasión, tan adorada,
Que dí una vez por ella una estocada
A un inglés muy grosero que bebía,
Lo mismo que si fuese una ambrosía,
Un fermento de lúpulo y cebada.
Y pese á mis enormes desengaños,
Adoro, en cuanto es dable, con ahínco
A esta hermosa mujer de treinta y cinco,
Que tenía cuarenta hace diez años.
¿Me casaré con ella? Si me caso,
Será porque con maña paso á paso
Irá excitando la flaqueza mía
Con su austera virtud, coquetería
Con que Leonór enloquecía al Taso.
¡Cuántos héroes famosos
Acaban, como yo, por ser esposos
De mujeres cansadas
Que la suelen echar de desgraciadas
Después de hacer á pares los dichosos!
Tal vez sea mi síno
Ser felíz, siendo bueno y candoroso,
Probando que es verdad el desatino
De que hacen vivir siglos á un esposo
La castidad, las sopas y el buen vino;

Y ya en mi Rubicón la suerte echada,
Imitaré en mi santo matrimonio
El cariño de Andrea y Celedonio,
Que gozan de enramada en enramada,
Lo mismo que dos tórtolas dichosas,
La paz que hay en el seno de las cosas
Antes que Dios las saque de la nada;
Y siguiendo sus huellas,
¿Quién sabe si, abjurando mis errores,
Volveré todavía á encontrar bellas
La ruda sencillez de los pastores,
Las ovejas, las aves y las flores,
La tierra, el mar, la luna y las estrellas?

VI.

¡Ah! si cual yo demente,
Tomas un día estado,
Que te proteja Dios; más ten presente
Que tienes que mandar ó ser mandado,
Pues todo esposo bueno y obediente
Vive en la hoguera de Abraham tostado.
Y no eches en olvido
Que no falta marido
Que, al mes de ser dichoso,
¡Oh tentación del fruto prohibido!
Quisiera ser de su querida esposo,
Volviendo á ser de su mujer querido.

VII.

¿Te vás al fin? Pues óyeme si quieres
Las reglas de moral que te aconsejo:
— De jóven sé ateniense en los placeres,
Pues serás espartano en siendo viejo.
En lo real é ideal obra de modo
Que no choquen el alma y la materia.
Quien no aspira á ser nada, ya lo es todo.
No hay amor que resista á la miseria.
Cuando es cuerdo el placer, vive de poco.
Confía en tí primero y en tí luego;
Si el creér demasiado es ser un ciego,
El no creér en nada es estar loco.
Sé flexible y tenaz como el acero.
Lavarse bien es la virtud suprema.

Hoy el tener ó no tener dinero
Es el ser ó no ser, es el problema.
No busques la constancia en las mujeres,
Y si alguna te deja,
La volverás á conquistar, si quieres,
Colgándola un diamante en cada oreja.
Procura no encontrar en tu camino
Cierta clase de bellas
Que forman de la vida un remolino
En el cual todo muere, ménos ellas.
Desprecia lo que va por lo que viene.
Todo negocio de mujer es malo.
¡Qué bien manda á los hombres el que tiene
En una mano el pan y en otra el palo!
En fin, nunca camines
Por cuestas empinadas y escabrosas,
Pues solo triumfarás cuando te inclines
Del lado de la fuerza de las cosas. —

VIII.

¿Mis consejos te extrañan?
¿Qué quieres, hijo mío? Aunque te asombres,
Para mí ya los hombres
Sólo al decirme la verdad me engañan.
Siempre tendrás, ó pasarás por necio,
Como el deber mayor de los deberes,
Para todos los hombres el desprecio,
Y afecto para todos las mujeres.
Yo, del mundo olvidado,
Pobre y desengañado,
Con el humor más negro,
Los desprecio ya tanto, que me alegro
De verme por los hombres despreciado.

IX.

Adiós; no extrañarás que no te mande
Lo que nunca he tenido,
Porque yo siempre he sido,
En no tener un cuarto, Enrique el Grande.
Y como esto es notorio y tan notorio,
Con mucho amor, y sin ningun dinero,
No te mando ni un real, pero te quiero.
En Luarca, á diez, *Fabian de Campoosorio.*

CANTO TERCERO.

CARTA DEL AUTOR DE ESTE POEMA, DIRIGIDA Á SU SOBRINO D. CAYETANO DE ALVEAR Y RAMIREZ DE ARELLANO.

I.

Cayetano querido, ¿conque dices
Que en el mundo tú y yo somos felices?
Pues aunque tu alma de pesar destroce,
¡Oh prez de la española infantería!
Te juro por el Rey Alfonso Doce
Que no creo en tu dicha ni en la mía.

II.

Yo, que en tiempos pasados
Dí mis pasos primeros
Por huertos que tenían alfombrados
Con arena del Návia los senderos,
Recuerdo que, llorando sin consuelo,
— «No te vayas» — mi madre me decía,
Cuando dejé en mal día
Aquel bello rincón del patrio suelo...
¡Ay, pobre madre mía,
Con cuánto desconsuelo
Y cuánta ingenuidad me prometía
Su voz la dicha, y su mirada el cielo!

III.

Mas la patria dejé; y ántes que siga
La historia de mis nuevos sinsabores,
Permite que, en honor de mis amores,
Me seque estas dos lágrimas, y diga
Que mi tio Fabián en sus estados
Viviendo, como un tiempo los cruzados,
Lloró, casi vecino á la pobreza,
Su tiempo y su dinero malgastados,
En cuanto echó de ménos con tristeza
El vino de Jeréz de veinte grados
Que se sube volando á la cabeza;
Y, olvidado y sin gloria,

Sintiendo, viejo ya, los sinsabores
De su variada historia,
Más que llena de amor, llena de amores,
Mi impenitente tío,
Probando, como siempre, junto á un río
Su pasión por las bellas castellanas,
Una noche, pescando hasta la aurora,
Cogió con un salmón unas tercianas
Al lado de una jóven pescadora;
Y así una fiebre lenta
Puso fin á sus muchos desengaños
Por no tener en cuenta
Que el amor, que es un loco á los veinte años,
Es un necio del todo á los sesenta.

IV.

Y en cuanto al otro tío, que quería
Que hiciese yo, porque él nunca lo haría,
Como Dios otro mundo de la nada,
Con su vida felíz, algo anticuada,
Al lado, siempre al lado de mi tía,
Insoportablemente virtuosa,
Se murió, para hacer alguna cosa
Por no morirse de fastidio un día;
Y ella después, de su marido ausente,
Y llena por lo mismo de pesares,
Siendo esposa más fiel y más ardiente
Que aquella del Cantar de los Cantares,
También murió otro día.
¡Mi generosa tía!
Que una vez con el aire mas sencillo
Me dió un bolsillo en que guardar dinero,
Aunque nunca me dió su amor sincero
Dinero que guardar en el bolsillo.

V.

¡Solo vivís en la memoria mía,
Mis pobres tíos y mi pobre tía!
¿Quién de aquí en adelante
Os nombrará con cariñoso acento,
Ahora que mi aliento
Se va apagando, instante por instante,
Como muere, extinguiéndose en el viento,

De un pájaro cantor la estrofa errante?
¡Adiós, adiós! ¡Aunque es un desconsuelo,
Ya vuestro nombre amado
Está tan olvidado
Como lo está el sepulcro que os encierra;
Pues nunca causan á los astros duelo
El que aflijan al suelo
Ni el dolor, ni las pestes, ni la guerra,
Así como no importan á la tierra
Las luces que se apagan en el cielo!

VI.

Te empezaba á decir, sobrino mío,
Que no hallando la dicha apetecida
Cuando seguí, como Fabián mi tío,
La izquierda del camino de la vida,
Con ciego desvarío
Mudé de rumbo, sin mudar de suerte,
Pues hallando allí sombra, aquí vacío,
Por el lado del bien llegué al hastío,
Por la senda del mal corrí á la muerte.

VII.

Ignorando mi ciega desventura
Que hoy luce más que el sol del oro el brillo,
Y que, aunque el verlo es una cosa dura,
Da más honor un real en el bolsillo
Que el llevar una espada á la cintura;
Yo con la fé de un ánimo sencillo
Tuve ambición, divinidad impura
A quien detesto, al ver en torno mío
Fabricantes de leyes
Que después de mandar á su albedrío,
Los augustos fastidios de cien reyes
No igualan todos juntos á su hastío;
Y agente vil de esta ambición de un día,
Con un pasar cercano á la pobreza,
Pensé en el oro; pero el alma mía
Aprendió en su dorada medianía
Que no siempre es alegre la riqueza,
Ni siempre la miseria da agonía.
¡No hay palacio sin algo de tristeza,
Ni choza sin un poco de alegría!

¿Qué importa que las almas codiciosas
Tengan por verdadero
Que aquello que más vale es el dinero,
Porque compran con él todas las cosas,
Si, al hacer un exámen de conciencia,
Tengo el dolor profundo
De ver que, en el bazar de la experiencia,
No compra todo el oro de este mundo
La paz de un solo día de inocencia?

VIII.

¡Ay! ¿y el amor? En el humano juego
Que es muy común no ignoro
Probar por la mujer que el hombre es ciego,
Como se prueba el oro por el fuego
Y la mujer se prueba por el oro.
De ese fatal amor, ¿hay medio acaso
De huír la acción, cuando impensadamente
La voz de una mujer que suena al paso
Se suele estar oyendo eternamente?
Yo al templo del amor corrí insensato
Cuando tenía apénas
La edad en que en las venas
La sangre juvenil toca á rebato;
Mas no me dió ventura
La suerte para mí siempre enemiga,
Ni en la santa abstinencia, ni en la hartura,
Pues ví con amargura
Que, así como el placer da en la fatiga,
La abstención del amor da en la locura:

IX

Y como es el humano sentimiento
Una gran colección de ecos dormidos
A los cuales despierta en un momento
En el mundo inmortal del pensamiento
Cualquier cosa que llama á los sentidos,
Una mujer, un pájaro, un acento,
Admirado y sensible
Con sed inextinguible
Mudé de amor y cultivé las artes;
Mas bebí en todas partes
La eterna tentación de lo imposible.

X.

Después busqué el saber; mas tú no creas
En la base eternal de los derechos,
Pues, pese á las ideas,
Llevan el mundo á puntapiés los hechos.
No hay ciencias que no sean deleznables,
Pues, excepto la fé, que encuentra apoyo
Del cielo en los abismos insondables,
Solamente las piedras del arroyo
Pueden tener principios inmutables.
Yo con fé verdadera
Apuré del saber la ciencia entera.
¿Y qué he sabido al cabo?
Que el hombre, iluso, de sí mismo esclavo,
Lo que vé en su interior, eso vé fuera.
Nunca pude, rodeado de placeres,
Hacer de mis deberes sentimientos,
Porque á fuerza de penas y escarmientos
Troqué mis sentimientos en deberes;
Y es que los corazones
En las cosas humanas
Presumen ver lo real, viendo visiones,
Y los ojos, más que ojos, son ventanas
Donde á mirar se asoman las pasiones.

XI.

¿Qué ha conseguido al fin la ciencia mía?
Dudar y más dudar; tanto, que temo
Que he de ser algun día
Como Esquilo apedreado por blasfemo;
Y después de dudar, no he hallado el modo
De desechar el tedio,
Pues en un mundo de ignorancia y lodo,
No cabiendo en la fé término medio,
O se crée todo, ó se desprecia todo.
Por eso, con el alma destrozada,
Tras una juventud desvanecida
Llegué, ignorante, á esta vejez cansada,
Y en mi ánsia de saber indefinida,
Buscando lo infinito de la vida,
Solo hallé lo infinito de la nada!

XII.

No hay dicha, ó no la hallé, sobrino amado;
El caminar por el izquierdo lado
Es igual á marchar por el derecho.
Para purgar la pena del pecado
Dios hizo así este mundo malhadado,
Y hay que tomarlo al fin como Él lo ha hecho.
Jamás dieron la paz á mi conciencia
Ni la ambición, ni el arte, ni la ciencia;
Y corriendo de Oriente hácia Occidente,
Ni á izquierda, ni á derecha, ni de frente,
Pude alcanzar de la ventura el precio;
Y al bien y al mal, tambien indiferente,
Hasta me ví abrumado tristemente
Por mi propio desprecio,
Pues fuí bueno, y me hallaron inocente,
Quise ser malo, y me encontraron necio.

XIII.

¡Ay! feliz el que olvida
Que en el mundo no hay dicha verdadera;
Y dichoso tambien el que en la vida
Sufre, llora y trabaja, ¡pero espera!
¡Esperar! ¡Esperar! ¿Tendré la suerte
De encontrar la ventura apetecida,
Al librarme la muerte
De este abierto presidio de la vida?
¡Sí! ¡Sí! ¡La fé me llevará mañana
A la inmortal Jerusalén divina,
Ya que no hallé la senda que encamina
A la ciudad de la ventura humana!
Y aunqué la suerte aquí la espero en vano,
Si abajo hay una dicha como arriba,
Ruega á Dios, Cayetano,
Que, si no es un arcano,
En un término breve y perentorio,
Alguna alma piadosa se lo escriba
A Madrid, que es emporio
De todas las desdichas de este mundo,
Córtes, ocho, segundo,
A Ramon Campoamor y Campoosorio.

LA NOVIA Y EL NIDO.

POEMA EN TRES CANTOS.

Dedicado por el autor á su amigo y compañero

EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

CANTO PRIMERO.

EL NIDO.

I

Ya el mes de abril á la sazón corría;
Y con sus tibias y rosadas manos
La primavera hospitalaria abría
Sus puertas á los pájaros lejanos.
Era el mes en que, eternas peregrinas,
Después que el frío del invierno pasa,
Todos los años, al tranquilo techo
Del cuarto de Isabel, dos golondrinas
Van á anidar como en su propia casa.

II.

Isabel, que era un ángel que pasaba
En leér y rezar horas enteras
Cual si fuese educada en un convento,
Al florecer sus quince primaveras
Ni una hoja en su noble pensamiento
A su corona virginal faltaba;

Y aunque va á ser esposa
Cuando del mal de amor nada recela,
Tomando el novio que escogió su abuela,
Estaba decidida á ser dichosa;
Y ajena á tentaciones y deseos
Con respecto á casados y casadas,
Sólo sabe haber visto en los paseos
Las vides con los olmos enlazadas;
Pues era para ella un casamiento
Reducir á verdad un sueño hermoso,
Ser más querida, realizar un cuento,
Y hacer un viaje al Rhin con un esposo.
Así, en ciega ignorancia,
Isabel, tan sencilla como hermosa,
Aún pensando de un hombre en ser la esposa,
Continuaba en su amor su santa infancia.

III.

Pasan los días, sin contar las horas
Que como sombras huyen,
Mirando con afán cómo construyen
Su nido aquellas aves charladoras,
Que añadiendo canciones á canciones,
Entre ánsias dulces y amorosos píos,
Unen hojas y granzas y vellones
Con el gluten y el limo de los ríos;
Y, cuanto más curiosa,
Mirando hacer el nido, se reía,
Entreabierta su boca, parecía
La luz tomando el fresco en una rosa.

IV.

— ¿Para qué sirve un nido? — con sorpresa
Se pregunta Isabel: cuestión oscura,
Que ocurre á la vaquera y la princesa
Y que una y otra de inquirir no cesa;
Pero que en vano resolver procura
La que el tiempo pasó, casi en clausura,
Entre el rezo, las pláticas, la mesa,
La música, el paseo y la lectura.
— ¿Para qué sirve un nido? — Al ver delante
Tan honda oscuridad se confundía,
Y, por más que pensaba, no sabía

Cómo ella, que es tan viva y penetrante,
Y lée tantos idiomas de corrido,
Y sabe tantas cosas de hortelana,
¡Oh ciencia inútil de la vida humana!
No alcanza á comprender lo que es un nido.

V.

Viendo el nido y pensando en su himeneo,
Lanza ardiente, á los pájaros que vuelan,
Las confusas miradas que revelan
Ya inocencia, ya miedo, ya deseo;
Pues ya mujer, sin serlo todavía,
Ante el hondo misterio de aquel nido,
En sus ojos azules se encendía
Poco á poco un folgor desconocido;
Y una vez que presiente algo de cierto,
Con sigular pudor frunce las cejas,
Quedando sus mejillas pudorosas
Con mucho mas color y mas hermosas
Que las guindas que cuelga á sus orejas
Cuando, alegre, corriendo por el huerto,
Coge lirios y caza mariposas.

VI.

Como nunca guardada
Se ha podido tener ninguna cosa
Detrás de unas pupilas transparentes,
Mostrando candorosa
En la ráfaga azúl de su mirada,
Que brilla entre sonrisas inocentes,
Esa inquietud profunda y misteriosa
Que causan en las vírgenes los nidos,
Isabel, más que inquieta, consternada,
Al ver la turbación de sus sentidos,
Como un niño que al brillo de una espada
Se tapa con terror ojos y oídos,
Se juzga una inocente pecadora,
Y se santigua y reza, y casi llora,
Y entra el aidre á raudales en su pecho,
Y hallando el sueño, pero no el olvido,
Se cayó desplomada sobre el lecho
Preguntando al dormir: — ¿qué será un nido? —

CANTO SEGUNDO.

EL AMOR.

I.

Disipada la noche por la aurora,
La agitada Isabel, desde su lecho,
Que un sol de mayo dora,
Descorriendo las finas
Colgaduras de encaje de Malinas,
Busca otra vez el nido y mira al techo,
Como accediendo al familiar reclamo
De aquellas habladoras golondrinas
Que nunca acaban de decirse «te amo.»

II.

— ¿Para qué sirve un nido? — He aquí el problema.
La novia al despertar vuelve á su tema;
Pues cuando va una niña á ser esposa,
En prueba de inocencia,
Es capaz de cortar por lo curiosa
Una rama del árbol de la ciencia.
¿Para qué habrán servido
Los nidos todos que en el munde han sido?
Saber lo que es un nido es cosa grave,
Pues, segun Isabel, nadie ha sabido,
Y lo que es más aún, ninguno sabe,
Por qué se junta un ave con otra ave
Y juntas con amor hacen un nido.

III.

Temblando de pesar y de contento,
Cual la rama agitada por el viento,
De nuevo el nido mira;
Y, aunque nunca manchó su pensamiento
La pureza del aire que respira,
Sin darse cuenta de ello, es aquel nido
Demonio tentador que habla á su oido:
Y dudando, turbada.
Si tiene aún su espíritu dormido,
Cual se rompen las nubes en el cielo,
De sus dudas sin fin se rompe el velo;

Pues en trances de amor, es cosa cierta
Que un nido, un beso, un cuento, una nonada,
En un alma inocente rompe el hielo,
Y á un corazón que duerme le despierta.

IV.

¡Sagrada oscuridad! Como cruzaban
Por su frente las sombras á montones,
Viendo el nido, sus ojos titilaban
Como el cristal que esparce oscilaciones.
Y dudas van, y pensamientos vienen;
Y, haciendo que lo mira distraída
(Habilidad que las mujeres tienen
Desde el dia primero de su vida),
Acaba por saber que es aquel nido
Edén por el misterio protegido,
Y hallando en él impresos
Los signos de una boda concertada
Por dos séres dichosos,
Con malicia entendida y saboreada,
Sintiendo arder la sangre hasta en sus huesos,
Ve en las aves del nido dos esposos,
Y en su canto una música de besos.

V.

Porque en saber se empeña
Para qué sirve un nido
Que así el amor le enseña,
Lanzada en pleno cielo, sueña... y sueña!...
Y aguarda á que el misterio incomprensible
Le baje á descifrar, compadecido,
Algún viajero azúl de lo invisible;
Y á una malicia, en risa transformada,
Que en su mirada virginal destella,
Se queda avergonzada
Como sale, al salir de una enramada,
Despues del primer beso una doncella;
Y á un brillo entre diabólico y divino,
Pensando en el misterio del problema,
Tanto mira Isabel, que al fin vislumbra
En yo un sé qué lúgubre penumbra,
Que no nido es el misterio del destino,
Que es de la vida la explosión suprema;
Y ya, como mujer apasionada,

Mirando á su pesar en lo invisible,
Se perdió vagamente su mirada
En la luz infinita e indefinible;
Y como, al fin, la juventud ligera
No sabe, al estudiar lo que son nidos,
Que hay peligro en jugar con los sentidos
En un día de sol de primavera,
A Isabel, ya febríl, le parecía
Que alguna mano que en la luz flotaba
El velo misterioso descorría,
Y en derredor la tierra se le andaba;
Era su alma una noche sin aurora;
Nada distinto oía ni veía;
La cabeza se le iba y le zumbaba,
Y sentía una sed devoradora;
Y comentando, grave y resignada,
El secreto á sí misma soprendido,
— Se conoce — pensaba — que es forzoso
Dar la mano á un esposo;
Querer y ser querida;
Hacer como los pájaros un nido;
Cantar á Dios y bendecir la vida. —

CANTO TERCERO.

LA NOVIA.

I.

Como el amor primero es tan ardiente
Y despierta á las niñas tan temprano,
Isabel se despierta con el día;
Y al apartar de su divina frente
Un raudal de cabellos, con la mano
Que en un vapor de encajes se perdía,
Halla su tez de nieve, nunca hollada,
Tan fresca como el agua de verano
En el fondo de un pozo serenada.

II.

De su lecho de pluma
Salió Isabel cual Vénus de la espuma;
Después, mirando al techo,

Vibró su corazón dentro del pecho
Al ver la golondrina que cubría
En forma de abanico á sus hijuelos,
Y al padre que en el pico les traía
Pan de la tierra y besos de los cielos.
Tan grande amor su corazón inflama;
Y en sus ojos, con fuego inusitado,
Arde una pura y transparente llama
Al ver en los hijuelos desatado
El nudo misterioso de aquel drama.
Espantada, el misterio comprendiendo,
Casi vuelve á gemir y casi reza;
Y unas veces rezando, otras gimiendo,
Entrando de repente en la tristeza,
Ya marchitas sus puras alegrías,
La niña acaba y la mujer empieza;
Y más cuando la tímida nidada
De aquel nido, asomándose á la entrada,
Parece que le dice: — ¡buenos días! —
Y más aún, cuando á los hijos viendo,
Suspirando responde: — ¡ya lo entiendo! —
Y encendido su rostro, cual la frente
De una mujer culpable y candorosa,
Sobre sus ojos pudorosamente
Deja caer sus párpados de rosa.

III.

Como el amor es cosa
Que, cual voz de eco en eco repetida,
Palpita en la crisálida metida,
Y brilla al convertirse en mariposa,
Ve Isabel con encanto
Que es un nido la copa misteriosa
Donde está la embriaguéz desconocida,
Y así, pasando de capullo á rosa,
Tan turbada se vé y enternecida,
Que llora, aunque riendo bajo el llanto,
Porque hay séres que ríen cuando lloran
Con la risa común de los que ignoran
Que en llorar y reír se va la vida.

IV.

Y cuando, en aquel día,
Convirtiendo en historia la novela,

Al altar de himeneo fué llamada
La gracia de la casa de su abuela,
¡Ay! ¡cuál quedó anublada
Aquella llama azúl de su mirada!
¡Cómo llora y su madre la consuela!
Y ¡cómo, en fin, ya enjutas sus mejillas,
Se mira en los espejos á hurtadillas,
Y en ellos viendo de su boda el traje
Se ríe con la risa de la aurora,
Y abisma su mirada en resplandores,
Mostrando pensativa y seductora
Sus dientes y sus labios, maridaje
De las perlas casadas con las flores!

V.

Ya va y viene Isabel, y baja y sube,
Agitándose aérea y diligente
Con una vaga ondulación de nube;
Y aunque era á su belleza indiferente,
Con natural gracejo
Hoy aprende delante del espejo
A conocer lo hermoso de su frente;
Y ora se juzga amada y ora amante,
Y haciendo con el traje un ruido de alas,
Circula como un duende por delante
De los grandes espejos de las salas;
Y al verse retratada, la doncella
Lleva por sí la admiración tan léjos,
Que, á fuerza de mirarse en los espejos,
Siente ya el goce de saber que es bella.

VI.

Al volver de jazmines coronada
Como una campesina desposada,
Sintiendo accesos de calor y frío,
Tiembla el alma en su boca seductora,
Como tiembla á los rayos de la aurora
Sobre una flor la gota de rocío.
Los ojos de Isabel, desconcertada,
Tanto abre para ver, que no ve nada;
La estátua del asombro parecía,
Y no pudiendo respirar apénas,
Un no sé qué de eléctrico en sus venas
En generosa transfusión corría.

Aunque casi educada en un convento,
Ya sentía en su noble pensamiento
Algo más que ilusion y confianza,
Ignorancia y candor, fé y esperanza;
Pues al mirarse de su alcoba enfrente,
Del abismo de amor dulce pendiente,
La sangre que á su rostro se arrebata
La pone del color de la escarlata...
Mas ¡oh Dios del pudor! no tengáis miedo
Que aquel resúmen de la vida toda
Con su deliquio y sus misterios cuente...
Yo quisiera contarlo, mas no puedo,
Pues donde hay sueño virginal, ó boda,
Según Góngora, un ángel sonriente
Pone gentil sobre la boca un dedo.

DICHAS SIN NOMBRE.

POEMA EN UN CANTO.

Al popular escritor

EL SR. D. RAMON DE NAVARRETE Y LANDA (Asmodeo

su antiguo amigo y compañero

El Autor.

I.

Lo tengo bien presente:
La quinta de Pombal, honra del Tajo,
Se encuentra río abajo, río abajo,
Saliendo de Lisboa hácia el Poniente.
En Portugal los sueños son pasiones;
Y en el bello jardín que os he nombrado
Hecho por algún sabio enamorado
Del arte de avivar las tentaciones,
Un día, el mas hermoso de mi vida,
Niñas bellas y jóvenes rendidos,
Jugamos á escondernos, y en seguida
A volvernos á hallar bien escondidos.

II.

¡Cuánta divina cosa
Se agolpa á arrebatarnos el reposo
En esa edad dichosa
En que es encantador lo peligroso!

Así una inglesa, hasta dar miedo, hermosa,
En aquel día para mí dichoso,
Merced á la bondad de cierta prima
Que me dió cierta fama de poeta;
Al verme se animó, como se anima
Al soplo del abríl la vïoleta;
Y siendo aquella vez la vez primera
Que del amor la música escuchaba,
La niña que miraba
Poniendo en su mirada el alma entera;
Pues su candor, que era su grande encanto,
Era tan ultra-inglés, que todavía,
Teniendo ya quince años, no sabía
Por qué los hombres la miraban tanto;
Y sin saberlo, ardiente,
No os engaña mi lengua si os confiesa
Que en sus labios tenía, aunqué era inglesa,
Los mortales perfumes del Oriente.

III.

Yo la miré tambien con vivo fuego,
Y, después de mirarnos,
Corrimos á escondernos: si bien luego
Jugamos, escondidos, á adorarnos,
Que en el mundo el amor siempre está en juego.
Y, miéntras llena de inquietudes ella,
De un rincón del jardín tomó el camino,
Mas rápida y más bella
Que una fúlgida estrella
Que corre por los cielos sin destino,
Yo la seguí atrevido
Sintiéndome exaltado
Por el vapor caliente y colorado
Que arroja el Tajo por el sol herido;
Y en un cierto rincón que parecía
A trechos arenas y á trechos prado,
Se escondió bien á espaldas de un vallado,
Para que yo la hallase si quería.
Mas lo que es una infamia, es que aquel día
Me dijo ella su nombre y lo he olvidado;
Y no encuentro manera,
Por más que la conciencia me remuerde,
De recordarlo ahora, que era... que era...
Ya lo diré después cuando me acuerde.

IV.

No sé bailar como se baila hoy día;
Mas llegué hasta á bailar con elegancia
Cuando yo, á los veinte años, escribía
Mis versos para el uso de la infancia;
Y hoy todavía entiendo
Que á correr (no á bailar) nadie me gana,
Aunqué ya voy teniendo
Bastante edad para morir mañana.
Por eso corrí tanto, aunque sentía
Mis nervios por el rayo sacudidos,
Cuando al irse á esconder ella corría
Como una cierva al escuchar ladridos.
¿Si por estos pueriles devaneos
Me mirará, algún día, el cielo airado,
Como miran los jueces á los reos?
¿Por qué el tener amor será pecado?
¿Qué mal harán á Dios nuestros deseos?

V.

Y aunqué es fama que, ardiente y seductora,
Coge el saber la adolescencia al vuelo
Y mira con placer, cuando lo ignora,
Cuánta ciencia se aprende en una hora,
Si es la hora marcada por el cielo,
Echando entónces del pudor el velo
Ni de una sola esquina
Tiraron mis amantes inquietudes,
Pués siempre, entre ella y yo, la muselina,
Haciendo una aspillera de virtudes,
Levantó una muralla de la China.

VI.

Solo una vez, al estrechar su mano,
Robó de mis entrañas el sosiego
Un poco de aquel fuego
Que ha enterrado á Pompeya y á Herculano.
Víctima del mutismo
Que da el amor, cuanda en la fiebre toca,
Se quedó en celestial sonambulismo;
Y no pudiendo hablarme con la boca,
Me hablaba con los ojos, que es lo mismo.

¿Estaba ella en el mundo? Lo ignoraba...
Más ¿cómo se llamaba?... Se llamaba...
¿Echarán nuestros nombres en olvido,
Lo mismo que los hombres, las mujeres?
Si olvidan, como yo, los demas séres,
Este mundo, lector, está perdido.

VII.

Después quiso el destino
Que por un claro enorme que tenía
Aquel vallado pérfido de espino,
Se asomase una fáz que parecía
Conservada en espíritu de vino;
Y era la cara extraña
De la madre dichosa de la inglesa,
Que á aquel sol, que es igual al sol de España,
Tomaba esa apariencia de la araña,
Pronta siempre á caer sobre su presa,
Y que, creyendo un crímen descubierto,
Me parecía con la boca abierta
La hiena que olfatea carne muerta
En el viento que sopla del Desierto:
Mas la jóven, prudente,
Fingió serenidad con tanta gracia
Ante el horror de la acritud materna,
Que me hizo ver que, cuando se ama y siente,
En materias de amor y diplomácia
Cualquiera niña es *la mujer eterna.*

VIII.

Miéntras la madre á su malicia atenta
Me echaba unas miradas de soslayo,
Miradas mitad sal, mitad pimienta,
La niña, traspasada,
Como quien siente el látigo de un rayo,
Se volvió del jardín hácia la entrada,
Velados de estupor sus ojos bellos,
Roja la frente, pálida la boca,
Y además llenos de heno los cabellos,
Aunqué no, como Ofélia, por ser loca;
Y mirándonos fuimos á hurtadillas,
Cuando ya, huyendo el sol de las estrellas,

Nos volvió á la ciudad, entre otras bellas,
Un coche empavesado de sombrillas.
Y en tanto que en la eléctrica corriente
De sus calores vírgenes se ahogaba,
Besaba con mis ojos santamente
A la niña gentíl, que se llamaba...
¡Oh malhadado olvido!
Para sacar del fondo de mi historia
Su nombre en mis entrañas escondido,
En vano reavivando mi memoria,
Con mi tambor, por la metralla herido,
Toco llamada á mi perdida gloria!

IX.

Y cuando el hado adverso
Me arrebató hácia España al otro día,
Lo mismo que Rousseau, cuando sentía,
Me ahogaba en la extension del universo.
Y ¡lo que es el amor, divino cielo!
Aunque olvidé su nombre,
De pensar si habrá amado á algun otro hombre
Casi frunzo las cejas como Otelo.
¿Se habrá casado? ¡Oh pensamiento horrible!
¡Cómo arde mi cabeza! ¿Estaré loco?
¿Si habrá muerto de amor? Es muy posible;
¡Los niños muy precoces viven poco!

X.

¿Qué habrán hecho los años envidiosos
De aquella imágen de serena frente,
Con uno de esos rostros candorosos
Que hacen pecar á un hombre mortalmente?
¿Acaso en este crítico momento
Mandará un regimiento
De héroes futuros, cual su madre, hermosos,
Como una valerosa coronela,
Sorda al ruido del fuego y de las balas?
Y como el tiempo vuela,
¿Formará entre las viejas generalas?
¡Generalas!... Esto es, ¿será ya abuela?
¿Será abuela la niña encantadora
Que... (esperad que me acuerde) se llamaba...

¡Diera un millon por recordar ahora
Su nombre... que acababa... que acababa...
No sé bien si era en *ira* ó si era en *ora!*

XI.

Estoy desesperado
Al ver cuánta lectora,
Viendo mi olvido, exclamará: — ¡malvado! —
¡Malvado! Sí, señora;
Pero yo, ¿qué he de hacer si lo he olvidado?
Mas ¿seré el primer hombre
Que se olvidó de una mujer querida?
¡Ay! Yo bien sé que el olvidar su nombre
Es la eterna vergüenza de mi vida.
¡Dejad que á gritos al verdugo llame!
¡Que me arranque á puñados el cabello!
¡Soy un infame, sí, soy un infame!
¡Ahórcame, lectora: he aquí mi cuello!

XII.

Mas si he de ser ahorcado
Por alguna mujer que, consecuente,
El nombre de un amor no haya olvidado,
Entónces, confiado,
Aún pudiera vivir eternamente.
Pero quiero morir, ¡oh rábia! ¡oh mengua!
¡No hay tormento mas grande para un hombre
Que el no poder articular un nombre
Que se tiene en la punta de la lengua!
¡Oh tú, mi antiguo fiador, el viento!
Dí á todos, pués lo sabes,
Cuántas veces mi amor de pensamiento
La remitió memorias por las aves.
Recuérdale á mi oído,
Canoro ruiseñor de la enramada,
El mágico sonido
De aquel nombre olvidado, aunque querido.
¿Era Sara?... ¿Era Emma?... Nada, nada,
¡No sale, aunqué lo tengo aquí escondido!

LOS AMORES EN LA LUNA.

POEMA EN TRES CANTOS.

DEDICADO AL SR. D. MANUEL DEL PALACIO,

INSIGNE POETA.

CANTO PRIMERO.

I.

No hay dicha en este mundo: he aquí un gran tema
Para escribir, como escribir confío,
Un poema que, triste por ser mío,
Será mas bien un sueño que un poema.

II.

Doña Isabel de Portugal, esposa
Del Rey y Emperador Cárlos Primero,
Miraba al Rey, su primo y compañero,
Con ojos que veían otra cosa;
Y es que, aunque fiel casada,
Siempre fija en el cielo la mirada,
A través de un gentíl sonambulismo,
Se juzga de Lombay enamorada
(Y amar, ó creér amar, todo es lo mismo),
Y, cada vez que su extravío nota,
Mas que amante devota,
Con conciencia intranquila,
Haciendo cruces la inocente, agota

Toda el agua bendita de la pila.
¡Oh virtud adorable
Que se crée abominable
Porque ama á un sér en la región del viento!
Que me conteste el juez mas implacable:
¿Es crímen ser infiel de pensamiento?

III.

Pero ¿cómo y por qué puede una esposa
Hacer saber una pasión que esconde?
Permitid que mi pluma valerosa
Estos misterios del amor ahonde.
Yo sé de cierta hermosa
Que amó con la pasión mas tormentosa,
Y amó porque, al pasar por no sé dónde,
Le dijo no sé quién no sé que cosa.
Y sé de otra también, que aunque pedía
Por la noche á los ángeles consejo
Para ser buena en el siguiente día,
Se hacía amar con tan discreto modo
Que, aunque nada á su amante le decía,
Tan solo con fruncir el entrecejo
Se lo contaba, sin embargo, todo;
Y es porque sabe el alma enamorada,
Mejor que muchos sabios,
Cuánto nos dicen, sin hablarnos nada,
Un dedo que se aplica á ciertos labios,
Una palabra, un gesto, una mírada.

IV.

No hay cosa mas común en los amores
Que esos vagos ardores
Que nuestras almas llenan
De unas locas visiones que envenenan,
Así como envenenan muchas flores.
¡Cuántas mujer es veo
Que del amor padecen el martirio,
Y que, adorando á un hombre con delirio,
No han llegado jamás ni aún al deseo;
Castas mujeres que en secreto adoran,
Y que son adoradas sin medida,
Y que á veces tambien, aunque lo ignoran,
Son la oculta novela de otra vida!

¡Oh Dios! ¡Cuánta alma buena
Con la mirada llena
De sueños y horizontes interiores,
Como carga importuna
Sacude de la tierra los dolores,
Y luego en busca de mejor fortuna,
Va soñando al país de los amores!
¿Dónde está ese país? — ¿Dónde? En la luna.

V.

Al Marqués de Lombay, noble, severo,
De hombres envidia y de mujeres gozo,
La Reina le llamaba el «caballero;»
Las damas le decían «el buen mozo.»
A este insigne varón, despues que le hizo
Paje de honor la infanta Catalina,
Por una gran razón que se adivina,
La Reina le nombró caballerizo:
Y por fín, el buen mozo y caballero
(Que á Santo llegó un día),
Que Marqués de Lombay siendo primero
Fué despues cuarto Duque de Gandía,
Gozando de la Reina la privanza
(Sin la promesa real de dicha alguna),
Vivió en eterno estado de esperanza,
Que es vivir en un valle de la luna.

VI.

¡Cuántos nobles amores,
Llenos de ánsias y celos,
Sin tocar en las puntas de las flores,
En el azúl se mecen de los cielos;
Amores que, aunque son de pensamiento,
Embargan por entero nuestra vida,
Y que, al morir nosotros, en el viento
Se pierden como música no oida!

VII.

Y tú, lector querido,
¿No has conocido alguna
Que, aunque fiel en la tierra á su marido,

Ama á otro hombre fantástico en la luna?
De este modo la Reina, embebecida,
Cruzando en ilusión los cuatro vientos,
Un columpio formó de pensamientos,
Y en ellos se meció toda su vida,
Y así tan sólo á comprender alcanza
El alma mas severa
Cómo puede un amor sin esperanza
Llenar de dicha una existencia entera.

VIII.

Pero pregunta una mujer curiosa:
— Siendo infiél en los astros á su dueño
La grande Emperatríz y noble esposa,
¿No era culpable? — Sí. — ¿De qué? — De un sueño. —
¿Un sueño? ¡Cuántas almas candorosas
Suelen amar contra su mismo intento
Porque en ciertas alianzas caprichosas
Acaso con su propio sentimiento
Se confunde el aliento
Misterioso del alma de las cosas!
¿Un sueño? ¡Cuántas vírgenes piadosas,
En un rapto de amor calenturiento,
Sin restricción alguna
Se van á amar sobre lo azúl del viento,
Porque tiene en los valles de la luna
Su derecho de asilo el pensamiento!

IX.

¡Es, vive Dios, una verdad terrible
(Terrible como todas las verdades)
Que un corazón sensible,
Para huír de las frias realidades,
Convertiendo en posible lo imposible
Conducido por mano de las hadas
Se tenga que escapar de lo invisible
Por las oscuras puertas entornadas!

X.

¡Oh sueños de amor y de la gloria!
¿Quién no tiene en la luna algun amante?

Oíd de esta pasión la eterna historia:
Se llega á ver á un sér un solo instante,
Y después va empezando aquel semblante
A flotar vagamente en la memoria.
¿No veis esa mujer que está delante?
— Sí. — ¿Quién es? — Una sombra encantadora
Que, cruzando mas rápida que un ave,
Pasa, mira, nos ciega, se enamora,
La vamos á seguír, y se evapora.
¿Quién será? ¿Qué será? Nada se sabe.
¿Dónde se fué? ¿Qué hará? Todo se ignora.

CANTO SEGUNDO.

I.

¿No estáis, lectores míos, admirados
De ver, ora en ausencia, ora en presencia,
Lo mucho que interviene en la existencia
La diosa de los mundos encantados?

II.

Oíd por boca del amor más tierno
El placer infinito que se siente
En la interior visión del mundo externo.
A una niña inocente
— ¿Te aburres, dí? — su madre le decía;
Y la niña risueña respondía:
— No, madre; me distraigo interiormente. —
¡Modelo de los que aman sin medida
La niña, interiormente distraida,
Como ella, fantaseando hechos y cosas,
Entretienen mil almas virtuosas
Este inmenso bostezo de la vida!
¡Oh ilusión adorable,
Hija del cielo y de la dicha hermana!
A no ser por tu mágia soberana
Nos mataría el tedio inexorable,
Eterno fondo de la vida humana.

III.

Pero mi mente, como todas, vuela,
Y de la grande Emperatríz se olvida;
Y así; dejando a un lado la novela,
Volvamos á la historia de su vida.

IV.

La Emperatriz, hácia los treinta abriles,
Tenía una belleza incomparable.
Yo ví en un medallon sus dos perfiles,
Y la encontré dos veces admiramble.
Aquél rostro tan bello
Que á sus Vénus despues puso el Ticiano,
Lo rodeaban con gusto soberano
Dos matas abundantes de cabello;
Y á su augusta altivéz poniendo el sello,
Las gasas de su gola y de su mano,
Sus mangas blancas y su enhiesto cuello
Le daban un aspecto puritano.

V.

Aunqué la Reina-Emperatríz, prudente
Detesta cordialmente
El amor que se acerca demasiado,
Ansía, estando de Lombay ausente,
Corrientes de suspiros de aquel lado;
Y hasta cuenta la fama
Que, sin hacer á su pudor agravios,
Viendo unido á Lombay con otra dama,
Triste ocultó la Emperatríz su llama,
Dijo «¡mejor!» y se mordió los labios.
Pero, aunque ausente, y además casado,
En pensar en Lombay su alma se aferra,
Y con gentíl cuidado,
Soñando en el ausente idolatrado,
Paro verlo mejor los ojos cierra,
Y tiene así, de su deber al lado,
El alma en lo ideal y el cuerpo en tierra.

VI.

Pero esto, me diréis, ¿no es ser demente?
Cuando se aman en extremo, es lo ordinario

Ser un poco demente, y más que un poco,
Pues siempre fué y ha sido necesario
Para ser muy felíz ser algo loco.
Y en su amor, locamente extraordinário,
Miéntras se postra ante ella el mundo entero,
La Emperatríz con culto verdadero
Se arrodilla ante un sér imaginario.
Más, salvando el honor de su marido,
Siempre el amor con el pudor hermana,
Y así vive, aunque infiel, la Soberana
Con la conciencia del deber cumplido;
Y nunca de la altiva castellana
Puede ser el secreto sorprendido,
Pues sólo ántes que alumbre la mañana
Es cuando astuta, si lo vé dormido,
La frente de Endimión besa Dïana.

VII.

Mas ¿qué han de hacer ¡Dios mío!
Sino buscar consuelo en las estrellas
La reinas que, en sus horas de vacío,
Ven que toman los reyes para ellas
La forma del deber ó del hastío?
¡Ah! sí: miéntras la Reina sin fortuna
Cumplia como buena sus deberes,
Don Cárlos, en sus múltiples placeres
Sin miramiento ni prudencia alguna,
No solo idealmente á las mujeres
Las conduce á los valles de la luna,
Sino que en la vehemencia
De su insaciable pecho
La realidad agota sin conciencia,
Y llama, cual Calígula en demencia,
La misma luna á compartir su lecho.

VIII.

Pero en cuanto á la Reina es muy distinto;
En vano el mundo su conducta acecha,
Pues comprende muy bien su noble instinto
Que la esposa del César Cárlos Quinto
Debe estar hasta exenta de sospecha.
Y cuanto más soñando se extravía,
Hablando con sus mismos pensamientos:

«Dios me dará pesares, se decía,
Pero nunca tendré remordimientos...»
Y ya por el dolor purificado
El amor de su sueño la extasía,
Y así del grande Emperador al lado
Mirando á su marido lo perdía,
Se buscaba á sí misma y no se hallaba.
¿Que esto es ser criminal? ¡Oh, cielo santo!
¡Cuánta mujer, como ella, muy honrada,
Con femenil encanto
Miéntras habla á su amante, embelesada,
Sigue con otro diálogos en tanto
Perdida en el espacio su mirada!

IX.

Y ¿qué más? Cuando al cielo levantados
Se ignoran á sí mismos los sentidos,
A la tierra apegados
Por el deber y la palabra unidos,
Yo ví muchos amantes muy queridos
De corazón y de hechos separados,
Hallándose en la luna confundidos
Con sombras de otros séres adorados:
Amantes que, aunque buenos y dichosos,
Persiguiendo ardorosos,
Cansados de lo real, sueños livianos,
Se quieren en la tierra como hermanos,
Y tienen en la luna otros esposos.

X.

¿Dudáis de esta verdad, lector amado?
Pues no estéis en su fé muy confiado,
Aunque tengáis á vuestra amada enfrente,
Pues positivamente
Cuando está distraida á vuestro lado
Es que se acerca á su querido ausente.
¡Cuántas veces, henchida de fragancia,
Besa una boca á su adorado dueño.
Y otro sér, á mil leguas de distancia,
Oye un eco que vibra como un sueño!
Y es qué, aunque el beso suena donde toca,
Al ponerse despues en movimiento,
Ligero como el viento

Su dirección el pérfido equivoca,
Pues remitido al Norte con la boca,
Se lo lleva hácia el Sur el pensamiento!

XI.

¡Salud, valle encantado de la luna
En tí, en mi edad pasada,
¡Oh imágen sobre todas adorada!
Tuve yo, entre otras, una,
Hace ya muchos años, secuestrada.
¡Cuánto he amado y sentido!
¡Y tú, jóven lector, ten entendido
Que, si amo hoy sólo por amor al Arte,
Tambien, por la ilusión desvanecido,
Caminé por el mundo distraido
Cual si viviese en Júpiter ó en Marte!
Y, aunque ya no me empeño
En seguír á mi ardiente fantasía,
Pues tengo en mi mujer mi fé y mi sueño,
Y en mis libros la calma y la alegría,
Todavía mi mente
Hace brotar ardiente
Del fondo de mi infancia maravillas,
Y es tan verdad que, ayer precisamente,
Pasó una antigua imágen por mi frente
Que mi insomnio cargó de pesadillas.
¡Aún suelo recordar en mi ardimiento
Varias memorias, en la luna ausentes,
Con quienes hice yo de pensamiento
Millones de locuras inocentes!
Y aún me acuerdo de alguna
Qué, aunque esposa severa,
Con alma llena de ilusiones, era
Fiél en la tierra y pérfida en la luna...
Pero ¡ay! esto pasó. ¡Bien lo he llorado!
¿Te acuerdas de ello, Inés? ¿y tú, María?
Mas ¡qué memoria tan tenáz la mía!
¡Esto tambien pasó! ¡todo ha pasado!

CANTO TERCERO.

I.

Hay un amor profundo
Que nunca encuentra en nuestra vida calma:
Y hay un exceso de alma
Que jamás halla empleo en este mundo.
Y prueba de ello son las almas puras
Que, para hallar á su cariño empleo,
Extravasan en sueños sus ternuras,
Imitando en su loco devaneo
A todas esas santas criaturas
Que recorren, viviendo en sus clausuras,
Los inmensos pensiles del deseo.

II.

¡Cuánto he envidiado yo, cuánto he admirado
El amor de esos séres elegidos
Que pueden, enfrenando los sentidos,
Adorar sin vergüenza y sin pecado;
Que con sana conciencia,
Alzando lo más puro de su esencia
Hasta uno de los valles de la luna,
Agregan su existencia á otra existencia,
Y pueden conservar sin mancha alguna
Todo el tiempo que quieran la inocencia!

III.

Con tal piedad y con pureza tanta,
Amaron, cual Lombay á la Princesa,
Con ese amor que á la virtud encanta,
Juan á Santa Teresa,
Jerónimo á Paulina, tambien Santa.
¡Honor á estos fantásticos cariños
Que son tan inocentes
Como lo son los sueños transparentes
Que envía Dios á pájaros y á niños!
Jamás concebirán de nuestra mente
Amores tan sublimes y tan tiernos
Los que saben amar tan solamente
Con el amor que alegra á los infiernos!

IV.

¡Reina infelíz! cual dice la Escritura
Vió á un hombre un día por su mala suerte,
Y despues con tristeza y con ternura
Se quedó pensativa hasta la muerte.
Don Francisco de Borja la quería
Con tanta abnegación, con ardor tanto,
Que ántes de ser un héroe y luego un santo,
Ya un cristiano de Esparta parecía.
Y la Reina entre tanto apasionada,
Aunqué al pudor no le defrauda en nada,
Casta, y leal, y mística y severa,
A su angústia febril abandonada,
En su trono imperial vive sentada
Mas triste que una vírgen de Rivera;
Hasta que lentamente
Sofocando en el pecho aquel misterio,
La Reina Emperatríz fué tristemente
Bajando esa pendiente
A cuyo pié se encuentra el cementerio.
¿Y qué es morir? Es el morir, en suma,
Un hecho que en idea se transforma,
Y, así como una llama entre la bruma,
La Reina, cual incienso que perfuma,
Ondeó, se disipó, perdió su forma,
Y en espíritu fué de vuelo en vuelo,
De aquí á la luna y de la luna al cielo.
¡Murió jóven aún, pero ¿qué importa?
Va y viene la mujer cuando Dios quiere,
Y en su vida infeliz, ó larga, ó corta,
Nace, brilla, enamora, sufre y muere!

V.

Lombay, que siempre continuó la senda
Del amor y la gloria,
Su vida pasó á historia,
Y su historia después pasó á leyenda:
Y cuenta esta leyenda infortunada
Que el Marqués, para colmo de sus penas,
Partió á inhumar á la feráz Granada
A la gran Reina, y respirando apénas,
En la muerta clavada
Por largo tiempo tuvo la mirada
Que le llevaba el frío hasta las venas;

Y horrorizado, y por el llanto ciego,
— Ya sólo lo que viva eternamente
Volveré á amár, — dijo Lombay; y luego
Sus ojos, que brillaban como el fuego,
Se apagaron ante ella eternamente.

VI.

Y esperando el momento
De ir á mas alto asiento,
Alzó entre el mundo y él un doble muro,
E hizo acopio de amor en un convento;
Mas ¿de qué amor? de aquel... del amor puro
Que busca el sacrificio y el tormento.
Fué bueno y santo al fin; pero es lo cierto
Que le fueron siguiendo á todas horas
Aquellas ilusiones tentadoras
Que llevó San Jerómimo al desierto.
San Francisco de Borja á Dios alaba,
Miéntras la sombra de Isabel adora,
Y su alma fiel, que por su amante llora,
De Dios esposa y del deber esclava,
La dicha del amor, *que es de una hora*,
La da por esa paz *que nunca acaba.*
Y en éxtasis de sueños inmortales,
Ignorando Lombay si sueña ó vela,
Se pierde, como un ángel cuando vuela,
En sueños infinitos é ideales;
Pués en el mundo real, si bien se mira,
Merced á la ilusion y á la memoria,
Solamente es verdad lo que es mentira.
¡Oh novela inmortal, tú eres la historia!

LA GLORIA DE LOS AUSTRIAS.

POEMA EN UN CANTO.

A mi buen amigo el profundo filósofo

D. URBANO GONZALEZ SERRANO.

I.

¡Musa viríl de la Epopeya, canto
Aquella acción tristísima en que vino
A ser de niño el héroe de Lepanto
Un hermoso juguete del destino!
¡Canto, Musa, al varon que siendo espanto
Del turco, el holandés y el argelino,
En la historia aprendió de unas manzanas
La caridad y la virtud cristianas!

II.

¡Canto también al héroe que de horrores
Fué la Europa y el Africa llenando,
Hasta que, harto de goces y de honores,
La tristeza de Tito halló en el mando;
Al que la suerte, incierta en sus favores,
Le hizo saber por fin, el tiempo andando,
Cómo puede parar un campesino
Al conductor del carro del destino!

III.

¡Lector, lector! ¡Aprende en la aventura,
Que siempre el que honra á un pobre sale honrado,

Y que son la ventura ó desventura
Reflejos nada más de lo pasado!
¡Verás en esta rápida lectura,
Por tu gran corazón iluminado,
Que no siempre da dicha la victoria,
Que es la virtud más grande que la gloria!

IV.

Muy niño aún, descalzo y sin montera,
Subió á robar manzanas á un manzano
Don Juan de Austria: era una alma aventurera,
Y el mundo es un festín para el milano.
Se ignora de él en la comarca entera
Que es hijo de su excelso soberano,
Pues ¿qué hace en Yuste? Es paje de Quijada.
Nada. Un poder desconocido, es nada.

V.

El mismo Emperador con extrañeza
Ve que, en cuanto á perales y manzanos,
Los esquilma Don Juan con la destreza
Que envidiaría un jugador de manos.
Lo ve, porque arrastrando su tristeza,
De incógnito por cumbres y por llanos
Vaga el Rey junto á Yuste sin objeto,
Dejando ¡gloria á Dios! al mundo quieto.

VI.

El hijo natural del padre augusto,
Convirtiendo el manzano en su despensa,
Comía las manzanas con un gusto
Que denotaba una salud inmensa.
— «Siete veces al día peca el justo,» —
Disculpando á Don Juan, Don Cárlos piensa.
— «Siete veces»... siguió en su pensamiento,
«Ménos justos cual yo que pecan ciento.» —

VII.

Lo ve también el dueño del manzano,
Y le arroja á Don Juan tales pedradas,

Que hace correr hasta el lugar cercano
A un rebaño de cabras asustadas
Al verlo, grita el Rey. — «Basta, villano.» —
¡Cómo! diréis, ¿en épocas pasadas
A un príncipe apedreaba un campesino?
Así pasó. Cuestion: ¿qué es el destino?

VIII.

Del árbol baja al fin sin escalera
Don Juan, vé al Rey, y sin dudar escapa,
Y por correr, cruzando la pradera,
Deja al pié del manzano gorra y capa,
Huyendo así aquel héroe, que aún no lo era,
Un resfriado de cabeza atrapa.
Es la misma canción y el mismo cuento:
Siempre en guerra la dicha y el talento.

IX.

Corre Don Juan, é infiél á su destino
De héroe futuro y noble caballero,
Se agazapa en la acequia de un molino,
Del cual quisiera ser el molinero.
Viendo huir á Don Juan, el campesino
«¡Cobarde!» — le gritó; después «¡ratero!» —
Y al Rey «¿quién eres?» — preguntó el vasallo,
Lanzando aquí la interjección que callo.

X.

Con la altivéz de un hijo de la luna
El Rey le contestó: — «¡Cárlos de Gante!»
— «Y ese niño, ¿quién es?» — «De noble cuna,»
Le replicó ya el Rey de mal talante.
— «Pues tú responderás con tu fortuna
De ese ladrón con trazas de estudiante.»
— «Bien hecho, piensa el Rey, es un malvado
El que tala la miés que no ha sembrado.» —

XI.

Cual buen patán crée el lebrador aretero
Que el Rey es algun pillo disfrazado

Que lleva en la cabeza por sombrero
Un tubo mas ó ménos prolongado.
El destino es muy poco caballero,
Y aquel jayán, tan ciego como el hado,
Al mas grande y mas bravo de los reyes
Lo encerró en el establo de unos bueyes.

XII.

¡Ved, lector, á un mortal casi divino,
Por no ser conocido, aprisionado!
¡Oh golpes imprevistos del destino!
¿De dónde arrancará lo inesperado?
Pensó el Rey corromper al campesino,
Mas no halló en su bolsillo ni un ducado,
Y por primera vez vió el caballero
Que no hay héroes sin fuerza y sin dinero.

XIII.

— «Irás ante el alcalde de Plasencia,» —
El labrador con furia le decía;
Y, según el temblor de su conciencia,
El pobre Emperador se lo creia,
Pues sabía muy bien, por su experiencia
De Villalar, de Roma y de Pavía,
Que, ánte la innoble realidad del hecho,
La fuerza, aunqué brutal, vence al derecho.

XIV.

Y ni pudo matar á aquel pechero,
Porque el día anterior el Soberano
Pensando en poner fuego al mundo entero
Cayó un candil, y le quemó una mano.
No lo mató por eso, aunqué, altanero,
«¡Villano!» — dijo, y repitió: — «¡Villano!» —
¡Justo es, gran Rey, que sufras, y recuerdes
El cuento de las uvas que están verdes!

XV.

¡Poder de la justicia! El Rey temía
Ser llevado al alcalde de Plasencia,

Pues siempre en su alma fué, como en la mía,
Su génio y su defecto la prudencia.
Detenido tres horas aquel día,
Tres ovillos gastó de su paciencia
El hombre á quien, humildes hasta entónces,
Adulaban los mármoles y bronces.

XVI.

Y ¡pobre Rey! su corazón devora
El dolor más atroz de los dolores,
Porque lo ve humillado una pastora
Que mantiene carneros con las flores.
Y, ¡oh amor, amor! su noche se hace aurora
Viendo de ella los ojos tendadores,
Pués el Rey en victorias y en mujeres
Tiene un alma glotona de placeres.

XVII.

Después quiso el destino caprichoso
Que con hambre voraz y escasa ropa
Pasase por allí *Roque el leproso*,
Que iba al convento á demandar la sopa.
Y hablando al labrdor, que está furioso,
Pide perdón qara el señor de Europa
Quien no tiene en verano ni en invierno
El gusto de saber lo que es pan tierno.

XVIII.

¿Librar un pordiosero á un poderoso?
He aquí, lectores míos, realizado
El cuento, para muchos fabuloso,
Del ratón y el león aprisionado.
Libró al Emparador *Roque el leproso*,
Porque aquél una vez desde un terrado
Un mendrugo le echó de pan moreno
De trigo malo y de peor centeno.

XIX.

Roque el leproso convenció al villano;
De que una buena acción trae buena suerte

Que la mujer, el niño y el anciano
Son tres séres sagrados para el fuerte:
Sin saber que era el viejo un soberano,
Pintó con tal fervor su mala suerte,
Que hizo á todos llorar *Roque el leproso:*
Y es que el bien, como el mal, es contagioso.

XX.

Y aunque un juéz necesita de un culpable,
Desarruga el labriego el entrecejo,
Y despues de llamarle — «¡miserable!» —
Olvidando al muchacho, suelta al viejo.
Humilde el Rey y el labrador afable,
De la Biblia adoptaron el consejo:
Al rico no abusar de su opulencia,
Y al pobre ser sublime en la paciencia.

XXI.

Libre ya el Rey, solo pensó de veras,
Por padecer de gota y de otros males,
En sentarse en su silla de caderas
Que *no valdría en venta cuatro reales.*
Y no sintiendo ya las borracheras
Del licor de los sueños inmortales,
Dijo, tocando con la barba al pecho:
— «Todo cuanto hace Dios, está bien hecho.» —

XXII.

Y á Yuste vuelve el Rey con paso lento,
Al extinguirse el sol en Occidente,
Y va sus penas confiando al viento
Que se queja, como él, eternamente.
Al verle dirigirse hácia el convento,
— «¡Buen viaje, Majestad!» — dice la gente.
— «¡Gracias, gracias!» Don Cárlos repetía,
Y — «¡buena está mi Majestad!» — decía.

XXIII.

En España no hay cólera durable;
Y, siendo algo español el gran Tudesco,

Ya al morir aquel día interminable
Se le templó la rabia con el fresco.
Y al fin de esta odisea memorable
Confesó con candor caballeresco:
¡Que la ley es más fuerte que la espada
Que es todo la virtud, la gloria nada!

LA LIRA ROTA.

POEMA EN UN CANTO.

A mi buena amiga

ANITA CANALEJAS Y MORAYTA.

> Unas veces te *dejará Dios*, y otras te *perseguirá el prójimo*, y lo que peór es, muchas veces te descontentarás de tí mismo, y no serás aliviado ni confortado con ningún remedio ni consuelo.
>
> KEMPIS, lib. II, cap. XII.

I.

Era Ginés Briones
Un amante de Euterpe y de Talía,
Que cantaba canciones
De un subido color que él no entendía.
Con la fé de un artista verdadero,
Entró á servir á un músico de orquesta,
Al cual, con todo esmero,
En los dias de fiesta
Le limpiaba el trombon con un plumero.
Pasó á aprendíz de monaguillo á poco;
Y llegando á ser luego
Lazarillo de ciego,
Le dió un duro una vez cierto inglés loco,
Y al fin de muchos tratos y contratos,
Compró el exmonaguillo
A un quinto aragonés un guitarrillo
Por diez reales, un pan y unos zapatos.

II.

Dueño ya del endeble guitarrillo,
Coleccionó las coplas que sabía,
Y, remedando al ciego, el lazarillo
Pudo ascender á ciego que veía.
Y cierto el rapazuelo de que encanta
Con las coplas que inventa,
Aunqué á las viejas pérfidas espanta
Por no saber á veces darse cuenta
De la sal y pimienta
Que tienen las canciones que les canta,
Punteando por las calles de la villa,
Con aires de buen mozo provinciano,
Era el niño Ginés, el sevillano,
Un pequeño barbero de Sevilla.

III.

Nació en la tierra del amor emporio,
Patria del gran Tenorio,
De quien dicen que un día,
Para aliviar sus penas,
Mandó hacer de las rubias que quería
Una manta de rizos, que tendía
Sobre un colchon de bucles de morenas;
Y alumno fiél de su inmortal paisano,
Ginés el sevillano,
Siendo un tipo acabado de inocencia,
En los doce ó trece años que tenía
Ya era un sér tan precoz, que parecía
Que contaba catorce de experiencia;
Pues haciéndose el loco,
Y así como al descuido,
Para hablar á las niñas al oido
Se acercaba lo justo y otro poco.

IV.

Y su genio era tal, que es muy posible
Que fuese un dia un músico perfecto,
A no tener ese vulgar defecto
De abusar del bordon en lo sensible;
Pues, agudo y flexible,

En los muchos cantares
Que solía inventar, ó que aprendía,
Cantaba alegremente sus pesares;
Y otras veces, uniendo con destreza
La pena y la alegría,
Como buen andalúz, también sabía
Cantar sus alegrías con tristeza.
Y, aunque no sin sonrojo,
Sabiendo ya que el suspirar consuela,
Fiél de Don Juan á la amorosa escuela,
Tenía Ginesillo el bello antojo
De alabar en sus coplas inocentes
Diéz rubias, de diéz rubios diferentes,
Desde el rubio castaño al rubio rojo;
Y como era tan pobre ó más que Homero,
De estas diéz parroquianas que tenía
El músico y poeta callejero,
En premio de sus coplas, recibía
Ya rosquillas, ya azúcar, ya dinero.

V.

Cantaba el niño una canción un día
A la divina Clara,
Una rúbia preciosa que tenía
El corazon mas bello que la cara;
Y miéntras él la copla repetía,
Alegre como un loco,
La niña el canto oía
Distraida, arrancando poco á poco
Las hojas de una flor que se comía.
¡Distracción natural! pues siempre encantan
Esos tonos süaves,
Tan llenos de ternura,
Del género melódico en que cantan
Los hombres sin ventura,
Las mujeres, los niños y las aves.

VI.

En tanto que él cantaba,
Puesta al balcón la jóven hechicera,
En un fondo de luz se destacaba,
Y Ginés, que, cantando, suspiraba,
No sabía siquiera

La canción que entonaba,
Admirado de ver que la niña era
Lo mas bello del cielo que miraba.
Y él abajo, ella arriba,
Miéntras él, siempre vivo y siempre amando,
Esta tierna cancion sigue entonando,
Ella, mucho mas viva,
Se parece á Rosina contemplando
A un esbozo de Conde de Almaviva:

«Está tu imágen, que admiro,
Tan pegada á mi deseo,
Que si al espejo me miro,
En vez de verme, te veo.»

VII.

¡Oh extrañas peripecias de la vida!
Escuchando al cantor, agradecida
Clara un suspiro de placer exhala,
Y, de gozo aturdida,
Una gruesa moneda le regala,
Que arroja del balcón, con tal mal arte,
Que la moneda *¡chás!* como una bala
La guitarra pasó de parte á parte.
A este horror, el poeta callejero
Creyó que en un abismo
Sus piés se hundían, y que al tiempo mismo
Caía roto el Universo entero.
Mas pronto, vuelto en sí, se orienta y nota
Que no se hundió bajo sus piés el suelo,
Y qué, á pesar de su guitarra rota,
No se cuarteó la bóveda del cielo.

VIII.

Al rumor del fracaso, en un momento
Se vió la calle de curiosos llena:
La moneda al caer la hurtó un hambriento,
Y uniendo el buen humor al sentimiento,
En tanto que Ginés muere de pena,
El público le silba de contento.
¡Oh ruin placer de la desdicha ajena!
La envidia es la polilla del talento.

IX.

Renunciando á las artes con trabajo,
Ginés la silba colosal oía,
Y altivo, aunque un poquito cabizbajo,
Las cejas con la gorra se cubría;
Y echando calle abajo, calle abajo,
Con ganas de llorar se sonreía,
Miéntras que tristemente,
Aquella pobre Clara que, inocente,
Por hacer un favor mató un destino,
Con el mudo terror de un asesino
Se espantó de manera
Que, de haber sido buena, arrepentida,
Dejó el balcón, cerrando la vidriera,
Mas pálida que Bruto el parricida.

X.

Así, con vario estruendo,
Se fueron dispersando,
El público rïendo,
El trovador gimiendo,
Y la hermosura del balcón llorando.

XI.

Aunqué en su erguido talle
Aún mostraba el orgullo de un Tenorio,
Ginés dobló la esquina de una calle
Para huír de las burlas de las gentes,
Pues en el gran Madrid, como es notorio,
Una esquina es un cabo ó promontorio
Que divide dos mares diferentes.
Detuvo allí sus vacilantes pasos,
Y pensó en su destino venidero
Dos minutos escasos,
Dos minutos, esto es, un siglo entero;
Y al verse sin industria y sin dinero,
Lloró, como lo que era, como un niño;
Y volviendo hácia el cielo la mirada,
Ya olvidando la silba y la moneda,
Tan solo recordó su alma angustiada
De su madre el cariño
Y el amor de su patria abandonada.

¡Patria querida! ¡Madre idolatrada!
Si nos faltáis vosotras, ¿qué nos queda?
¡Dios en el cielo, y en la tierra nada!

XII.

Y salió de Madrid. Y con denuedo
El roto guitarrillo lanzó al río
Desde lo alto del puente de Toledo;
Y arrostrando con brío
La soledad y el miedo,
La sed y el hambre, y el calor y el frio,
Se fué á Sevilla á pié, como un cualquiera,
Pues, no teniendo un real su faltriquera,
Claramente discurro
Que no iría á su patria, aunque quisiera,
Como el rey de Ivetot, montado en burro.
Y así, marchando hácia el paterno suelo,
Todos los males de la vida prueba,
Sin que le guarde del rigor del hielo
La chaqueta prehistórica que lleva,
Chaqueta que su madre le hizo nueva
De un trozo de una capa de su abuelo.
¡Sigue, Ginés; camina resignado,
Y rinde al peso del dolor tus bríos!
Para vencer todo el rigor del hado,
¿Qué valen tus esfuerzos ni los míos,
Cuando un grano de arena, atravesado,
Puede torcer el curso de los ríos?

XIII.

¡Con cuánto desaliento
A su patria volvía
El que en algún momento,
Cuando el redoble del tambor oía,
Soñaba, en su ilusión, que llegaría
A músico mayor de un regimiento!
¡Ay! ¡Con cuánta agonía,
El que aspiró á ser dios de la armonía,
Renuncia ya á la necia vanagloria
De pensar que algun día
Le nombraran los fastos de la historia!
¡El pobre no sabía

Que, al revés de ese sol de Mediodía,
El gran sol de la gloria
Quema de léjos y de cerca enfría!

XIV.

Como nadie le daba
Los dulces y el dinero que ganaba
Cuando echaba sus coplas á las niñas,
En Castilla y la Mancha merodeaba
Comiéndose las uvas que pillaba
A espaldas de los guardas de las viñas.
¡Cuantos séres sentian ó pensaban,
Y sus viles harapos contemplaban,
Contra él inícuos su furor volvían;
Los niños le silbaban,
Los viejos se reían,
Los perros, que ántes solo le ladraban,
Ya, al pasar por las eras, le mordían!
¡Confiesa, Ana, que aterra
El ver á un niño en tan inmenso duelo!
¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra
Quitan las ganas de mirar al cielo?

XV.

Y en el supremo día
En que el suelo feráz de Andalucía
A contemplar volvió por vez primera,
Se sintió tan felíz, que de alegría
El jóven trovador se comería
Una hogaza de pan, si la tuviera.
Pero á falta de pan, el pobrecito,
Merodeando tambien como en Castilla,
Comía, cual si fuesen pan bendito,
En Córdoba cogollas de palmito,
É higos chumbos bajando hácia Sevilla.
Y al ver la gran ciudad, gritó extasiado:
— ¡Sevilla, patria mía! —
Pero apénas había
En el recinto de Sevilla entrado,
Cuando Ginés, exánime y gozoso,
Se cayó desmayado.
¡Está bien castigado

Ese artista ambicioso
Que pretendía amar y ser amado,
Tocar la lira bien y ser dichoso!

XVI.

Llevado al hospital, y satisfecho
Cual Nerón moribundo,
Pensó al caer sobre el jergón de un lecho:
«¡Qué gran músico en mí se pierde el mundo!»
Y en la cama *ciento once* abandonado,
Puesto á dieta, aunque hambriento,
Se murió dulcemente y resignado
Lo mismo que un pichon sin alimento;
Y despues de una autopsia inoportuna
Que se le hizo á Ginés el sevillano,
Declaró un cirujano
Que se murió sin novedad alguna.
Y al difunto *ciento once*, al otro día,
Sin inquirir el nombre que tendría,
Las entrañas abiertas le juntaron,
Y envuelto en los andrajos que traía,
Por quitarle de en medio, le enterraron.
¡Oh suerte desdichada!
¡Cuánta noble ambición desvanecida!
¡Qué alegre es la existencia á la subida!
Y ¡qué llena de horror á la bajada!
Primero, ¡acordes, magnetismo, vida!...
Después, ¡silencio, desaliento, nada!...

XVII.

— Pero ¿y Dios? — me preguntas compasiva. —
Para él ¿dónde está el Dios sublime y tierno? —
El Dios tierno, hija mía, está allá arriba,
Sentado á la derecha del Eterno;
Y vive convencida
De que si ha puesto su paciencia á prueba,
Tendrá la recompensa merecida,
Y que al pobre Ginés en la otra vida
Le ha de dar Dios una guitarra nueva.
Modera tu aflicción, y ten presente
Que entre el cielo y la tierra hay un abismo;

Que no suele hacer Dios lo que consiente,
Y que es común, desventuradamente,
Que el bien produzca el mal, como el mal mismo.
Y ¿qué son bien y mal, placer y duelo
Mas que cosas fugaces cual la vida?
¿Me dices que para esto no hay consuelo?
Y yo ¿qué le he de hacer, Ana querida?
¡Así es la tierra!... y ¡ay!... ¡así es el cielo!...

LOS AMORÍOS DE JUANA.

POEMA EN DOS CANTOS.

A mi consecuente amigo el ilustrado literato

SR. CONDE DE SANTIAGO.

CAMPOAMOR.

CANTO PRIMERO.

DE REY Á CORONEL.

I.

Con un amór fatal por lo ilusorio,
Siendo en lo real mas casta que Susana,
Era un Don Juan Tenorio,
En la region de las ideas, Juana.
Muerta por fuera, aunque por dentro viva,
Suele traer á la memoria el beso
Su boca de salud provocativa;
Y aunqué grandes y abiertos con xceso,
Son bellos como el sol, á pesar de eso,
Sus ojos con caidas hácia arriba.

II.

Vivía con honor de su trabajo,
Y obrera incomparable en sus cosidos,
Sabiéndolos volver de arriba abajo,

Estrenaba diez veces los vestidos.
Es su casa un convento
Donde, exceptuando el són de aquel acento
Que habla mas bien al alma que al oído,
La preciosa cartuja
No hace en su cuarto de labor mas ruído
Que el clava que te clava de la aguja.
Y cosiendo y soñando entretenida,
Idealiza sus propias sensaciones
Porque crée, como yo, que en esta vida
Lo que hay mas verdadero es ver visiones.
¡Ver visiones! Dios mío, ¿estaré loco
Al presentir que me parezco un poco
A esas castas doncellas
Tan llenas de ilusiones,
Que malgastan su amor y sus pasiones
En la luna, en el sol y en las estrellas?

III.

En esa edad tan bella
En que el amor se cae de maduro,
Se empezó á ver en ella
La grave enfermedad del amor puro,
Enfermedad tan grave, aunque tan pura,
Que un día de parada
Se quedó (y perdonadle su locura)
Del Rey enamorada.
Cuando es bien parecido
Un Rey, es una imágen de marido
Que las niñas fantásticas adoran.
¡La mujer y la alondra se enamoran
De todo lo que brilla y hace ruido!

IV.

Fué el caso que, al hacerle algun saludo
Detrás de sus cabellos escondida,
Vió que el Rey su mirada distraida
Echó hácia ella; mas ¿la vió? Lo dudo.
Pero Juana infirió, segun infiero,
Que el Rey le dijo con los ojos: «Te amo;»
Y ella, pensando en responder: «Te quiero,»
Ocultó su rubor oliendo un ramo.
Y luego echa á correr avergonzda,

Y cuando va pensando
Si el Rey irá besando
Las huellas de sus piés con su mirada,
Así como al descuido, con cuidado
Juana mira de lado
Con tanta gentileza,
Que no puso en su huida
Mas gracia natural ni mas belleza
Galatea, volviendo la cabeza
Por ver si era en su fuga perseguida.

V.

Juana, que se veía
Hermosa y con salud, dos veces bella,
Llegó á créer que se quedó aquel día
El Rey de España enamorado de ella.
Y aunque es tan pudorosa
Que no abraza á sus sueños ni en el viento,
El día aquél, por excepción honrosa,
Le dió de pensamiento
Un beso... ó dos... ó tres... muy poca cosa;
Y prometiendo al Rey su blanca mano,
Con el amor mas tierno,
La mitad del verano
Y parte del invierno
A su futuro esposo el Soberano
Lo adoró como á un Dios sin culto externo.
Y al pensar, la inocente
Que su gracia de un Rey hará un vasallo,
En el Palacio Real cristianamente
Aspira á ser sultana sin serrallo.
Y ¡lo que es la ilusión! desde el gran día
En que el Rey la inflamó con su mirada,
Por elegancia fría,
Ya muestra aires de Reina fastidiada,
Aunque tiene un reinado todavía
Mas chico que el Rey Chico de Granada.

VI.

Mas ¡ay! cuando, creyéndose en su mente
Reina de ámbas Castillas,
Ya extraña que la gente
No empiece á contemplarla de rodillas,

La luz de una mañana
Vino á eclipsar su estrella,
Pues supo un día, al despertarse, Juana
Que el Rey se iba á casar, y no con ella.
Y como es un refran tan verdadero
Que el mayor desengaño es el primero,
Al caer de su trono,
Creyó con el candor mas hechicero
Que del Rey lloraría el abandono,
Vistiéndose de luto, el orbe entero.
Y cuando vió apagado
El esplendor de su ideal soñado,
Y despues que perdió la confianza
De alcanzar la esperanza
De tener un vasallo coronado,
La consoló aquel día
Del triste fin de su pasión dichosa
El mirar que el espejo le decía:
«¡Consuélate, hija mía,
Que es mas que Reina ya la que es hermosa!»
¡Cuánto celebro, por su bien y el mío,
Que su amor no pasase de amorío,
Y que su fé, sin experiencia alguna,
Ignorase en su noble desvarío
Que el ir de la probeza á la fortuna
Es marchar de la dicha hácia el hastío!
¡Ya ha muerto su ilusión! Pero entretanto,
El destino iracundo
No le hará ver con verdadero espanto
Que tambien en el mundo
Hay en los ojos de las Reinas llanto!
Y al poner fin á sus amores reales,
No quedará por dicha convencida
De que son las grandezas imperiales
Las mas grandes miserias de la vida!

VII.

Siempre ha sido y será cosa corriente
Que, miéntras dure el malestar divino,
En alas de la mente
Llega el alma hasta el fin de su destino;
Siendo un hecho evidente
Que si un amor se va muy fácilmente,
El amor venidero está en camino.
Así, paseando un día,

Mas ligera que un pájaro ligero,
Vió Juana á un diplomático extranjero
Que, sin ser General, lo parecía:
Y, como es de inferir, fiel á su estrella,
Al volverse á la paz de su retiro,
Un corazón tan tierno como el de ella
Le dedicó al dormir la noche aquella,
Después de un «¡es buen mozo!» un gran suspiro.
Mas no fué poco enorme
El suspiro que dió su alma doliente,
Cuando supo después por accidente
Que aquel Embajador con uniforme
Era un monstruo civil, un sér deforme,
Que no era ni siquiera subteniente
Y como en ella obra el discurso tanto
Que, aunque la ciencia lo contrario mande,
Escribe siempre Amor con A muy grande,
Y un busto de Nerón lo juzga un santo,
De buena fé asegura
Que el que no es militar es casi un cura;
Y conforme al saber de muchas gentes,
Ignora las razones oficiales
Que hay para dar patentes
Del uso de uniforme á los mortales
Que no son por lo ménos subtenientes.

VIII.

Porque ¿es hombre un paisano?
Aunque Juana creía
Que en el género humano
Puede á ratos, y en término lejano,
Un paisano ser hombre todavía,
Ella piensa que es nada, ó casi nada,
Grandeza que no es hija de la espada,
Y que, aun siendo brutal como todo hecho,
La fuerza, pese al cielo, es un derecho;
Y en honra de las glorias militares
Crée, como todas, por instinto; Juana
Que el verter sangre humana
No es deshonor cuando se vierte á mares;
Por lo cual, resolviendo que el paisano
Es, mas que un hombre, un papagayo humano,
Lo olvida muy aprisa, muy aprisa,
Recordando mas triste que Artemisa
Que ya puede sumar dos desengaños

En quince años que cuenta:
¡Quince años, ¡ah! quince años!...
¡La edad que yo tenía hace cincuenta!

IX.

Mas, dejando mi edad, tened por cierto
Que hay siempre un vivo que reemplaza á un muerto,
Y por raro que sea,
El corazón humano
Es como el *yo Fichtiano*,
Que lo que piensa en su interior, lo crea;
Y Juana que en su amor se lisonjea
De lograr para esposo al heroísmo,
Si es necesario en Don Pelayo mismo
Realizará su idéa...
¡Lo que tiene de bueno el platonismo
Es que alcanza en Platón lo que desea!

X.

Sintiendo el inmortal desasosiego
De una sibila en éxtasis y loca,
Juana consagra á un militar su fuego
Para quitarse luego, luego, luego
El sabor á paisano de la boca.
Y buscando otro amor precipitada,
Quiso la mala suerte
Que Juana, nuestra Reina destronada,
Oyese hablar, si bien muy de pasada,
Del coronel Roldán, álias «La Muerte,»
Un militar de historia acrisolada,
De quien cuenta la fama pregonera
Que, al empuñar la espada,
Se creía un Titán, aunque no lo era.

XI.

Pero ¡Señor! Para que el alma honrada
De tan casta doncella
Estuviese vencida y dominada
Por la pasión aquella,
¿Qué habia entre ella y él? ¿Qué habia? Nada:
La mucha fama de él y un sueño de ella.

XII.

Supo Juana tambien que, osado y fuerte,
El coronel «La Muerte,»
Como algún día Condillac, opina
Que el tacto es la razón de los humanos,
Y que el mundo termina
Donde acaba el alcance de las manos.

XIII.

Y como es tan común entre las Juanas
El tentar á los hombres atrevidos,
Una de esas mañanas
En que hierve el volcán de los sentidos,
Soñó con el candor mas halagüeño
Que dormía muy cerca de su ensueño;
Y en el supremo instante
En que soñaba más... ¡Jesús, qué loca!
Supuso que aquel hombre delirante,
Como Pablo á Francisca la de el Dante,
Le escondia los besos en la boca...
Y aunque esto, si no en Dante, lo ha leido
En la historia de un santo arrepentido,
Al ver su corazón pundonoroso
Que tocan en lo real sus ilusiones,
Perdiendo para siempre su resposo,
A aquel amante, que alardeó de esposo,
Le echó mas maldiciones
Que Fray Diego al murciélago alevoso.
Y espantada del hecho
De dormír, sin querer, con sus visiones,
Al fin de su explosión de sensaciones,
Como flor arrancada de un barbecho,
Creyó sacar, cuando saltó del lecho,
Su ropa de inocencia hecha jirones.

XIV.

¡No temas, soñadora empedernida,
Por tu pudor, que la final caida
De tu virtud retarda;
A pesar de tus faltas de dormida,
Todavía tus pasos en la vida
Ve sin rubor el Ángel de la Guarda!

Y en tanto que á tu amante devanco
Falte el imán del material deseo,
En tu mundo de amor imaginario
Siempre serán tu casto mobiliario
Las cosas de los séres ideales,
Oro, diamantes, perlas y corales
Luz, susurros, perfumes y colores,
Risas, suspiros, pájaros y flores.

CANTO SEGUNDO.

DE CAPITÁN Á SOLDADO.

I.

¿Volverá Juana á amar? Naturalmente.
¿Qué ha de hacer aquella alma adolescente,
Cuando en el campo, respirando amores,
Los pájaros gorjean
Y se hinchan los estambres que rodean
Los fecundos pistilos de la flores?
Ella, después que olvida
La imágen que ama ciega,
A otra imágen fingida
Con alma, vida y corazón se entrega.
¿Quién no ha visto mil veçes repetida
Esa crísis suprema de la vida
De un amor que se vá y otro que llega?

II.

Juana, esta vez, por su fatal destino,
Yendo á una feria un día
Se encontró en el camino
A un capitán buen mozo, que tenía
La ordinaria manía de ser fino.
Y una mujer que, por favor del hado,
No conoce el pecado ni de oidas,
Conoció al capitán «Perdonavidas:»
Que, á mas de ser la imágen del pecado,
Por falta de ocasión, solo ha probado
Que es muy bravo en vencer á sus queridas.

Este hombre, tan pagado de sí mismo
Que con frente altanera
Se suele despedir como un cualquiera,
Y él crée que dice «¡adiós!» con heroísmo,
En la feria llevaba
Un traje de montar, que suponía
Un enorme caudal que le faltaba,
Y un caballo andalúz que no tenía.

III.

Más ¿cómo pudo soportar sin ira
A un hombre que en amor solo suspira
Por todo lo sensual de vuelo bajo,
Juana, que altiva hasta á los grandes mira.
Desde que fué algo Reina, de alto á bajo?
Porque en cosas de amores,
Por afición sin duda á los laureles,
Suele gustar á las que crían flores
El penetrante olor de los cuarteles.

IV.

Pero como era en Juana
La castidad mas fiera que en Dïana,
Cuando á aquel capitán, de su alma dueño,
Lo vió casado, se acabó su sueño.
Y aunque Juana al principio se acongoja,
Porque a su amor sincero
Le prueba que es un monstruo verdadero
Una rubia, muy rubia, casi roja,
Que le sirvió de negro un año entero,
Ella, ya indiferente,
Hoy le ve acompañar galantemente
A una mujer muy fea y á otra hermosa;
Y como es natural y muy frecuente,
La hermosa es su mujer, la otra su esposa.

V.

Mas no lloréis, lectores,
Por un alma excelente
A quien constantemente
La consuela el amor de sus amores,

Pues tengo la certeza
De que le hará soñar otra grandeza
Esa mala ventura que la trajo
A amar á un capitán mala cabeza.
¡La gran naturaleza
Va siguiendo en secreto su trabajo,
Y despues que nos mueve, ella nos guía
Al fin de nuestro fin por el atajo
Con la fuerza brutal de su inocencia!...
¡Oh madre universal de la existencia:
Tu ley es la inmortal sabiduría!

VI

Diré, por fin, para abreviar mi cuento,
Que banjando de un golpe muchas grados
En la escala social de la grandeza,
Juana quiso á un sargento
De los mas afamados,
Que cuando grita «¡firmes!» con firmeza,
Clava un metro en el suelo á los soldados.
Es raro en un candor tan verdadero
Que amase una semana
Al sargento «Metralla,» un gran guerrero,
Que era primo tercero
De una prima trigésima de Juana,
Y un hombre tan ardiente y tan bizarro,
De quién su prima, que le amó, decía
Que al mirarla parece que quería
Encender en sus ojos el cigarro.
¿Decís que amar á ese hombre es gran locura?
Lo será con certeza;
Pero el mal del amor no tiene cura
Cuando es por desventura
Mas grande el corazon que la cabeza;
Y cuando un cuerpo lleva
Un alma como un horno acalorada,
Cualquier cosa, una voz, una mirada,
Es la serpiente tentadora de Eva.
Así es que fué querido
Por la prima de Juana el tal sargento
Porque un día, atrevido,
Vistió de falda corta un pensamiento,
Se fué hácia ella, se acercó á su oido,
Y en frases mas fosfóricas que bellas,
Aunqué solo de nombre,

Le regaló la luna y las estrellas.
¡No engaña á las mujeres ningun hombre:
Por regla general, se engañan ellas!

VII.

El sargento Metralla,
Que llamaba á la tropa
La «gente de mi ropa,»
Y á las gentes civiles «la canalla,»
Era un matón de audacia tan fingida,
Que siempre en el fragor de la batalla
Procuró, mas que herir, no ser herido;
Y buscando socorro,
Miéntras gritaba «¡Á ellos!» en la huida,
Como el gran Napoleón, pasó su vida
Haciéndose el león, siendo un gran zorro.
Pero ella, que en la edad de hermosura,
Aspirando á un amor que nunca alcanza,
Metida en una nube de esperanza,
Cuanto hace y dice es poesía pura,
Exaltado su amor probablemente
Por los informes de su prima, Juana
Sólo pudo querer á aquel valiente
De prisa y de memoria una semana,
Porque el pobre sargento,
Con esta precisión con que lo cuento,
De pendiente en pendiente,
Ganó rápidamente
Los cuatro grados que á letra copio:
Ascendió á subteniente,
Subió desde el Jeréz al aguardiente,
De este al alcohol y del alcohol al opio.
Mas si helaron al pronto estos horrores
En Juana los amantes sentimientos,
Vendrán otros momentos,
Y vendrán, como siempre, otros ardores;
Que en palacio, en la choza, en los conventos,
Al llegar la estación de los amores,
Solo se hallan amantes pensamientos,
Cantos de aves, perfumes de las flores.

VIII.

Mas ¿vivió el tal sargento? El tal sargento
Ignoro si ha vivido ó no ha vivido;

Mas sé que fué querido, y muy querido,
Por Juana, que le amó de pensamiento.
Y ¿quién duda un momento
Que lo que fué en un corazon, ha sido?
¡Tan cierto es que lo real es lo fingido,
Que á veces duda el mundo
Si César y Colón han existido:
Los verdaderos hombres que han nacido
Son Fausto, Don Quijote y Segismundo!

IX.

Como se ven las cosas mas extrañas
En aquella cabeza,
Mas movible que un viento entre montañas,
Juana, en noches de insomnio y de flaqueza,
Sin perder la pureza,
Tuvo hijos sin dolor de sus entrañas.
¿Me vais á preguntar que cómo es eso?
Pues eso es que, fundidas al exceso
Del calor de sus sueños juveniles,
De las frias muñecas infantiles
Se convierte el carton en carne y hueso.
¿Que no es verdad? ¿Cómo diré, Dios mío,
Sin que de horror se abra á mis piés el suelo,
Que Juana, entre amorío y amorío,
Tuvo hijos sólo por favor del cielo?
Hijos de ella ¿y de quién? De las estrellas,
Que, inspirando ternuras visionarias,
Hacen ser á castísimas doncellas
Madres imaginarias
De hijos hermosos de ninguno y de ellas;
Por lo cual la que mas y la que ménos,
Al condensar el fuego que la abrasa,
En sus delirios, de ternura llenos,
Tiene hijos sanos, rubios y morenos,
De los novios de luz con quien se casa;
Y por eso, la niña de este cuento
Aunque viüda ya de pensamiento,
Si virgen por el cuerpo todavía,
En ese corto plazo
Que precede al crepúsculo del día,
Soñando, convertía
En un nido de soles su regazo;
Y como el alma encierra
El gérmen de los bienes y los males,

Es felíz con sus hijos ideales
La madre ménos madre de la tierra:
Y en su amor sin amante,
Dejándole volar á su deseo,
Soñando, se llevaba de paseo
Dos niños de la mano y dos delante;
Y ¡cosas de la vida! como estaban
Formados del vapor de los ambientes,
Los hijos de su amor se evaporaban
Cuando, al venir la aurora, se llevaban
Los céfiros los sueños de las frentes!

X.

¡Dios del amor! ¿Preguntas en qué autores
He aprendido á pintar tantos amores
Y escenas de pasión tan misteriosas?
¡Dios del amor, Dios del amor! ¿qué quieres?
¡Como soy viejo ya, sé muchas cosas,
Y entre ellas, lo que piensan las mujeres!

XI.

Ya hemos visto que es Juana tan vehemente
Y en amar tan voraz, aunque inocente,
Que, arrastrando tenaz sus desengaños,
Moralmente, y tan sólo moralmente,
Gastó varios esposos en dos años;
Y en su ilusión, cual si estuviese cierta
De cumplir de su madre el pensamiento,
Imitando á la Infanta de aquel cuento,
Que á la suya oyó hablar despues de muerta,
Se fué á buscar su mente
Al vecino de enfrente,
Que, siendo carpintero, hizo la caja
Y se prestó á poner piadosamente
A su madre difunta la mortaja.
Mas como obra á traición lo inesperado,
Quiso el destino fiero
Que fuese el carpintero,
Miéntras ella era Reina, á ser soldado.
Y si bien, desdeñosa,
Cuando era hombre civil no le quería,
Y un poco ménos fría,
Al ver que es militar piensa otra cosa:

Y de este modo, Juana,
Que tenía á aquel jóven olvidado,
Al verle ya soldado,
Lo halló en su corazón una mañana;
Y aunque solo es soldado el buen vecino,
Ella, en su sed de amor inextinguible,
Sabe bien que el destino
Suele hacer de un soldado un Rey posible.
Y ¿quién duda que en caso semejante,
Cuando era Juana de Arco una pastora,
Elevaba en su amor, como ella ahora,
Algún pastor á Príncipe reinante?
Jura, pues, por el sol y por la luna,
Y por todo lo humano y lo divino,
Que al volver de la guerra aquel vecino
Se casará con él sin duda alguna;
Y aunque ignora su nombre todavía,
Conserva Juana de él una memoria
Tan tierna como el día
Del santo de su madre, que está en gloria.

XII.

No hablando ni pensando en otra cosa
Mas que en ser ponto esposa
De un militar que es bueno y de su clase,
Para estar muy hermosa,
Discute algo dudosa
Si su traje nupcial, cuando se case,
Ha de ser blanco ó de color de rosa;
Y esperando al ausente,
Solo tiene en su amor por confidente
A aquel que ve nacer los pensamientos,
Y vaga por el campo alegremente
Oyendo en el ambiente
La música sin letra de los vientos.

XIII

Pero ¡ay! un día, de dolor transida,
Aquella Ofélia cuerda y mal vestida
Con traje de percal descolorido,
Supo que el prometido
Dió con gloria la vida,
Y que, al fin de una lucha fratricida,

Su gloria y él se los tragó el olvido,
Siendo así de aquel hombre,
La fama, el ruido, la virtud y el nombre,
La extinción tan completa,
Cual lo serán las dichas y los duelos
De este inútil planeta
El dia en que, al pasar algun cometa,
Lo arroje á los abismos de los cielos!

XIV.

Y como es Juana, al fín, de esas mujeres
Que tienen el consuelo
De suponer que hay séres
Que las miran y llaman desde el cielo,
Cuando ya lentamente
Su endeblez se iba haciendo transparente,
Siguió al héroe olvidado
Que á la sombra murió de su bandera,
Y ella, de esta manera,
Despues que tuvo á un Rey esclavizado,
Vino acabar su militar carrera
Muriéndose de amor por un soldado.

XV.

Miéntras Juana ha existido,
Sólo vió en los objetos sus ficciones,
Y al fín, para acabar como ha vivido,
En una compendió sus ilusiones:
Y soñando, al morir, que se moría,
Vió, en su sueño, formado
Un numeroso ejército mandado
Por aquel Rey que la miró aquel día;
Y, miéntras duda con dolor la tierra
Si es Juana un General muerto en campaña,
La despide del mundo el Rey de España
Con todos los honores de la guerra.
¡Marcha real! En sus honras funerales
Le presentan las armas los soldados,
Y tienen con dolor los oficiales
En el cielo los ojos abismados.
¡Y en tanto que hace de pasión extremos
Un cierto coronel que ya sabemos,
Y un capitán, con el mayor cariño,

Le promete, mirándola, ser bueno,
Alivia el pecho de suspiros lleno
Un sargento que llora como un niño!
¡Marcha real, marcha real! Aunqué encantados
Queriendo sus sentidos apagados
Dar fin á su calvario de venturas,
Con ojos por las penas agrandados
Mira Juana, espirando, á las alturas,
Donde han de ser los tristes consolados;
Y, vírgen coronada de jazmines,
Miéntras haciendo el duelo
Ensordecen el suelo
Tambores destemplados y clarines,
Oye también por la región del cielo
Los coros de los santos serafines!
¡Y cuando su alma honrada,
Que no pensó sin éxtasis en nada,
Dió un adiós á sus sueños terrenales,
Su frente levantó, solo tocada
Por la luz y los besos maternales;
Y volviendo tranquila la cabeza
A la vaga región de lo invisible,
Murió con la firmeza
De un mártir de la fé de lo imposible!
¡Y felíz con el duelo
Que la tierra le hacía,
Logrando el fin de su constante anhelo,
Fué á gozar de la gloria, en que creía,
Aquella alma tan grande, que tenía
Por base el mundo y por corona el cielo!

LA MÚSICA.

POEMA EN UN CANTO.

A CARMENCITA ROCA DE TOGORES Y AGUIRRE SOLARTE.

I.

Responde, Carmencita encantadora:
Un pájaro que canta, ¿ríe ó llora?
Lo digo, porqué oyendo la dulzura
Del ruiseñór que canta en la espesura,
Tú sonríes, tu hermana se divierte,
Tu madre os mira á entrambas con encanto;
Y pensamos, al són de un mismo canto,
Tu padre en vuestro amor, y yo en la muerte.

II.

¡Ay! ¿Por qué ríes cuando yo me quejo?
¡Es para mi alma un insondable abismo
El que haga un ruiseñor á un tiempo mismo
Reir á un niño y sollozar á un viejo!
Y es que, seguramente,
La Música es un hada complaciente
De nuestra dicha amiga,
Que dice solamente
Lo que quiere nuestra alma que nos diga.
Por eso, al lisonjear su melodía
Con más fé al corazón que á la cabeza,
Dando al triste tristeza,
Aumenta del contento la alegría;

Y por eso, al oirla, convertimos
La fría realidad en ilusiones;
Pues al recuerdo de sus buenos días,
Ponen en cuanto oimos
Los ojos de nuestra alma sus visiones,
Nuestro oído interior sus armonías.

III.

Sí, como todos vemos,
La Música despierta los sonidos
Que desde el día mismo en que nacemos
Están en nuestro espíritu dormidos,
Tambien probarte intento
Que se lleva la Música la palma
En las artes que anima el sentimiento;
Que así como el estilo es el talento,
El metal de la voz es toda el alma.
Ella es la musa que al amor provoca,
Pues buscando un esclavo, ó acaso un dueño,
Todo el que canta, ó toca,
Si no ama en realidad, ama algún sueño:
Porque su mágia es tanta,
Que, aunque eres niña aún, ya habrás sentido
Que, envuelto en el sonido,
Hasta lo amargo del dolor encanta:
Y que la misma senectud que mira
Que cada nota una esperanza encierra,
Con inútil ardor ama y suspira,
Como alma juvenil que, ardiendo en ira,
En oyendo un clarin corre á la guerra.
¿Respondes que lo crées? ¡bendita seas!
Pues entónces también fuerza es que creas
Que, segun nuestras mismas sensaciones,
Cual los hechos imágenes de ideas,
Son las notas pedazos de pasiones;
Y que con fuerza virtüal vibrando,
Y á la vida excitando,
Por el espacio va cada gorjeo
Como una vaga tentación volando;
Y camina, y camina, murmurando
«¡Levántate, y anímate!» al deseo.

IV.

Y ¿qué es el mismo amor? Una armonía
Que hoy se canta y que el aire se la lleva;

Y que luego, mañana ó el otro día,
Con nuevo ardor la misma melodía
La vuelve á repetir otra vez nueva;
Y así, en curso variable,
Cuando nace, se espacia, se disuelve,
Y, en giro interminable,
Lo que del aire viene, al aire vuelve.
Y en raudo movimiento,
Se disipa en el viento
Lo que en el viento por amor vivía:
¡Ideas, armonías, sentimiento,
Flores, músicas, luz y poesía!

V.

Como en cosas de amar yo lo sé todo,
Sé bien que en esta vida
Jamás será perdida
La que cierre el oído á piedra y lodo.
¡El oído, el oído! Ahí se esconde
El gran traidor que al corazón entrega;
El es la senda criminal por donde
Desde fuera el amor al alma llega.
Por él arrobadores los sonidos
En ardiente emoción, ó en dulce calma,
Después de electrizarnos los sentidos,
Arrastran los sentidos hasta el alma:
Y por él, en amante devaneo,
Desde el salto de Léucade, el deseo
Se arroja al mar para templar sus penas.
Escuchando el «¡ven, ven!» que es el gorjeo
Con que á Safo llamaron las Sirenas.
¡Cierra, cierra el oído,
Y ten por cosa cierta
Que es del amor el tentador sentido,
Y que siempre á la voz de un sér querido
Abre nuestra alma á la traición la puerta!

VI.

¡Cármen, perdón! Mi confusión es tanta,
Que ya olvidé mi tema.
Díme otra vez: ¿será siempre un problema
Saber si llora un pájaro que canta?
Y aunqué es lo más sencillo

El pensar que ese tierno pajarillo,
En medio de su risa ó de su lloro,
Cantará eternamente el estribillo
De la eterna canción del «yo te adoro,»
Lo cierto es que su canto
Te vuelve más festiva;
Que tu madre entre tanto
Ruega á Dios por tu dicha, pensativa;
Miéntras tu padre, á tan graciosos sones,
Excitado en sus graves pensamientos,
Ya siente una avalancha de emociones,
Y un vértigo ideal de sentimientos;
Y, presagiando amores,
Más bella que la luz de la mañana,
Entona melodías interiores,
Con más afán que el ruiseñor, tu hermana.
¿Y yo? Víctima siempre de una idea,
Desde que allá en mi aldea
Tocaba siendo niño la campana
En las horas del sueño,
Y á las gentes sencillas
Las obligaba con pueril empeño
A orar puestas en cruz y de rodillas,
Sé que hay sones inciertos
Que forman la cadena prodigiosa
Que enlaza con ternura misteriosa
Las almas de los vivos y los muertos.
Y por esto, ese canto me convida
A que recuerde el fúnebre misterio
De otra ave dolorida
Que oyó mi alma, de dolor transida,
Cantar en un ciprés del cementerio
Donde yace la madre de mi vida!

VII.

¡Mas perdona otra vez la pena mía!
Yo adoro como tú, niña hechicera,
Con ciega idolatría
La música que presta lisonjera
El ritmo, que es la vida verdadera,
A su hermana mayor la poesía.
Y así te lo dirán, si les preguntas,
Barbieri, Arrieta, Oudrid, Marqués y Eslava;
Pues, del sonido la expresión esclava,

Al ir la frase y la armonía juntas,
Lo que la frase empieza, el són lo acaba.
Y te dirán que el arte soberano
Que llena de delicia
La escala toda del concierto humano
Desde el tango sensual de la Nigricia
Hasta el són funeral del canto llano,
Agotadas las frases con su acento
Nuestra ilusión á lo sublime eleva,
Y ya extinguida la palabra, lleva
La Música hasta el alma el sentimiento.
Y ellos, en fin, te seguirán contando
Que al arte natural sobrepasando
Del genio artificial las filigranas,
Hoy remedan los pájaros cantando
Las dulces melodías italianas;
Y que despues que oyeron los primores
De las *Normas*, *Lucías* y *Barberos*,
Creció la afinación en los jilgueros
Y gorjean mejor los ruiseñores.

VIII.

Es el mundo sensible
Un conjunto de notas armoniosas,
Desde el ruido ondulante y apacible
Que forman al volar las mariposas,
Hasta el ritmo visible
De la grande armonía de las cosas.
Y aunque el murmullo universal levanta
Himnos sin forma, é informes elegías,
Para el que sabe oír lo que Dios canta
El orbe es un compuesto de armonías;
Siendo en los campos, para todo el que ama,
Un arpa cada rama
Al ponerse en confuso movimiento
Las notas disconformes que derrama
Todo árbol agitado por el viento;
Y el mar, esa otra música infinita
Que el curso entero del sonido imita
Desde el canto guerrero hasta la endecha,
Remeda sin cesár, murmure ó truene,
La rugiente pasión la ola que viene,
La ola que va nuestra ánsia satisfecha!

IX.

Bendecida y bendita
La armonía, es el alma que palpita
En toda acción, solemnidad ó rito.
¡Inmensa, universal, cosmopolita,
La Música es la voz de lo infinito!
Ella á la pobre humanidad hechiza,
Triste, alegre, marcial ó juguetona,
Y el amor del hogar inmortaliza,
Pues, en no escrita tradición, entona
La canción siempre igual y monotona
De la abuela, la madre y la nodriza!

X.

¡Gloria y honor al arte placentero
Que, embriagando las almas de ternura,
Hace del mundo entero
El espejo mas fiel y verdadero
De una casa de locos sin locura!
¡Lira de Orfeo, que el amor nos pinta
Alegrando al infierno,
Mi voz te ha de cantar, hasta que extinta
Se desvanezca en el silencio eterno!
¿Qué importa que tu númen vagaroso
Prometa un ideal, que no se alcanza,
Si lo que hay de más real y delicioso,
Aún esperando el cielo, es la esperanza?
¿Qué importa que las dulces emociones
Que despiertan tus cantos halagüeños
Sean sólo visiones de unos sueños,
O más cierto, visiones de visiones,
Si siempre en este mundo
Viviremos soñando
Y estaremos ilusos descifrando
El problema fatal de Segismundo?

XI.

Y el sol ¿en dónde está? Pero ¡qué miro!
Ya las tinieblas al silencio llaman.
Bien dicen los que te aman
Que á tu lado la vida es un suspiro.
Y ya que hermosamente

Se agrandan para ver tus bellos ojos,
Pués ya el sol como un rey, en Occidente
Se envuelve, al destronarse, en mantos rojos,
Mantos de luz que al acabarse el día
Sólo las cumbres de los montes doran,
Partamos pués. Ya te diré otro día
Si, expresando su pena ó su alegría,
Las aves, al cantar, cantan ó lloran.
Y pués, ya triste de la luz la ausencia
Trae la sombra, y con la sombra el luto,
Y reina la elocuencia
Del silencio absoluto,
Que es la nota en que grita la conciencia,
Marchemos ya: ¿qué esperas?
Vé en la humedad de mi marchita frente
Cómo el aire, al pasar por las praderas,
Se impregna dulcemente
De un lánguido vapor de adormideras;
Y cómo, al confundir todos los ruidos,
En vago remolino nebuloso
Va dejando el crepúsculo en reposo
Pájaros, luz, esencias y sonidos!

XII.

Pués se vá el ruiseñor y el día parte,
Tú y yo, y tus padres y tu bella hermana,
Como dice la frase castellana,
Marchemos con la música á otra parte,
Para seguír pensando hoy y mañana
Tu padre en los problemas de la historia,
Tu madre en vuestra suerte,
Tú en la fé y en la gloria,
Tu hermana en el amor, y yo en la muerte.
Pero al decirte adiós, niña querida,
Déjame que primero
Te diga veinte veces que te quiero
Y te querré miéntras que tenga vida,
Pues que serás, espero,
Además de alabada en mis cantares,
Adorada por bella y virtuosa,
En el mundo primero como hermosa,
Y después como santa en los altares.

DULCES CADENAS.

POEMA EN CUATRO CANTOS.

A mi fraternal amigo

EL SR. D. RAMON CAMPOS Y DOMENECH.

CANTO PRIMERO.

I.

Jóven, bella, adorada y poderosa,
Tan rubia como el sol de mediodía,
Y tan fresca además como una rosa,
Jacinta, cuidadosa,
Hasta el dichoso día
En que va á ser una felíz esposa,
En un cuarto atestado de primores,
Y en una jaula de oro envuelta en flores,
Cierto canario hospeda,
Cuya pluma remeda
Casi, casi, del íris los colores,
Y un poco los reflejos de la seda.

II.

En un día de marzo, húmedo y frío,
Al pasar del antiguo al nuevo estado,
Jacinta, esclavizando su albedrío,
Prefiriendo al ajeno su cuidado,
Y el gozo celebrando de aquel día,

Suelta con alegría
Al canario que cuida con cariño,
Y con el cual, como si fuera un niño,
En inocente intimitad vivía.
Saca al esclavo de la jaula de oro,
Lo acaricia llorando y sonriendo,
Se acerca á la ventana, y luego abriendo
La mano, con la cual se enjuga el lloro,
Viendo al ave felíz que va siguiendo
Del aire el insondable itinerario,
Como acerada espina
Un dardo de pesar extraodinario
Su corazón traspasa,
Pués siempre es un canario,
Después de la sociable golondrina,
El ave favorita de una casa.

III.

Libre, alegre, inconstante, casi loco,
Como bebiendo luz, emprende el vuelvo
El pájaro, que invade poco á poco
La inaccesible soledad del cielo.
Por no verle partir, Jacinta cierra
Sus ojos de insondables horizontes,
Y en posesión le pone de la tierra
Con sus mares, sus valles y sus montes.
Entregado al calor, y expuesto al frío,
El pájaro, que siendo prisionero
Prefería su jaula al mundo entero,
Fué puesto en posesión de su albedrío
Como el manso arrastrado al matadero.
Y volando, volando,
Se alejaba y volvía,
Y de su inútil libertad gozando,
¿Adónde voy? — parece que decía.
Y Jacinta, llorando,
Y llena al mismo tiempo de alegría,
Al pájaro dejando
Para volar tambien trás del esposo,
Mandándole un adiós muy cariñoso
Al ver que una trás otra recorría
Las colinas cubiertas de viñedos,
Con expresiones de cariño extremas,
Tocándose los labios con las yemas,
Le envió un beso en las puntas de los dedos.

IV.

Como dijimos ántes,
Era en marzo, la aurora del estío,
Y en uno de esos días inconstantes
En que alterna el bochorno con el frío,
Con santa devoción, casi á la orilla
Del Manzanares, su paterno río,
Para unir á Jacinta en casto nudo
Con el hombre más noble de la villa,
Como si fuera un celestial saludo
Por su madre escuchado y por su abuela,
En torno del altar de la capilla
El himno sube y el incienso vuela.
Y Jacinta, entre tanto,
Cuya gracia inocente
Se convertía en pensativo encanto
Y en la expresión de amor más hechicera,
Hácia el altar avanza
Con la alegre esperanza
Y la planta ligera
De quien lleva, al andar, sobre su frente,
El cántaro inmortal de la lechera.

V.

Así aquel ángel que á mujer subía,
La vírgen que iba á convertirse en diosa,
Con el tierno candor que en Dios confía
Camina, á fuerza de ventura, hermosa,
Como una niña grande honrada y pura
Que sueña en ser felíz, pues no sabía
Que, cual la flor del cactus, la ventura
Esperada cien años, dura una día.

CANTO SEGUNDO.

I.

El canario después, desorientado,
Explorando horizontes y horizontes,
Voló al fin por los valles y los montes

Como si fuese un pájaro escapado;
Hasta que ya rendido,
De su fuerza en volar ménos seguro,
Con el miedo que dá lo indefinido
Halló en la claridad algo de oscuro.
Sintiendo luego el malestar incierto
Que se llama el mareo del desierto,
Y después que el carnario
Recorrió el horizonte ébrio de gozo,
Le parecía, al verse solitario,
El universo entero un calabozo.
Y conforme caía
Dentro del mar el día,
Y se aumentaba con la sombra el frío,
Sólo vió estupefacta su mirada
La tenebrosa estancia del vacío,
Y aquél horror que dice: «¡aquí no hay nada!...»

II.

Cuando todo en la sombra era indistinto,
Sintió una sensación vertiginosa;
Después, con el instinto
Natural en un ave cariñosa,
Esperando, inocente,
Que la prisión su dueña le abriría
Y en trance tan cruel le ampararía.
A su casa volvió, cuando inclemente
Ya sus alas el frío entumecía;
Y volando después difícilmente,
Como ni huír ni guarecerse sabe,
De las tinieblas á luz escasa,
Alrededor girando de la casa,
Más parece un espíritu que un ave.

III.

Como no hay duda que era
Una noche muy buena, por lo fría,
Para asar en alegre compañía
Castañas al rescoldo de una hoguera,
De miedo ya á las olas mugidoras
De una espantosa tempestad cercana,
Y al fastidio y horror de aquellas horas,
Se lanzó de su dueña á la ventana,

Guarnecida de plantas trepadoras.
Más ¡ay! que y á casada, y siempre pura,
Pensando con vergüenza en su ventura,
Jacinta, con espanto verdadero,
Hallando todo ruido inoportuno,
Todo rayo de luz cosa livana,
La ventana cerró con tanto esmero
Que no dejó á la luz resquicio alguno,
Pués en noche de boda una ventana
Es la nube de sombra con que Homero
Cubrió á veces á Júpiter y á Juno.

IV.

Cuando el pájaro, hastiado
De aquella inútil libertad del cielo,
A su prisión volvía, enamorado,
Ya había el polo norte desatado
Un récio temporal de escarcha y hielo.
Cada vez más corrientes,
Y cada vez más fríos,
Los arroyos de viento se hacen ríos
Y los ríos después se hacen torrentes.
Directa y reflejada,
Y después toda unida,
Contra aquella ventana tan cerrada
Lloviendo más, sobre la ya llovida,
Chisporrotea el agua ametrallada.
Cuando están á su dueña regalando
Realidades tan dulces como sueños,
Quejándose el canario, está pïando
Como pían los pájaros pequeños.
Miéntras dentro, amorosa,
Ve en verdad convertida su quimera
En éxtasis profundo,
Por la parte de afuera
Pïar á media voz oye la esposa
A un sér que no parece de este mundo.
Matándolo á golpazos
La nieve sobre el pájaro se apiña,
Y miéntras él se queja y da aletazos,
Jacinta de su esposo entre los brazos
Le habla con voz del tiempo en que era niña.
Y así al pobre canario,
Sirviéndole la nieve de sudario,
De la ventana contra el duro suelo

Lo sueldan vivo, el hielo
Y la escarcha y la nieve endurecida.
¿Qué hará Dios cuando mira desde el cielo
Los injustos dolores de la vida?

CANTO TERCERO.

I.

Ya estaba el sol muy alto, y aún dormía,
Y trás de un sueño largo y retardado,
Sin más cuidado ya que aquel cuidado,
Como sin duda eternizar quería
La inocente ilusión de su deseo,
Jacinta, placentera,
Estando el sol á la mitad del día,
Cual Julieta á Romeo
Le decía á su esposo: — ¡Espera, espera;
Que no llega la aurora todavía! —

II.

La heroína felíz de nuestra historia
Miró al fin por la luz desvanecida
Esa noche que deja en la memoria
El recuerdo más grande de la vida.
De su lecho nupcial se alza ligera,
Y con un aire entre terrestre y santo,
Muestra en su cara el religioso espanto
De la casada de hoy y ayer soltera.
Se echó con un pudor algo tardío
Un traje negligente de mañana,
Corrió á abrir las vidrieras, y ¡ay, Dios mío!
Al canario encontró muerto de frío
Metido en el rincón de la ventana.
¿Verdad, lector amado,
Que el querer ser felíz casi es locura?
Jacinta olvida en su reciente estado
Todo antíguo cuidado:
Celebrando su amor y su ventura,
A soltar su canario se apresura,
Y se le muere helado:

Pasa además un día y otro día,
Y un rosal que tenía
Se le seca olvidado.
¡Pobre Jacinta mía!
¡Por el ingrato amor que tanto quiere,
Cuanto ama, en causa de dolor se trueca;
Tiene un ave que suelta, y se le muere;
Tiene un rosal que olvida, y se le seca!

III.

Traspasada de pena,
Viendo muerto por ella á un inocente,
Piensa Jacinta, de ternura llena,
Que es un tirano *Amor* que dulcemente
Ata al pié del esclavo la cadena.
Y así al pájaro muerto le decía,
Con acento el más tierno y doloroso,
(Y aunque el pájaro muerto nada oía,
La esposa bien sabía
Que la oía á su lado el tierno esposo):
— Buscar en el amor ventura y calma,
Solo es variar de penas:
El querer libertad para nuestra alma
Es cambiar solamente de cadenas.
Como al pájaro, al hombre le es preciso
Esclavizar con libertad su llama,
Porque ser el esclavo de quién se ama
Es tener por prisión el paraíso. —

IV.

Hablando de esta suerte
Profundamente tierna y conmovida,
Besó al pájaro muerto enternecida;
Y después de pensar cómo la muerte
En lo mejor nos llega de la vida,
Fué á darle con ternura
Al pié de un limonero sepultura,
Y esto grabó con la mayor tristeza
Del árbol siempre verde en la corteza:
— Murió un pájaro aquí de pesadumbre,
Porqué alejado de su dueña un día,
Rotas ya sus cadenas, no comía
El pan de la dichosa servidumbre. —

Y cuando esto escribía,
Besándolo al grabarlo, tiernamente,
Es la pura verdad que ella gemía:
Aunqué es verdad también que al mes siguiente
Ya este recuerdo era una cosa fría.

CANTO CUARTO.

I.

Seis meses, y algo ménos, van pasados,
Y ya Jacinta abandonada, prueba
El rigor de los hados;
Ya de sus ojos á su boca lleva
Dos surcos por las lágrimas trazados;
Pués el dejar de amarse dos casados
Es una historia vieja, siempre nueva.

II.

Pasan las ilusiones,
Y más las ilusiones amorosas,
Y en esa confusión de confusiones
En que parecen ya todas las cosas
Una grande humareda de visiones,
La buena de Jacinta, que creía
Que el Etna ante su amor se apagaría,
Que tuvo en este valle de amarguras
La suerte natural de las mujeres
(Rebaño de apacibles criaturas
Que llenando la tierra de placeres
Recogen á su paso desventuras),
Tan noble y religiosa como bella,
En su inmenso dolor se vuelve al cielo,
Porqué, un poco olvidada, empieza en ella
De la ilusión el lúgubre deshielo;
Más, reina superior á su caída,
Haciendo frente á las pasiones malas,
En su honradéz se siente sostenida,
Cual se sostiene el águila en sus alas.

III.

Y aunqué el amor ahora
Es, como antiguamente,
Un duelo en que hay traidor precisamente,
Y alguna vez tambien en que hay traidora,
Jacinta, siempre fiel, escribe y llora,
Y á veces, por variar, llora y escribe;
Y aquella antigua rosa, hecha azucena,
Se muere de dolor, porque no vive
Atada al eslabón de su cadena;
Solitaria, las lágrimas que vierte,
Del fondo de aquél mar perlas preciosas
Las vierte silenciosas
Para que nadie entienda
Cuál es la causa de su triste suerte,
Porqué es de esas mujeres valerosas
Que del deber por la terrible senda
Van al través del fuego y de la muerte.

IV.

Desde el funesto día
En que ya de su amor perdió el encanto,
Si alguna vez reía,
Su risa, más que risa, parecía
La amarga contracción próxima al llanto;
Y siempre enamorada
Cual estarlo pudiese esposa alguna
Por su esposo olvidada,
De su pena y su amor arrebatada
Ya escribía canciones á la luna.
Sin rosal, sin canario y sin amores,
Su propia historia convirtiendo en cuento,
Templaba sus dolores
Volviendo á oír cantar los ruiseñores,
Gemir la fuente y suspirar el viento;
Y hermosa, rica, perspicáz, honrada,
Sola, triste, benévola, estudiosa,
Poetisa, mujer y abandonada,
Tanto y tan bien lloraba y escribía,
Que de su amor y su dolor retumba
El eco todavía
En esta corta y lúgubre elegía
Que se halló en sus memorias de ultratumba.

V.

«A un canario infelíz porque era mío,
La inútil libertad le dí insensata,
Y á buscarme volvió; pero yo ingrata
Cerré el postigo, y se murió de frío.
«El esclavo que es fiel nos causa hastío,
Y amamos al tirano que nos mata:
Siempre es y fué la libertad mas grata
Tener presa en otra alma el albedrío.
«Libre correr, para humillar la frente
Cambiando de cadena; he aquí el calvario
De todo libre sér que vive y siente.
«El hombre, prisionero voluntario,
Dará su libertad eternamente
Por vivir en prisión como el canario.»

EL QUINTO NO MATAR.

POEMA EN UN CANTO.

Carta escrita á la niña

PEPITA SANDOVÁL Y KRUS,

con motivo de la muerte de mi ahijada Guillermina.

I.

Conqué ¿imperiosamente
Me mandas en tu carta peregrina
Que te diga á tí cosas y te cuente
La historia de mi ahijada Guillermina?
En cuanto á tí, á quien amo tiernamente,
Te diré, ¡qué sé yo! que eres divina;
Y con respecto al ángel de pureza
De unos ojos tan grandes y tan bellos
Que se veía en ellos
Cuanto más grandes eran, mas tristeza,
Te contaré que es tan fatal mi suerte,
Que soy como aquel bardo de la historia
Que, miéntras tuvo voz, arpa y memoria,
Cantó á una niña *ausente por la muerte.*

II.

Con un mirar muy dulce y concentrado,
La pobre ahijada mía,
Como el tuyo, tenía
Un aire serio, encantador y honorado.

Tú sola eres tan bella;
Tú eres como ella el sol mas hechicero;
Y tú tambien, como ella,
Eres un sér que con el alma quiero.
Sus pestañas llevaban
El pudor y la sombra cobijados,
Y, con serena majestad, sombreaban
Sus ojos, por modestia algo asustados;
Y como, en torno de ellos, se sentía
La seducción que viene desde adentro,
Donde quiera que estaba, ella era el centro
De un grande remolino de alegría.
Mórbida y gruesa con igual encanto,
Era airosa aún cubierta con un manto;
Y de salud y de bondad modelo
Se parecía al serafin de un cielo;
Pués, cual si un ángel de Murillo fuera,
A la luz de un candor inextinguible,
Aquella niña buena y hechicera
Parece que podría, si quisiera,
Ser impalpable, es más, ser invisible.

III.

Un día aquella niña candorosa,
Avezada á las tiernas efusiones,
Con cierta ortografía caprichosa
Me escribió estos renglones
(Que los copió, dictándoselos ella,
Otra *Licurga* grande y ménos bella),
Cuyas letras, cual notas musicales,
En fantásticas formas dibujadas,
Recordaban, en grupos desiguales,
Los dedos misteriosos de las hadas:
— «Padrino, ven, ó moriré de espanto:
De veras te lo digo.
Como en un mes he padecido tanto,
Tengo un hambre voraz de hablar contigo.
«¡Cuánto recuerdo, de ternura llena,
Que mi madre, formando mis delicias,
Me solia probar que yo era buena
Con razones de abrazos y caricias!
«¡Qué diferencia de hoy, padrino mío!
¿Recuerdas que, al traerme á este convento,
Porque hacía en el coche mucho frío,
Los piés me calentabas con tu aliento?

«Ven pronto á que te cuente
La causa que mis males ocasiona;
Y después, francamente,
Me dirás si una tórtola es persona.
«¡Lo que está aquí pasando es hasta impío.
Me tratan de manera
Como si yo, á mi edad, ya no supiera
Que *el quinto es no matar*, padrino mío!»

IV.

¿El quinto no matar? ¡Vírgen María!
En mi interior decía.
¿Si aquel coro adorable
De angelitos de Dios, allí metido,
Habrá por inocencia cometido
Alguna atrocidad inconfesable?
Pero luégo pensé, Pepita amable,
Que el ser mala, á tu edad, es ser divina;
Y abrigué la esperanza inapreciable
De que la gran culpable
Lo fuese mi adorada Guillermina,
Porqué, lo mismo á mí que á todo viejo,
En materias de gracia femenina
Me hace felíz el género diablejo.
Y al convento marché sin mucha pena,
Pues fuí compadeciendo
A la niñez que, de inocencia llena,
Va de un grano de arena
Una montaña haciendo;
Hasta que, el tiempo andando,
Por un gentil error de óptica extraña,
Su tamaño achicando
Llega por fin, bajando,
A ser grano de arena la montaña.

V.

Llegué y reinaba en el asilo santo
Un silencio profundo,
Hijo sin duda del terrible espanto
Que he de contar, aunqué se asombre el mundo.
Es el caso, que un día
Las pensionistas con horror supieron
Que, cuanto ellas pensaban, se sabía;

Y, además, advirtieron
Que cuando alguna averiguar quería
Quién era la habladora
Que á las niñas vendía,
— Todo, todo — la anciana directora
— Me lo cuenta á mí un pájaro — decía.
E irritadas, al pájaro buscando
Con febril movimiento,
Las niñas conspirando
Un plácido rumor iban formando
De hojas de flor movidas por el viento;
Hasta qué, al fin, llegando
El terible momento,
Una niña valiente
— ¡Esa es! — gritó con varonil acento,
Señalando á una tórtola inocente
Que amaba con pasión la directora;
Y luego otra oradora
Todavía mas fiera y elocuente,
Aseguró que, decididamente,
La tórtola era mala y habladora.
Y juzgándola autora de sus males,
A morir á la tórtola condena
Aquella reunión de criminales
Que imitaba, afilando sus puñales,
El ronco despertar de una colmena;
Y siguiendo á la vaga teoría
La insurrección armada,
Al ave calumniada
Que en el convento había
(Y que por viuda y tórtola tenía
La desdicha de ser dos veces triste),
Aquella desalmada compañía,
Con la gracia á que nada se resiste,
No la volvió ya á echar, desde aquel día,
Migas de pan revueltas con alpiste.

VI.

Poco después el ájaro inocente
Murió; mas claramente
Adivinar se deja
Que, por otras cuidada, dulcemente
La tórtola felíz murió de vieja.
Más ¡oh qué crueldad, Pepita mía!

En términos fatídicos y oscuros,
La anciana directora, que creía
Que es digna de castigo la alegría,
A aquellos seres puros
Los acusó de corazones duros;
Pués créen algunas, de ternura ajenas,
Que á las muchachas, ángeles sin alas,
Aunqué les cause penas,
Para que sean buenas
Es forzoso decirles que son malas;
Y por eso, con aire pensativo,
Ya no alegraron el retiro santo
Con el candor nativo
De aquellas risotadas sin motivo
Que de las niñas son la voz y el canto;
Y era tal el espanto
Que de noche sentían,
Por si en la sombra aparecer veían
El espectro del pájaro ofendido,
Que, despiertas, de miedo que tenían,
Se hacian compañía haciendo ruido.

VII.

Mas tú preguntarás: y, ya pasadas
Esas tristes jornadas
Que de un hombre honrarían el denuedo,
¿Qué hacían las terribles conjuradas?
Como siempre, espantadas,
Rezar juntas, llorar y tener miedo;
Y más cuando la niña tan valiente
Acobardada ahora,
Se atrevió á preguntar tímidamente:
— ¿Las tórtolas, señora,
Tienen, lo mismo que nosotras, alma? —
Y, admirando el candor, la directora
— ¡Vaya si tienen! — respondió con calma.
Y al oír tal sentencia,
Lo mismo que unas pobres golondrinas
Temblarian de un buitre en la presencia,
Aquella sociedad de Catilinas
Sintió remordimientos de conciencia.

VIII.

Y hasta aquella preciosa criatura
Que, objeto de mis ánsias más constantes,

Llegué á abrazar, poco ántes
De empezar su postrera calentura,
Al hallarme á su lado, tiernamente
Suspiró, más que dijo, lo siguiente:
— Soy muy mala, es verdad, mas no me riñas —
Y continuó mirándome de frente,
Con unos ojos grandes, todo niñas:
— Porqué apurada ya nuestra paciencia
Dejamos morir de hambre
A una tórtola bruja y habladora,
La madre directora
A todos asegura
Que somos un enjambre
De niñas sin conciencia,
Sin más Dios que el placer y la hermosura.
— Cuenta, cuenta, hija mía,
Lo que de tí la tórtola decía, —
Dije á la pecadora
Que confesaba, trémula y sumisa,
La muerte de la tórtola habladora
Con una turbación que daba risa;
Y poniendo en su voz el tono amante
Que hace divina la palabra humana,
Sigue así, miéntras brilla su semblante
Con toda la hermosura del mañana:
Y ¡oh, qué grato es oír cómo nos cuenta
Sus muchos desengaños
Una boca de miel de pocos años
A unos torpes oídos de cincuenta!
— Cuando yo me dormía, —
La niña proseguía,
— La tórtola, mirándome á la frente,
Todo cuanto soñaba me veía,
Por más que, con cuidado
Al dormirme, acostándome de lado,
Con el brazo hasta el pelo me cubría.
Por aquella habladora,
Cuya muerte hoy á todas nos aqueja
Supo la directora
Que por ser, cual mi madre, una señora,
Tengo yo mucha prisa de ser vieja:
Y no falta quien jura
Que le dijo que yo, por no ser buena,
La lectura amo más que la costura,
Y que cualquiera música que suena
Me gusta mucho más que la lectura:
Que soy tan vanidosa,

Que, si cojo una luz, de amor avara,
Me la acerco á la cara
Para que vean bien que soy hermosa:
Que tengo sentimientos inhumanos,
Porque á veces, muy pocas, se me olvida
Besar el pan que, estando distraida,
Se me suele caer de entre las manos:
Que el semblante risueño
Acostumbro á poner por cualquier cosa,
Y los dientes enseño
Porque, estando resuelta á ser graciosa,
Nunca sé desistir de tal empeño:
Que el ser pobre me pesa;
Y que tal fé la vanidad me inspira,
Que sueño que soy reina, y es mentira,
Porque suelo soñar que soy princesa:
Y en fín, que soy tan loca,
Que solo pienso en cosas imposibles... —
Y diciendo otras gracias indecibles
Con un beso después cerré su boca.
Y miéntras yo estrechaba
Sus manos con las mías,
Y ella en seguir contando se empeñaba
Su série de preciosas niñerías,
Ya á perturbar su clara inteligencia
La fiebre comenzaba,
Y exaltada la niña, en su inocencia,
A intervalos serena, prorrumpía:
— Si escuchase estas cosas, ¿qué diría
Mi padre, que es tan bueno, y me enseñaba
La piedad, el perdón y la paciencia? —

IX.

Como á la estancia aquella
Un extenso jardin la circundaba,
Junto á la niña enferma se aspiraba
Un perfume de flor que se ignoraba
Si procedía del jardin ó de ella.
Crecía con el mal la calentura;
Y, ya oraba la pobre criatura,
Ya uniendo las ideas con trabajo
Me acariciaba hablándome muy bajo;
Y cuando ya, inconexos, terminaban
Los rezos que sus labios dedicaban
A su padre, á su madre y sus hermanos,

Poniéndolas en cruz, se acariciaban
Cual dos palomas sus redondas manos.
Y en el postrer momento
Fué la tórtola viuda
Su gran remordimiento,
Pués eran tal su horror y sentimiento,
Que el alma de aquel pájaro sin duda
Inquietaba al morir su pensamiento.
¡Así, niña querida,
A aquella criatura,
Cuya memoria pura
Tendrá fin con mi vida,
Después de tan horrible calentura,
Llegó la muerte y la llevó dormida,
Mientras yo, inconsolable,
Cuando su almita desplegaba el vuelo,
Por la parte del cielo
Oía cierta música inefable!...

X.

De este modo llegó, como jugando,
El más largo y más hondo de mis duelos.
¡Conforme sopla el viento, va arrastrando
Sueños del hombre y nubes de los cielos!
Y ¿nunca más, alma del alma mía,
He de volver á verte?
¡Cuánta razón tenía
La antigua poesía
Que puso al lado del placer la muerte!
¡Adiós, días serenos,
Que, hundiéndoos de la noche en el abismo,
Dejáis mis ojos de tinieblas llenos!
¡Murió! ¡Cómo ha de ser! ¡Siempre lo mismo!
¡Una tristeza más, y un sueño ménos!

XI.

¡Llora por mí, Pepita encantadora:
Y hoy que el pesar mi corazón traspasa,
Ven, por piedad, á reemplazar ahora
A aquella ave cantora
Que ahuyentaba el dolor de nuestra casa!
Tu mano compasiva
Cierre mi herida para siempre abierta,

Porque es muy justo que la niña viva
Me alivie de la pena de la muerta.
Y evitando el atroz remordimiento
De no ser fiél al *quinto mandamiento*,
Te ruego, por lo mucho que me quieres,
Hada, como ella, buena y hechicera,
Que miéntras seas niña, como hoy eres,
No ofendas á una tórtola siquiera:
Y teniendo presente la experiencia
De aquella criatura
De quien fué el torcedor de su conciencia
Un pájaro, que es sólo en la Escritura
Emblema del candor y la inocencia,
Cuando llegues á ser en adelante
Más amada que amante,
Como una mujer bella es tan terrible,
¡Honor de Portugal, gloria de España!
Al poner esos ojos en campaña
No mates á ninguno, si es posible.

XII.

¡Santo Dios! ¡Quién creería
Que, ántes que yo, á la tumba bajaría
La que, templando de mi edad las penas,
Junto á la mar un día y otro día,
Rebosando alegría,
Después de coger conchas y azucenas
Mecida en mis rodillas se dormía!
¡Adelante, ánsias mías, adelante!
Muramos con la niña idolatrada.
Más ¡ay! si para el pobre caminante
Es larga todavía la jornada,
¿No habrá un recuerdo amante
De mi vida pasada
Que á aligerar constante
Venga el dolor de mi alma destrozada?...
¡Gracias, gracias, espíritu radiante
De mi madre adorada,
Porque al verme llorar, desconsolada,
Has venido á abrazarme en este instante!

UTILIDAD DE LAS FLORES.

POEMA EN UN CANTO.

A mi constante y buen amigo

EL EXCMO. SR. D. JOSÉ DE CÁRDENAS,

EXDIRECTOR DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA,

CAMPOAMOR.

I.

No lo dudeis, lectores,
Si hay un cielo, hay en él aves y flores.

II.

Hállanse en una estancia
Compitiendo en belleza y en fragancia,
Frente á un espejo, una mujer hermosa,
Que tiene al lado izquierdo y al derecho,
En aquel una cuna, en éste un lecho,
Y en la mesa, en un búcaro, una rosa;
Y en tanto que la rosa la embalsama,
Mira la madre, tierna cual ninguna,
Con el afán del que ama,
A una niña menor que está en la cuna
Y á otra enferma y mayor que está en la cama;
Y con madre tan bella
Y con hijas tan niñas y agraciadas,
Hace la rosa de la estancia aquella
Un jardín habitado por las hadas.

III.

Niéves, que es un modelo
De humanas y divinas perfecciones,
Tiene algunas pasiones,
Más todas pasan ántes por el cielo.
En su noble apostura,
Acaso lo de menos es ser bella,
Porqué, además de hermosa, brilla en ella
La bondad que hermosea la hermosura;
Y al mismo tiempo encantadora y pura,
Le sale tan de adentro ser graciosa,
Que cuando va á la iglesia, y presurosa,
Uniendo lo gentíl á lo sencillo,
Hácia el altar sus pasos se aproximan,
Créen que ven á la Vírgen, y se animan
Unos niños de un cuadro de Murillo.

IV.

Hay hombre que sediento,
No á gotas, á oleadas
Bebe el ópio volátil de su aliento,
Pués Niéves es un hada que en el viento
Escribe himnos de amor con las miradas;
Y si en casos de fé crée en lo increible,
A toda presunción indiferente,
No crée que es su belleza irresistible.
Contempladla de frente.
¿Fué Vénus mas hermosa? Es imposible
Miradla ahora de perfíl. ¿No es cierto
Que es mi madre en persona?...
Pero ¡ay! lector, perdona;
¡Siempre me olvido que mi madre ha muerto!

V.

Aunqué la niña grande es ya perita
En coordinar las flores que diseca,
Lo que escucha á los hombres en visita
Se lo cuenta después á su muñeca.
Y si aún ve como sombras los reflejos,
Del sol de las pasiones,
Y encima de sus ojos, aunqué léjos,
Ya cierne el povenir sus ilusiones,

Flotando vagamente sus razones
De la inocencia en las tranquilas aguas,
Ya sabe por sus propias reflexiones
Que una niña es un niño con enaguas,
Y un hombre una mujer con pantalones.

VI.

Y aunqué la grande á la menor desdeña
Con todas sus potencias y sentidos
Porque viste de encajes cuanto sueña
Y sabe un cuento ó dos de aparecidos,
La niña más pequeña,
Que no quiere por celos á su hermana,
Siempre está mas risueña
Que al abrirse una flor por la mañana;
Y si la grande encanta
Por su rostro expresivo,
La más niña es alegre sin motivo,
Como el pájaro canta porque canta

VII.

Al alumbrar la luz, casi apagada
Por una bomba de cristal filtrada,
Madre é hijas tan bellas,
Parece aquella estancia iluminada
Por la luz interior que sale de ellas.
Y como Niéves, por amor, prudente,
Para verlas á un tiempo y fácilmente,
Sin que estén las dos niñas envidiosas,
Pone el espejo enfrente;
Mirándolas con aire indiferente
De una á otra, ya fijas, ya indecisas,
Envueltas en miradas cariñosas,
Vienen y van, y vuelan las sonrisas,
Lo mismo que si fuesen mariposas.

VIII.

Son flores y mujeres tan iguales,
Que forman en la estancia de la hermosa
Cuatro flores cabales
La madre, las dos niñas y la rosa.

Y cuando llamo á las mujeres flores
Es que quiero, lector, que consideres,
Aunqué ya lo sabrás por tus amores,
Que aseguran doctores, muy doctores,
Que son flores con alma las mujeres.

IX.

La niña de la cuna, que veía
Aquella rosa fresca y sonriente
Que acaso, acaso, al asomarse el día
Se le cayó á la aurora de la frente,
Cual si fuese algun pájaro pequeño
Que ansiase comer flores en el nido,
Pedía con empeño
La rosa que en el búcaro veía,
Y que por cierto para verla abría
Unos ojos de á metro mal medido;
Y una vez y otra vez, voluntariosa,
Como todas las niñas muy mimadas,
Poniendo el alma entera en sus miradas
Pedía aquella rosa
Pronunciando unas frases mal formadas
Que podían decir cualquiera cosa.
Y sabiendo las niñas muy pequeñas
La lengua universal de hablar por señas,
Lo que la niña ansía
Con señas del más puro castellano
Haciendo líneas curvas con la mano
En el viento lo escribe.
¡Qué modo de decír tan soberano!
¡Sería un orador ciceroniano
Si supiera charlar lo que concibe!

X.

La madre encantadora y encantada,
Después de oirla hablar con la mirada,
Con un celo, por gracia, algo tardío,
Dijo al darle la flor: — «¡Toma, bien mío!» —
La niña, alegre y con presteza rara,
Se aproximó la rosa á aquella cara
Más fresca que otra rosa con rocío:
Y, apretando la flor apetecida,
Poco después la niña caprichosa

En hechicera desnudéz dormida,
Cayó en un sueño de color de rosa.
¡Oh trasunto felíz de mis amores!
¡La niña es una imágen de la vida;
Pide con ánsia flores,
Las disfruta... se duerme,... y las olvida!

XI.

Más Niéves cuidadosa,
Sabiendo la presteza
Con que puede la niña ajar la rosa,
La coge presurosa
Y da asilo á la flor en su cabeza,
Pero como hoy, lo mismo
Que en los dias de amor del tiempo viejo,
Atrae á las mujeres un espejo
Como atrae á los hombres un abismo,
El verse con la flor en la cabeza
Del muerto amor le recordó las glorias,
Y, excitada de nuevo su terneza,
Dando un tierno repaso á sus memorias
Le recuerda la flor en los cabellos,
Que son el fruto de su amor perdido
Los ángeles aquellos;
Y al mirar á uno enfermo, á otro dormido,
Se llenaron, pensando en su marido,
De lágrimas y luz sus ojos bellos!
Y siendo interminables las mujeres
En recorrer memorias hechiceras
Cuando idolatran seres
Elevados al rango de quimeras,
Después, con embeleso,
Vió un diamante muy grueso
Que en su anillo nupcial resplandecía
Como la chispa eléctrica de un beso,
E inclinándose á un lado y otro lado,
En memoria del padre idolatrado
Dió á sus hijas con labio enardecido
Un beso muchas veces repetido;
Porqué al besar la madre á un hijo amado
Besa á un tiempo al amor de que ha nacido.

XII.

¡Así, la misma rosa
Que el sueño perfumó de la inocencia,

Honró con su presencia
El sueño del amor de aquella hermosa,
Viuda sin consuelo y madre tierna,
Que tan solo comprende
Ese amor absuluto que se extiende
De la vida mortal hasta la eterna!

XIII.

Más ¡oh Dios! de la niña agonizante
En las formas divinas
La vida se enfriaba á cada instante.
Cuando puso de pronto en su semblante
La tisis unas manchas purpurinas:
Y al ver por la tristeza de su risa
Que la muerte llegaba á toda prisa,
La madre, desolada,
Se preguntó con la mirada: — «¿Es cierto?» —
Y la niña, mas pálida que un muerto,
— «Es cierto,» — dió á entender con la mirada.
Y siguiendo un gemido á otro gemido,
Cuando ya sus mejillas
Pasaban de amarillas
Hasta un azúl subido, muy subido,
Su garganta hechicera
Imitaba en su angustia lastimera
El rítmico sonido
Que hace la hoz segando en la pradera
¡Y al ver la madre que de angustia llena
Se quedará viviendo
Como un marino en tierra que sintiendo
La nostalgia del mar muere de pena,
Jura al cielo sufrir cristianamente,
Verdadera creyente
De esas que van con valerosos pechos
Luchando con las penas, frente á frente,
Porqué saben que flota providente
Un eterno ideal sobre los hechos!

XIV.

Y en aquel mismo día
En que ya se veía
Que quemaba los pámpanos el hielo,
La niña, que al morir se sonreía,

Se trasladó desde la cama al cielo.
¡Y la madre, entre tanto,
Con las manos en cruz y de rodillas,
Saboreaba, besando en sus mejillas,
El dejo amargo de su propio llanto:
Pero, en sufrir experta,
Ni siquiera solloza,
Por no turbar el sueño de que goza
La niña viva ante la niña muerta!

XV.

Así acabó esta historia sin historia,
Y al protestar mi pecho compasivo,
Que vé Dios desde el trono de su gloria,
Que es por la niña mi dolor tan vivo
Que el llanto que me arranca su memoria
Humedece esta página en que escribo;
Diré que Nieves, de pesar transida
Junto á la niña muerta,
Aunqué al verla tan bella, queda incierta
Si está muerta ó dormida,
Para aumentar sin duda su belleza
Le puso entre las manos, afligida,
La rosa que arrancó de su cabeza.
No hay para los humanos
Ni honor mas grande ni mayor consuelo;
¡Morir con una flor entre las manos,
Es morir abrazados con el cielo!

XVI.

De este modo en un día
Aumentando el dolor ó la alegría
De fantasmas ya tristes, ya risueños,
La única rosa que en la estancia había
Fué el honor y el testigo de tres sueños.
Y ¿no es verdad, lectores,
Que pueden ser en casos semejantes
Mas útiles las flores
Que las perlas, el oro y los diamantes,
Cuando pudo una rosa de esta suerte
Perfumar y adornar con su presencia
El sueño angelical de la inocencia,
El sueño del amor y el de la muerte?

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS.

POEMA EN DOS CANTOS.

A mi querida sobrina,

LA SRA. DOÑA ELVIRA IRULEGUI DE GARCÍA CABALLEAO.

Te dedico este poemita, escrito á la memoria de A..., porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro á poner al frente de muchas composiciones el nombre de alguna persona amada, y es porque, desde que me voy haciendo viejo, solo sé vivir rodeado de los seres que, como tú, me quieren entrañablemente.

CAMPOAMOR.

CANTO PRIMERO.

ESCRIBIRÉ MAÑANA.

I.

Del mar junto á la orilla
Está Vega, lugar que, aunqué pequeño
Para ser una villa,
Casi es un Lóndres para ser aldea;
Y allí vive, en el punto mas risueño,
Tejiendo y destejiendo Dorotea
La tela de Penélope de un sueño.
¡Pobre niña que aún vive
Con la fé de esas almas tan honradas
Que créen que las promesas son sagradas,
Y un ángel en el cielo las escribe!

II.

¡No lo extrañéis, espíritus amantes
Si veis que el autor llora
Al recordar ahora
Memorias que no tienen semejantes!
¡Nos dicen ¡ay! que el tiempo y la distancia
Sofocan los recuerdos de la infancia!...
¡Yo, al restañar esta mortal herida,
Me olvido de treinta años de mi vida!
Y es tan cierto, lector, lo que te digo,
Que lloro, aguardo, me sereno y sigo.

III.

Nuestra bella heroína
Cumplía quince abriles aquel año,
Y, lo que es increible por lo extraño,
Se murió sin saber que era divina.
Es la sola mujer que he conocido,
Aunqué ya soy tan viejo,
Que con aire modesto y distraido
Se peinase de espaldas al espejo;
Y eso que era envidiada
Por todas las muchachas casaderas,
Cuando, admirablemente despeinada,
Llevaba, entre ondas de oro sepultada,
Cubiertas con el pelo las caderas.

IV.

Creía mucho en Dios , y hasta creía,
Como todas las almas candorosas,
Que Dios suele matar por muchas cosas
Por las cuales yo vivo todavía.
Severa, cuanto afable,
Honraba de sus padres la nobleza,
Teniendo una belleza incomparable,
Y un alma superior á su belleza;
Y pura, como el día
Que recibió las aguas del bautismo,
No entendía el misterio de los nombres
De esas cosas de que habla el catecismo
Que una jóven llamó «pecados de hombres.»

V.

Nuestra hermosa de Vega
Á Justo amó; pero le amó tan ciega,
Que ajena de dobleces y de engaños,
En todos sus quince años
No pensó ni un momento
Que es una gran locura,
Que nunca tiene en las mujeres cura,
Eso de amar á un hombre de talento.
Sin poner la virtud en ejercicio,
Todos, todos, de Justo aseguraban
Que ya empezaba *á aborrecer el vicio.*
Prudente, aunqué no siempre, en sus acciones,
Amaba la moral que profesaban
Como buenos y cómodos varones
Los Horacios, los Riojas y Leones.
Iba por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido,
Y seguía las huellas
De esos nobles bribones
Que hablan mal y desprecian sus pasiones,
Y que mueren por fin víctimas de ellas.

VI.

Pero Justo ¿qué hacía,
Que prometió escribir á Dorotea,
Y la carta aguardada no venía?
¿Qué hacía? — Ni lo sé, ni él lo sabía.
Teniendo siempre de escribir la idea,
Se iba el tiempo marchando y no volvía,
Y de este modo Justo y Dorotea
Miéntras ella esperaba, él no escribía;
Pués aunqué en ansia de escribir ardía,
En su alma, entre española y mahometana,
Pudo mas la pereza que la gana,
Y así pasaba un día y otro día
Diciendo siempre: — escribiré mañana. —

VII.

Y ¿qué hombre, ménos él, no hubiera escrito
Á aquel sér adorable y no adorado,
Viendo en sus ojos el color sagrado
Del violeta azul de lo infinito?...

VIII.

¡Gracias á Dios! Con alegría suma
Tomó un dia la pluma...
Y después de tomada...
Decidido á hacer algo, no hizo nada.
Y oid, tristes cual yo, de qué manera
Se fué pasando una semana entera:
Lúnes; me siento enfermo.
Mártes; ¡es tan mal día!
Ya es *miércoles*, ¡Qué sol! La tarde es fría.
Juéves. ¿Escribo? Escribiré. Me duermo.
El escribir en *viérnes* me da susto,
Será mucho mejor, á fé de Justo,
Que mañana que es *sábado* la escriba.
Y el *domingo*, que es fiesta, la reciba.
Y al fin de la semana,
Cuando el domingo llega,
Miéntras él con la calma que tenía,
— Mañana escribiré, — se repetía,
En el puerto de Vega,
Ya presa de mortal melancolía:
Ella decía; — ¡escribirá mañana! —

IX.

Ya un día entusiasmado
Al papel y al tintero se abalanza,
Mostrando en su semblante alborozado
La alegre animación de la esperanza;
Y — ¡oh Dios, cuánto la adoro! —
Decía enamorado...
Y ¿escribió? No señor. ¿Por qué? Lo ignoro;
Más no falta quien crea
Que no escribió á la pobre Dorotea
La carta deseada
Porqué ¡oh maldad del corazon humano!
El día aquel se lo estorbó la mano
De una cierta coqueta retirada.

X.

Otra vez que, exaltado y medio loco,
Quiso escribir (pero ¿escribió?; tampoco:)
Como un niño pequeño

Se echó enfadado y se durmió tranquilo;
Que es el cansancio material un hilo
Que tira de nosotros hácia el sueño:
Y como á los veinte años que tenía,
El dormir bien es una cosa rara,
Ya á más de la mitad del otro día
Dijo, brillando en su apacible cara
La risa del candor que en Dios confía!
— Por voluntad del cielo soberana
Mañana podré estar ó muerto, ó vivo;
Pero, lo que es mañana,
Lo juro por mi honor, ó muero, ó escribo. —

XI.

¡Siempre igual! Esperando la venida
Del mañana maldito,
¡Cuántas cartas, Dios mío, en esta vida
Debiéndose escribir, no se han escrito!
¡Son tantas!... pero ¡tantas!...
Las cartas ¡ay! que sin nacer murieron!
Y al mismo tiempo ¡cuántas
Sin deber ser escritas, se escribieron!

CANTO SEGUNDO.

MAÑANA ESCRIBIRÁ.

I.

Miéntras él en Madrid, que es donde vive,
Piensa solo en la carta que no escribe,
Ella, encerrada en Vega,
Solo espera la carta que no llega.

II.

Tan eterna tardanza,
Ya le inquieta de modo
Que siente intermitencias de esperanza:
Y cual la pobre gente
Que es muy poco felíz y es inocente,

Ya cree que el cielo se entromete en todo,
Y que, probablemente,
En castigo tal vez de algún deseo,
La mano del Señor secretamente
Le va á sacar las cartas del correo.
¿Y hacía muchos votos? ¡Ya lo creo!
En materia de afectos y deberes,
¿Qué cosa habrá, por frívola que sea,
Por la cual, imitando á Dorotea,
No hagan votos secretos las mujeres?
Por eso, uniendo á la bondad que tiene
La natural supersticion del que ama,
Si canta un gallo en el jardín, exclama:
— Esa es señal de que mañana viene. —
Para todas las luces y los ruídos,
Sus ojos multiplica y sus oídos.
Oye un rumor y dice: — es el cartero; —
Y llega á ser este héroe callejero
La más dulce tal vez de sus manías,
Pués firme en el balcón como una roca,
Abre, al verle llegar todos los dias,
El corazón, los ojos y la boca.

III.

Tanto era lo que amaba,
Que daba por muy justas y muy buenas
Sus muchísimas penas
S la carta llegaba;
Y darle prometió, si se casaba,
Á San Antonio un ramo de azucenas.
¡Ay! la pobre ignoraba
Que en materias de amor y matrimonio,
Por muy triste que sea,
Puede más que los santos el demonio...
Por eso no veía Dorotea
Lo mal que se portaba San Antonio.

IV.

Era tal la inocencia
Que á su amorosa obcecación se unía,
Que haciendo penitencia,
De rodillas y en cruz, pasaba el día;
Y acabando su historia

En la esperanza y la virtud cerrada;
Más que en el mundo al fin pensó en la gloria:
Siendo su fé tan pura y tan ardiente,
Que se puso á pan y agua solamente
Como una pensionista castigada.
Felíz con sus manías
Y dispuesta á hacer frente á los reveses
De tantos desengaños,
Como dió fin un mes de treinta días,
Un año se paso de doce meses,
Y pasaría un siglo de cien años;
Siendo ya tan completo
Su triste estado de ascetismo inerte,
Que, para ser de veras esqueleto,
Ya no faltaba allí más que la muerte.

V.

Como ella por su médico sabía
Que se suele morir cuando amanece
(Suspirando una tarde, en que parece
Que da un adiós al sol, padre del día),
En su cara preciosa
Más bien que iluminada, luminosa,
Mostrando la expresión de un grande espanto,
Sacó del pecho, humedecido en llanto,
Aquella llavecita sigilosa
Que todas las mujeres guardan tanto;
Llave de honor, bajo la cual había
Dejado, á no dudarlo, bien cerradas,
Las cien contestaciones que tenía
Á la carta no escrita preparadas.

VI.

¡Cuántas madamas Sevignés habría
Si saliesen á lúz los borradores
De la cartas de amores
Que en el seno del alma se conciben,
Y se escriben después, ó no se escriben!
¡Yo creo que los muchos desengaños
Que dan los hombres de malicia llenos,
Matan todos los años
Un millon de Eloísas por lo ménos!

VII.

Pués, como antes decía,
Entre risueña y grave,
Así le habló á una amiga que tenía!
— Si mañana me muero,
Me esconderás aquí, junto á esta llave,
Una carta que espero.
Y ya cumplido este deber postrero,
El mas caro tal vez de sus deberes,
Vuelve á guardar la llave
(Que solo Dios lo que encerraba sabe)
En aquel pecho hermoso,
Ese rincón de cielo misterioso
Donde todo lo esconden las mujeres.
Y al ver que su esperanza era ilusoria,
Y la carta esperada no venía,
— ¡Cuánto siento — añadía, —
Morir sin aprenderla de memoria! —
Y acabada esta frase,
Sintiendo ya acercarse su agonía,
La carta que pensaba que llegase
La estrujó entre sus manos todo el día.

VIII.

Miéntras su alma enervando
Se iba al calor de su divino fuego,
Fué su cuerpo acabando
Primero el hambre y la tristeza luego;
Y de tal penitencia aniquilada;
Como ni ver ni articular podía,
Ya en lo eterno infinito se perdía
Lo mismo que su acento su mirada.
Presa ya de una angustia intermitente,
De una manera lúgubre tosía,
Y como lentamente
Se iba haciendo su tez mas transparente,
Su espíritu divino parecía
Que alumbraba su cuerpo interiormente.

IX.

Hasta que al fin un día, un triste día,
La cabeza inclinando,

Que una gorra de encajes envolvía
Sujeta por debajo de la barba,
Se oye un tartamudeo de agonía:
Con los dedos las sábanas escarba;
Distribuye unos éxtasis mirando;
Se cubre de una sombra su semblante;
Y en su lucha tenaz de agonizante
Vuelve á caer y á alzarse, y titubea;
Una oleada de frío serpentea;
Y hundiéndose de pronto su martirio
En la inmersion de un celestial delirio,
En el último instante de su vida
Vé en un fondo de lúz desconocida
Lo que al morir, como al vivir, desea,
Y es una carta, en su ilusion fingida,
En cuyo sobre dice: «Á Dorotea.»

X.

¡Ay! Cuando á Justo le anunció el correo
El triste fin de la que fué su encanto,
Sentía, como Dante, aquel deseo
De suspirar y de morir de llanto.
— ¿Ha muerto? — el pobre Justo preguntaba
En el tono más alto del lirismo;
— ¡Qué desgracia! — exclamaba,
— ¡Yo que la iba á escribir mañana mismo! —

XI.

Nunca escribió la carta deseada.
Pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho,
Ni ha sido más predicho,
Ni Cristo fué tal vez más deseado.
Por eso estaba loco, ó casi loco;
Más ¿qué culpa tenía el inocente
Si siempre, como á mí, le faltó un poco
Para ser diligente?
El caso es que lloraba sin consuelo,
Porqué era bueno, bueno, y, lo repito,
Aunqué nunca escribió, ni hubiera escrito,
¡Oh fiel imágen de las cartas mías!
Tan cierto es como Dios está en el cielo,
Que, amándola infinito,
Él pensaba escribir todos los días.

XII.

Y era su pena tanta,
Que ahogaban los sollozos su garganta.
Mira al cielo con aire reverente,
É implorando el auxilio de este modo
Del Sér que en todas partes lo vé todo,
Pidiéndole perdón por sus agravios,
En oración mental mueve los labios;
Y hasta, en medio de un bíblico arrebato,
Casi escribir promete el insensato
Aquella carta que quedó en idea,
Cuando mira entre lúz á Dorotea,
Que desde el cielo le decía: — ¡ingrato! —

LA CALÚMNIA.

POEMA EN DOS CANTOS.

Dedicado á mi querido amigo y paisano,

EL SR. D. CAYETANO SANCHEZ Y BUSTILLO.

CANTO PRIMERO.

DICEN QUE DICEN...

I.

Es Marcela una esposa honrada y bella;
Pero Jorge, su esposo,
Ó por falta de juicio, ó por celoso,
Ve con despecho gravitar sobre ella
El peso de un enigma misterioso.
Aunqué Marcela ignora,
Como alma casi exenta de pecado,
Qué causa le ha robado
El corazón del hombre á quien adora,
Esa innoble y comun maledicencia
Que añade á lo entrevisto lo inventado,
Con reticencias viles
Va trazando, trazando, de ella en torno
Los siniestros perfiles
De unas vagas sospechas sin contorno;
Y siendo una beldad tan candorosa,
Y de pureza tanta,
Que apostar se podría cualquier cosa
Á que, más que mujer, es una santa,
Ya siente una tristeza sin objeto,

Pués sabe que en la vida
Se hace verdad mentira repetida;
Y, aunqué lleva en sí misma su respeto,
Para arrancar del corazón humano
La dicha y el reposo,
Basta el aire sutil de un dicho vano,
Como basta un gusano
Para perder el fruto mas hermoso.

II.

Lo cierto es que Marcela, que era buena,
Llegó á saber con pena
Que su nombre llevaba
El sello de un destino misterioso,
Y á creer comenzaba
Que una fuerza invisible la arrastraba
Envuelta en un torrente cenagoso,
Pués una vez que con su airoso talle
De algunos hombres la atención se atrajo,
Dijo uno de ellos, al volver la calle:
— Tiene esa jóven... — y se hablaron bajo.

III.

Y en sitios y ocasiones diferentes,
Escuchando á esas gentes
Que de todo maldicen,
Con terror este diálogo oyó un día:
— Dicen que dicen... — una voz decía.
— Pero ¿qué dicen? — ¿Qué? Dicen que dicen... —
Así era su virtud inmaculada
Poco á poco empañada,
Con ese vago modo
Con que acostumbra á suponerlo todo
El que no sabe nada;
Pués es cosa probada
Que la calúmnia astuta
Crece tambien entre la gente honrada
Como en un bosque vírgen la cicuta.

IV.

Más ¿por qué Jorge, que á sentir comienza
Un malestar no exento de vergüenza,

Sabiendo que Marcela es inocente
Y siendo él además tan buen marido,
De noble y de galan se ha convertido
En un hombre vulgar é inconveniente?
¿Por qué? Porqué en calúmnia convertida
Cualquier maligna chanza,
La más serena vida
Llega á ser un infierno sin salida,
Sin amparo, sin lúz, sin esperanza.
Y como de ella al corazón herido
Cada vez más la duda la exaspera,
Ya mira á su marido
Con un poco de lástima altanera;
Y el desdichado esposo,
Con rostro enjuto y aire desdeñoso,
Teniendo al qué dirán un miedo horrible,
Duda, observa medita, y meditando
Si alguna acción perjura
Es posible en Marcela ó no es posible.
Consigo mismo á intérvalos hablando
Á media voz monólogos murmura,
Que esta es la presunción inevitable
De una lógica impura:
Mujer posible, es tentación probable;
Mujer probable, es tentación segura.

V.

Pero ¿qué causa había
Para dudar de honor tan acendrado?
No sé por qué sería;
Más debo confesar, como hombre honrado,
Que todo el mundo en el lugar sabía
Que Marcela tenía
Un precioso lunar en un costado;
Lunar que, oculto, era una hermosa gloria,
Pero que, ya sabido y comentado,
Fué el principio terrible de una historia;
Historia que fué en cuento convertida,
Y hecho el cuento después noticia grave,
Siempre á Marcela unida
La siguió todo el resto de su vida,
¿Adrede ó sin querer? Nadie lo sabe.
Solo es cosa sabida
Que, en el flujo y reflujo de la vida,
Para cualquier galan, aún siendo hidalgo,
Saber que hay un lunar, ya es saber algo;

Y al contarlo, del modo mas sencillo,
La noticia primero corre y corre...
Y después sube y sube...
Y así sobre el lunar se alza un castillo,
Y sobre este después se alza una torre...
La torre se circunda de una nube,
Y, deshecha en torrentes,
La nube arrastra un nombre por el lodo,
Nombre que infaman las odiosas gentes,
Que, siempre maldicientes,
Encuentran algo que decir de todo.
Por eso Jorge, con el alma herida,
Siente un tósigo arder en sus arterias;
Pués, más que en desengaños, en la vida
Consisten en las dudas las miserias;
Y siempre receloso,
El desdichado esposo
Tornando á su dolor no halla la calma,
Pués vuelve al fin, cuando se está celoso,
Como á la playa el mar, la pena al alma.

VI.

Teniendo ya Marcela, casi loca,
Una arruga imborrable entre las cejas,
Y pálida, además, aquella boca
Que engañaba en el campo á las abejas,
En una idea fijo
Su, hasta entónces, espíritu perplejo,
— Entre la muerte y la deshonra, — dijo, —
¡Morir! — y del gran trágico al consejo,
Más de virtud que de arrogancia llena,
Á la muerte después marchó serena;
Porqué ninguno sabe
La abnegacion magnánima que cabe
En una alma sencilla, honrada y buena.

VII.

Á Marcela, el esposo enamorado
Sin quererla matar como un malvado,
La deja que se muera poco á poco.
Pero, Jorge ¿es un loco?
Es que la ama tan mal el desdichado,
Que, hablándola una noche de ese modo
Con que habla siempre el que no sabe nada

Le dijo de improviso: — ¡Lo sé todo! —
Pero ella, hasta los ojos colorada,
Le replicó con sencillez honrada:
— ¡Mientes! ¡mientes! y ¡mientes!... —
Y al decirlo en tres tonos diferentes,
Se elevó á la expresión de una inspirada.

VIII.

Llora un día Marcela... y de repente,
Con ceño entre las cejas permanente,
Coge un vaso con mano temblorosa,
Y fija ante una idea tenebrosa
Pidiendo á Dios perdón alzó la frente,
Y, después de beber no sé qué cosa,
Con un aire sublime de paciencia,
Mirando á su marido,
Que matarse la ve con indolencia
Como un juez por el ópio adormecído,
— ¡Adios! — le dice — ¡adios! Como no puedo
Dejar de amar lo que olvidar quisiera,
En prueba del perdón que te concedo
Pediré á Dios por tí cuando me muera. —
Y, hablando de esta suerte,
Por el mortal licor desvanecida,
Sintiéndose morir ve que es la muerte
Mucho ménos terrible que la vida.
Ya fría y con los labios azulados,
Fué adquiriendo por uno de sus lados
Su boca esa angustiosa curvatura
Con que un sabio marcó los desahuciados.
Y sin alzar más queja,
Y en secreto llorando,
Su voz se fué apagando
Cual la voz de un viajero que se aleja:
Los grandes ojos, que abre enajenada,
Algo invisible en contemplar se aferran:
Su sien deja caer sobre la almohada,
Y ven sus ojos, que al morir se cierran,
Antes lúz, después sombra, y luego nada.

IX.

Marcela, virtuosa y sin consuelo,
Murió así; pero Dios está en el cielo:

Y Jorge, tan celoso como amante,
No templando la muerte sus enojos,
El cabello apartó de aquel semblante:
No la dió un beso, la cerró los ojos;
Y miéntras en tal día,
Con mezcla de pesar y de alegría,
De su deshonra, que juzgaba cierta,
El término veía,
¡Una lágrima fría
Corrió por el semblante de la muerta!

X.

Por vergüenza, y por órden del espos
En la fosa comun después fué echada.
¡De este modo el celoso
Perder hizo en la sombra ilimitada
El cuerpo más hermoso
De la mujer más buena, que muriendo
Olvidó sus agravios,
Y noble, á su verdugo bendiciendo
Como las santas espiró, teniendo
El perdón en el alma y en los labios!

CANTO SEGUNDO.

ERA MENTIRA.

I.

No hay en la vida modo
De guardar un secreto;
Que el tiempo, ese grandísimo indiscreto,
Acaba al fin por revelarlo todo;
Y por eso hoy, sin discreción, revela
Que, cuando era Marcela
La pequeña mimada de la casa,
Su cuerpo entero hizo pintar su abuela
Cubierto con el velo de una gasa;
Pero Jorge el esposo
Nada de esto sabía,
Hasta que el triste, de la abuela un día
Recibió aquel retrato misterioso

Envuelto en un papel que así decía:
«Por si esto te consuela, —
La abuela le escribía, —
Te remito el retrato de Marcela
De cuando era muy niña todavía.»
Mira Jorge el retrato, y vé un querube
Que á traves de una tela trasparente
Se destaca gentil y sonriente
Como el amor que sale de una nube;
Y á Marcela contempla que. hechicera,
Un pintor de la escuela sevillana
La retrató con lúz de la mañana,
Lo mismo exactamente que si fuera
La Asunción de Murillo en carne humana:
Y entre la lúz sombría
De burbujas de gasa como espuma
Que á la niña cubría,
En un lado un lunar se traslucía
En lo interior de una sagrada bruma;
Bello lunar, fatal para Marcela,
Pués fué á propios y extraños,
Urbi et orbi, enseñado por su abuela,
Candorosa mujer de sesenta años.

II.

Cuando Jorge, aterrado,
Vió esta ventana abierta de repente
Que arrojaba una lúz tan refulgente
Sobre el cuerpo de un sér idolatrado,
Ante el lunar fatídico, suspira,
Pensando en su injusticia del pasado;
Y los ojos con saña
Como buscando un arma, en torno gira;
Pués claro ya por el retrato mira
Que es más vil la calúmnia que con maña
Ingerta en la verdad una mentira,
Y ve cómo la ruin maledicencia,
Dibujando en lo noble lo execrable,
De Marcela adorable
Tendió sobre la cándida inocencia
Esa niebla sutil de lo probable,
Niebla que, ora subiendo, ora bajando,
Se espesa poco á poco, y, desplegando
El imperio terrible de la sombra,
Por su interior impuros circulando,

De la humilde virtud hacen alfombra
Para verter sobre ella su veneno
Los monstruos de las sombras y del cieno!

III.

¡Sí! ¡Sí! Cuando contempla de Marcela
Aquel bello lunar en el costado,
Maldice, enamorado,
El funesto capricho de su abuela:
Pués vé ya claro que en la humana vida
Va la calúmnia á la virtud asida
Como al olmo la hiedra,
Que crece luego al viento, y desprendida,
Con savia, en los alientos recogida,
Se alimenta, se agranda, crece, medra,
Y el aire en hondas repetidas hiende,
Como el agua en que cae alguna piedra
En círculos concéntricos se extiende!

IV.

Y esta vez, por lo ménos, razonable
Reconoce, sus dudas recordando,
Que un celoso es un sér insoportable;
Y de pronto, soltando
De su dolor el dique,
Con inmensa ternura contemplando
Aquella atroz calúmnia echada á pique,
Besa con arrebato
De Marcela el retrato,
Y con la fé de un alma visionaria
Mira al cielo un gran rato,
Como el que hace á una santa una plegaria;
Y piadoso una vez y otra irascible,
Pide perdón con humildad terrible
A la esposa inocente,
Aquella á quién rodeó constantemente
La vaga hostilidad de algo invisible;
A aquella esposa, de honradez modelo,
Que, si él tal vez la asesinó celoso,
Seguro está que á cuantos van al cielo
Pregunta con afán si es muy dichoso.

V.

Al volver Jorge en sí, no ve siquiera
Que había encanecido en una hora,
Y mira en derredor como una fiera,
Y al verse solo, se maldice y llora;
Se retuerce las manos, y con ellas
Se cubre una y mil veces el semblante.
¡Oh tú, Marcela amante,
Que con divinos piés los astros huellas,
Bien vengada estarás, si en este instante
Desde lo alto le ves de las estrallas!

VI.

Y ya de rábia y de amargura lleno,
Volviendo á ser tenaz, conciso y frío,
Si la dicha primero le hizo bueno,
La desdicha después le volvió impío;
Pués desde el día aquel, siempre que advierte
Que algun impuro aliento
Suelta una chanza al viento
Que ni encanta, ni ilustra, ni divierte,
Y que la chanza en dicho se convierte,
Se transforma después el dicho en cuento,
Este en calúmnia y la calúmnia en muerte,
Mirando al cielo, exclama inconsolable:
— ¡Señor! ¿En dónde está tu Providencia? —
¡Es, por Dios, una cosa abominable
Lo que el cielo consiente en la apariencia!

VII.

El desdichado esposo
Pide el olvido al sueño, pero en vano;
Y como el buen celoso
Coge cizaña aunqué se siembre grano,
Cruzando el cementerio eternamente
Tras el cuerpo inocente
De una mujer tan buena,
Inquiere, busca... pero inútilmente,
De tumba en tumba va como alma en pena,
Porqué aquella calúmnia tenebrosa
De ella pesó tambien sobre la losa;
Pués Marcela, ya muerta y deshonrada,

En la fosa comun siendo lanzada
Como una mala esposa,
Fué por siempre perdida,
Tan infeliz en muerte como en vida.
¿Hubo en la tierra un sér más desdichado?
¡Después que fué su nombre calumniado,
Siguiéndola hasta el fin su mala suerte,
Su cuerpo fué perdido y nunca hallado!...
¡El rayo á la calúmnia comparado,
Es comparar al sueño con la muerte!

EL TROMPO Y LA MUÑECA.

POEMA EN UN CANTO.

Al niño Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós.

I.

Que no quiero te digo.
¿Cómo hoy al trompo ha de jugar contigo
El que ya de edad perdió la cuenta?
¿Quieres que caiga en la pueril afrenta
De Catón el austero
Que aprendía á bailar á los sesenta?
Te digo que no quiero, y que no quiero.

II.

¡Salud, salud, memorias candorosas
De mi antigua inoncencia!
¡Oh trompos! ¡Oh muñecas! ¡Grandes cosas!
¡Las más grandes tal vez de la existencia!
¡Oh memoria feliz de mi pasado!
¡Tu trompo, niño hermoso, me convida
A recordar, de pena trapasado,
Los muchos seres que en la tierra he amado
Y que solo he de ver en la otra vida!

III.

Pués, como iba diciendo,
Guarda ese trompo, niño, porqué entiendo

Que lo que vale un trompo bien guardado,
Lo has de saber mañana
Después que haya pasado
El tiempo que echarás por la ventana.
Ya verás, ya verás bien claramente
Que es solo afortunado
El hombre que, inocente,
Procura en lo pasado
Encontrar la razón de lo presente.
Y, por si no lo crées, oye una historia
Que, á más de cuarenta años de distancia,
Aún trae á mi memoria
Así como un recuerdo de mi infancia.
Tan solo temo que, de juicio falto,
Me oigas hablar sin atención alguna:
¿Que escucharás? Pués bien, ponte más alto:
Súbete á mis rodillas: ¡á la una!...
¡A las dos!... ¡á las tres... ¡á las....! ¡buen salto!
¡Estos niños son ángeles traviesos
Que en vez de tener alas tienen huesos!
¡Ay! como tú, cuando iba yo á la escuela,
Por subir al regazo que adoraba
De mi madre ó mi abuela,
No saltaba, volaba,
Pués todo el mundo sabe
Que la niñez, ligera como un ave,
Cuando anda, salta, y cuando salta, vuela!

IV.

Conqué empiezo mi historia, y oye atento:
— Sin la sonrisa de sus buenos días,
Alicia, la heroína de mi cuento,
Con la hiel de su propio pensamiento
Se ocupa en amargar sus alegrías.
Y conforme es mayor su desconsuelo,
Más en la fé de su ilusión se aferra,
Pues ella es de esas almas que, en su vuelo,
En vez de gravitar hácia la tierra,
Parece que gravitan hácia el cielo.
Fué Alicia el pasmo de la villa toda
Cuando era yo muy jóven todavía,
Y recuerdo que un día
Puso en Madrid las pálidas en moda.
Mas ¡ay! tuvo un marido
Que, aunqué no la olvidó, la echó en olvido.

Casada de los pies á la cabeza,
Quiso á su esposo con ardor profundo,
Y pagó, como muchas, en el mundo
Horas de amor con siglos de tristeza.

V.

De esta madre infeliz es el tesoro
Una niña pequeña,
A cuya cara, por demás risueña,
Sirven de marco unos cabellos de oro.
Cara infantil, trasunto de los cielos,
Donde lucir se ven tres maravillas,
Pués tiene, cual la tuya, tres hoyuelos,
Uno en la barba y dos en las mejillas.
Mejillas ruborosas
Que hacen pensar con júbilo á la gente
Que, el que las tiene, come solamente,
Como la Vénus de Schiavone, rosas.
Y á riesgo de espantar doctos oidos,
Añado que Rebeca, sin disputa,
Aunqué tiene siete años, no cumplidos,
Es, como un viejo cardenal, astuta.
Calcula por los dedos de la mano;
No hay fábula moral que ella no entienda;
Y hasta sabe que un niño, que es su hermano,
Se lo compró su madre en una tienda.
Y contando además cuentos extraños
Con voz que es una música inefable
(Porqué no hay sinfonía comparable
Al són de una alegría de siete años),
Disipa enternecida
De su madre las penas.
¡Toda niña, al nacer, trae aprendida
La canción que cantaban las sirenas!

VI

Cuando Alicia, la madre sin ventura,
Vió amontonarse sobre su alma pura
Engaños sobre engaños,
Se resignó á morir sin calentura,
Que es la muerte senil á los treinta años.
Tendida sobre el lecho,
Al siniestro fulgor de una luz mate

Que oscila en la perad y alumbra el techo,
De Alicia el corazón con ánsia late
Cual si fuera á saltársele del pecho.
Teniendo en su cabeza de esqueleto
Una gorra de loca,
Y oyendo á un cura, que la exhorta inquieto,
Se sonríe la infiel con media boca,
Dudando entre la burla y el respeto.
¿No es verdad, niño hermoso,
Que el hecho escandaliza?
No temas el ejemplo. Esto horroriza,
Y aquello que da horror no es peligroso.

VII.

Ya he dicho en otra parte, y lo repito,
Que si no se halla el corazón contrito,
Toda la humana ciencia es cosa poca
Para templar el ánsia de una boca
Abrasada con sed de lo infinito.
Y así, como es tan vano,
Cuando no hay fé, todo consuelo humano,
El corazón de Alicia, de ira lleno,
Como un puñal indiano
Empapó su mirada de veneno,
Y con un gesto frío de amargura,
Con ojos fijos y labios mudos,
Despidió al pobre cura
Haciéndole el menor de los saludos.
Y el sacerdote, el corazón sintiendo
Traspasado con flechas de ironía,
De la alcoba saliendo,
La frente señaló como diciendo:
— Por allí no anda el juicio todavía. —
Y Alicia, en tanto, con el cuerpo inerte
Los ojos apartó de un Crucifijo,
Y, resignada á su implacable suerte,
Con más suspiros que palabras, dijo:
— ¡Marchemos al encuentro de la muerte! —
¡Oh, Alicia sin ventura,
A qué terrible estado
La arrastró el ideal de su ternura!
¡Bien dice la Escritura,
Que la muerte es la pena del pecado!

VIII.

Más ¡oh resurrección inesperada!
Pero, ántes que de Alicia cuente nada,
Te diré que Rebeca
Heredó de su madre una muñeca,
Y que, haciendo con ella de persona,
Crece, piensa, compara y reflexiona;
Muñeca, en fin, para la cual cosía
Un traje cada día,
Y á quien daba á comer un guiso nuevo
En unas tazas que la niña hacía
De unos trozos de cáscara de huevo:
¡Guisos y tazas ¡ay! que aún son mi encanto,
Pués me hacen recordar, bañado en llanto,
Ciertas tortas de pan, que ella amasaba,
Y que, feliz cual yo, me regalaba
Mi nodriza en los dias de mi santo!
¿Por qué, por qué nunca echará en olvido
Memorias tan dichosas
Mi espíritu, ya medio sumergido
En esa paz inmensa de las cosas?

IX.

Más ya el hilo perdí de nuestro cuento.
¿Estábamos?... Es cierto; en el momento
En que, hablando de Alicia á la muñeca
Con su voz argentina,
Iba muy pronto á parecer Rebeca
Cicerón flagelando á Catilina.
Pués al morir la madre, tristemente
Habla la niña á su muñeca, enfrente
De un espejo tan claro como extenso,
Que recuerda por limpio y por lo inmenso
Los tiempos fabulosos del Oriente:
Y merced á un reflejo
De la pálida lúz que da en Rebeca,
Le enseña á Alicia en ideal bosquejo
La imágen de la niña y la muñeca
El angulo visual en el espejo:
Y como ya Rebeca comprendía
Si su madre creía ó no creía
(Pues las niñas curiosas
Tienen noticias ciertas,
Y aprenden muchas cosas

Cuando andan escuchando por las puertas),
Con labio purpurino,
Meciendo á su muñeca, le decía,
— ¡Pide al cielo, hija mía,
Que Dios vuelva á mi madre al buen camino! —
¿Te burlas del candor de la inocente?
Yo tambien, niño mío,
Viendo á Rebeca hablar tan seriamente,
Teniendo ganas de llorar, me río.

X.

Miéntras la niña, del espejo enfrente,
Esta infantil catilinaria dice,
La madre, de reojo, dulcemente
La mira, la acaricia y la bendice:
Y recordando en el momento mismo
Que vió algun día cual fulgente estrella,
En el espejo aquel la niña aquella
Antes de ir á la pila del bautismo,
Recobrando el candor de la existencia,
Se enternece, suspira,
Y, admirada de ver tanta inocencia,
Manda un beso al espejo en que la mira;
Y las cosas más tiernas y sencillas
De sus días primeros recordando,
De aquel cuadro infantil saltan, volando,
Recuerdos, como alegres avecillas;
Y pensando en su madre, llora, y luego
Al calor de sus días de inocencia
Se ablanda poco á poco su conciencia
Cual cede el hierro de la fragua al fuego.
Y, puesta sobre el lecho de rodillas,
Gritando con fervor — ¡perdon, Dios mío! —
Su frente se empapó de un sudor frío
Que resbaló después por sus mejillas.
Y al ver que, ya sensible á sus deberes,
Alicia mira al cielo,
La niña, qué, cual todas las mujeres,
Sabe á fondo la ciencia del consuelo,
La abraza alborozada,
Y á su madre abrazada,
Rebeca parecía
Un ángel que, radiante de alegría,
Presenta á Dios un alma extraviada.

XI.

¡Lo que son los destinos!
De Alicia, descreída y virtuosa,
La muñeca fué el hada misteriosa
Que á sus pasos abrió santos caminos;
Pués por ella al final de su existencia,
Con la bondad del alma de una santa,
Juntando el buen humor á la inocencia,
Y uniendo lo que alegra á lo que encanta,
Volvió á beber las aguas cristalinas,
De la inocencia de la edad primera,
Lo mismo que se van las golondrinas
A buscar una nueva primavera;
Y satisfecha ya, fué Dios su guía;
Y ya inocente recobró la calma;
Que es la inocencia la salud del alma,
Y es la salud del cuerpo la alegría.
Y olvidando sus males,
Volvió á reconquistar desde aquel día
La religión, la gracia y la energía,
Potencias invencibles é inmortales;
Y recordando con filial ternura
Los dioses lares de su hogar paterno,
Tornó Alicia á adorar con alma pura
Al Sér vivo, absoluto, uno y eterno,
Fé, esperanza, verdad, bien y hermosura.

XII.

¿Has comprendido bien, Pedro adorado,
Cuán útil puede ser á la conciencia
Un trompo como el tuyo bien guardado?
¿No vés, por experiencia,
Que un juguete infantil desenterrado
Puede ser una ciencia
Que enseñe á desandar lo mal andado,
Y á recordar los días de inocencia
Uniendo lo presente á lo pasado?
¡Ya vés cómo á toda alma descreida
Del alto cielo la clemencia alcanza,
Y que, en trompo ó muñeca convertida,
En todos los naufragios de la vida
Echa el cielo el tablón de una esperanza!
¡Ya vés cómo un jugete que se deja
Y que á encontrar se vuelve casualmente,

Hace que Alicia vieja, y ya muy vieja,
Torne á ser inocente;
Y qué, pensando ya cómo refleja
Sus obejetos el agua de la fuente,
Con sus sentidos y potencias todas,
Turbios los ojos y las manos secas,
Toma el pretexto de ensayar las modas
Para jugar, ya anciana, á las muñecas;
Y al olvidar sus muchos desengaños,
Aunqué vieja, muy vieja,
Viviendo se asemeja
A una niña muy niña de cien años.
¡Saber envejecer! Esta es la ciencia
Que yo con más ardor al cielo pido,
Ahora que se extingue mi existencia
Primero entre las brumas de la ausencia,
Y después en la noche del olvido!
¡La fé en la ancianidad, son los favores
Que pedirán al cielo tus dolores
Cuando hayas aprendido
En tu vida precaria
Que, á más de un receptáculo de horrores,
La tierra es una tumba solitaria,
Sobre la cual derrama sus fulgores
El sol como una antorcha funeraria!

XIII.

Pero ¡ay! olvida, olvida
Este final tan lúgubre y sangriento,
Que sé, por mi desgracia y mi escarmiento,
Que es un gran mal el conocer la vida. —
Y, pués llegó, á su término mi cuento,
Aunqué es, por su fortuna,
Poco ménos que ocioso
Aconsejar al qué, cual tú, dichoso,
La ciencia y la virtud halló en su cuna,
Oye un consejo y deja que te abrace:
Sé leal á la gloria de tu nombre,
Pués la mayor traición es ser el hombre
Desertor de las filas en que nace.
No olvidando esta historia,
Y guardando ese trompo y siendo bueno,
Seguirás por la senda de la gloria
Que te trazó con su inmortal memoria
Tu ilustre abuelo de modestia lleno.[1]

[1] D. Pedro José Pidal, primer Marqués de Pidal.

Aprende bien que *obliga la nobleza*,
Y Dios te lo demande
Si no imitas con ciencia y con firmeza
La rectitud, la gloria y la entereza
De aquél á quién su patria le hizo grande
Y que fué superior á su grandeza.

XIV.

¿Me juras que lo harás? ¡Pués adelante!
Toma un beso, y adiós, que estoy de prisa:
Que dure eternamente en tu semblante
La bella obstinación de tu sonrisa.
Y, en prueba de lo mucho que te adoro,
Ruego al cielo qué, alegre y sin hastío,
No tengas que llorar, como yo lloro,
Penas sin causa en horas de vacío;
Y que las Parcas hilen, hijo mío,
El hilo de tu vida en husos de oro!

EL AMOR Ó LA MUERTE.

POEMA EN UN CANTO.

(MONÓLOGO REPRESENTABLE.)

(Sala con dos puertas laterales. — Una mesa en medio. — A la derecha del espectador un balcón que da á un parque. — Sale Marta por la izquierda y llega hasta la puerta de la derecha siguiendo con ansiedad los pasos de alguno que se aleja.)

I.

Se matarán. Todo hombre enamorado
es un loco de atar, que no está atado.
Y serán, al batirse sin padrinos,
más bien que caballeros, asesinos.

(Leyendo un papel que está sobre la mesa.)

Hé aquí el papel copiado. De esta suerte
dejarán la justicia escarnecida:
— «que no se culpe á nadie de mi muerte:
me mato por cansancio de la vida.»

II.

Entre Ivan y mi esposo
que uno muera es forzoso.
Si yo evitar pudiera...
Ya está echada la suerte.
Se batirán los dos, aunqué yo muera:
solo hay para los celos guerra á muerte.
No; no hay remedio; esperaré con calma
el término del duelo.
¿Por qué escogió para vaciar mi alma

el molde de los mártires el cielo?
Con calma aguardaré. Pero, ¡Dios mío!
mi sangre asaetea cruelmente
un intenso y eterno escalofrío;
y este sudor que salta de mi frente
lo voy sintiendo alternativamente
aquí tibio, aquí ardiente y aqui frío.

III.

¡Mi marido! ¡Con qué arte, el fementido,
sus cartas verdaderas me ocultaba,
y luego en otras falsas me contaba
que estaba Ivan á otra mujer unido!
¿Podré, después de imfamias semejantes
admitir en mi hogar á tal marido?
¡Pegaria fuego ántes
á esta casa paterna en que he nacido!
Al ver cómo mis celos inocentes
explotó con el dolo y la mentira,
desgarro las palabras con los dientes
y trituro los dientes con la ira.

IV.

¡Pobre Ivan! ¡Pobre Ivan! ¡Con qué contento
no creyendo leal mi casamiento
con el alma rendida
me venía á cumplir su juramento!
Si le vuelvo á ver más estoy perdida.
Ya no es posible para mí la vida
sin respirar un poco de su aliento.

V.

(Mirando al parque.)

No llegaron al parque todavía.
Si durase esto más me moriría.
Bien, Marta; y ¿qué es primero?
¿El amor ó el deber? ¿Qué es lo que quiero?
¿Qué quiero yo? Quiero engañarme en vano.
Tú sabes, corazón, lo que deseas...
¡Me duelen aquí tanto las ideas
que quisiera arrancarlas con la mano!
Sí, desolado corazón, te engañas.
Miéntras ódio por pérfido al marido
que me perdió con sus innobles mañas,

del amante vendido
no me cabe el amor en las entrañas.

VI.

¡Ay! ¡Desde el triste día
en que un hombre falaz y enamorado
me juró que sabía
que estaba Ivan casado,
siendo imposible para mí el olvido,
con cuerpo frío y con el alma yerta
viví con mi marido
dejándome querer como una muerta:
y á mi deber atada,
siempre he aspirado á disfrutar en vano
el placer soberano
de la mujer amada
que apura enamorada
la hez divina del amor humano!

VII.

(Mirando desde cerca del balcón.)

Hé allí á mi esposo. El vil tiene en su abono
que su amor, más que loco, le hace necio.
Por caridad, si muere... le perdono.
Si vive, le honraré con mi desprecio.
¡Con qué febril encanto
al duelo se prepara!
Su vista me da espanto,
y eso que me ama tanto,
que hasta encuentra sabrosas en mi cara
las sales nauseabundas de mi llanto.
Como duelista experto,
después que á su rival ha calumniado,
va á matar ó á ser muerto.
Me tiene ese malvado
una pasión de fiera del desierto.

VIII.

Ya llega Ivan, el único deseo
de mis dias felices;
sin poderlo evitar, cuando le veo,
mis ojos en su cara echan raíces.
¡Ivan! si me casé, saben los cielos
que lo hice por celosa y no por tierna.

¡Con un día de celos
no puede competir la vida eterna!
Tal vez no me creería
si hoy mismo le dijera
que le amé y le amo tanto, que podría
refrescarse mi amor en una hoguera.
¡Con qué ánimo tan fuerte
mirando á su contrario desafía
cruzándose de brazos, á la muerte!
Parece que va al duelo
á despreciar las iras
del vil que con mentiras
ha puesto entre los dos un mar de hielo.

IX.

Huele á incendio la tierra en el verano.
Dejo este sitio porqué el aire quema.
Hoy se respira un no sé qué mal sano.
No quiero ver ni oír. ¡Empeño vano!
¿Cómo alejarme en la ocasión suprema?
Pués no puedo impedirlo, que se batan.
Solo mueren los celos cuando matan.
Ó el amor, ó la muerte: he aquí el problema.

X.

(Suena un tiro en el parque.)

¡Horror! ¿Qué es lo que ha hecho
con Ivan indefenso aquél malvado?
Al verle desarmado,
con los brazos cruzados sobre el pecho,
el cobarde á traición, lo ha asesinado!
¡Yo quisiera gritar enfurecida!
pero mi rabia es tanta
que por ella agrandada y comprimida
no me cabe la voz en la garganta!
Nada iguala á mi cólera y mi pena.
¡Oh Dios! ¿Quién pensaría
que aquél que el alma fué del alma mía,
hoy vendría á caer sobre la arena
que mi madre pisó cuando vivía!
¡No puedo respirar de sentimiento!
¡Ya para mí no hay esperanza alguna!
Después de conquistarlas un á una,
perdí mis ilusiones ciento á ciento.
¡Cuántas veces soñó mi pensamiento

ver su amor hecho carne en una cuna!
Más ¿qué escucho? Es su voz. Oigo en el viento
los tétricos gemidos
de su postrer momento...
¡Aún son para su acento
todos los poros de mi cuerpo oidos!
Fué su voz, fué su voz la que escuchaba,
porqué llega hasta mí, como esperaba,
un céfiro cargado de un «te adoro.»
¡Gracias á Dios que lloro,
de llorar hácia dentro me abrasaba!
¿Qué lúz se alza del suelo
ante la cual con misterioso anhelo
mi espíritu encantado se prosterna?

(Arrodillándose.)

¡Es la estela de su alma que va al cielo!
¡Adiós! ¡Adiós! ¡Hasta la vida eterna!

XI.

¿No es el otro el que sube? ¡Ay de mí triste!
Me vendrá á recordar que aún soy su esposa.
No; que venga, y verá cómo resiste
á un hombre audaz, una mujer furiosa.
¿Cómo, al ver mi ternura
ese ciego, no advierte
que el amor cuando raya en la locura
no tiene más salida que la muerte?
¿Tendrá en estos momentos la vileza
de insultar mi tristeza?
¡Oh! ¡de pensar en tan atroz injuria
se me enrosca el cabello en la cabeza
lo mismo que en el cráneo de una furia!
¡Qué oscuridad! Mi turbación es tanta
que vé entre sombras mi mirada incierta
en el aire flotar algo que espanta.
¡Jesús! ¡cúanta visión! Mi pié no acierta
á salir al encuentro á ese villano.
¡Valor! ¡valor! ¡veré si hallo la puerta
apartando fantasmas con la mano!

XII.

(Llega á la puerta de la derecha y después de cerrala, arroja la llave.)

¡Atrás! ¡atrás! Digo que ¡atrás! ¡perjuro!
No quiero ser mujer de un homicida

que quita á otro la vida
además de á traición, sobre seguro.
No pudiendo matarte á puñaladas,
ántes que todo acabe,
al ménos por el hueco de esta llave
te podré apuñalar con las miradas

(Empujan la puerta desde fuera.)

El destino te ciega, y ten presente
que mi amor es más ciego que el destino,
y decididamente
como abras esta puerta te asesino.
No llames, imprudente,
pués si eres como Ivan asesinado
puede saber la gente
que tu sangre es un cieno colorado.
¿Que abra y calle? Comprendo.
No quieres que te llame
el traidor de este drama, en que estás siendo
vil á la entrada, á la salida infame.
No callaré ni ocultaré, maldito,
la rabia que me anima.
Ahora que la muerte se aproxima,
ya solo necesito
seis piés de tierra y tu desprecio encima.
En medio de mi bábara tortura
al verte padecer siento un consuelo.
¿Que si no abro me matas? ¡Oh, ventura!
¡Estar muerta con él! ¡Frase del cielo!
Cuando caiga á pedazos esta puerta
ya no hallarás á la mujer vendida.
¿Que á dónde voy? ¡Infame! y ¿no lo acierta
tu alma envilecida?
¡Voy á estar con Ivan ó viva ó muerta!
¡Voy á unirme con él á la otra vida!

(Al ver caer la puerta, Marta se arroja por el balcón.)

(Cae el telón.)

COMO REZAN LAS SOLTERAS.

POEMA EN UN CANTO.

(MONÓLOGO REPRESENTABLE.)

(Galería de un templo. — A la izquierda del espectador la puerta de salida. — A la derecha, la puerta que da entrada á la iglesia. — Personas de diferentes sexos y edades se agrupan á esta puerta para oír misa. — Durante el Oficio divino se estará oyendo un armonium.)

I.

(Petra cogiendo una silla.)

Voy á rezar sentada, porqué creo
que de no usar, bien cómoda, las sillas,
se me ha formado un callo en las rodillas,
que será bueno y santo, pero es feo.
Y así despacio, porqué estoy de prisa,
veré si llega Pablo;
y en esta posición, oyendo misa,
tendré un oído en Dios y otro en el diablo.

II.

Petra, comienza tu oración del día:
Padre nuestro que estás... (distraída) estoy furiosa
de no ser pronto esposa...
¡Si en vez de madre acabaré yo en tía!
No, no soy fea, y para el mundo entero
no tienen más que este uso las hermosas.
Me casaré ¿no he de casarme? Pero...
¡Dios tarda tanto en arreglar las cosas!...
Estaba... ¿dónde estaba?...

creo que ya llegaba
á *los cielos*, esto es, á mi elemento;
porqué dicen las viejas
que, como es sacramento,
cae siempre del cielo el casamiento...
Todo cae del cielo... ¡hasta las tejas!

III.

Santificá... Santificá... ¡Dios mío!
Oigo un rumor extraño...
¿Será él? Voy á ver. (Dirigiéndose á la puerta de salida y dejando caer al descuido el abanico, el rosario, etc.)
¡Qué desengaño!
No es su yegua, es el mulo de su tío.
Un tío que es un hombre atrabiliario,
que llama estar muy malo á ser muy viejo,
que al que le pide un real le da un consejo.
¡Qué inmortal es un tío millonario!
No viene, y yo deseo hacer alarde
de lo mucho que sufro con su ausencia,
y darle rienda suelta en su presencia
á un gran suspiro que empecé ayer tarde.
¡Nadie! no llega. Mi esperanza es vana.
¡Ni un pájaro interrumpe con su vuelo
esa línea lejana
en que se une la tierra con el cielo!

IV.

(Se vuelve á su asiento.)

Volvamos á la mística tarea:
Santificado sea...
Pero ántes de seguir mis oraciones,
quisiera yo saber ¿por qué razones
de su casa á la mía, escalonadas,
el Dios de las alturas
de viudas, solteras y casadas,
tendió una via láctea de hermosuras?
Ó tiene hoy piés de plomo,
ó Pablo está de broma.
En viendo una paloma
se vuelve un gavilan, siendo un palomo.
¿Habrá visto á Paulina
la púdica sobrina

del deán de Sigüenza?
Quiso ser monja ayer, y hoy, por lo visto,
ya á preferir comienza
la milicia del rey á la de Cristo.
Tiene, además de un rostro peregrino,
un pelo de oro fino;
y cuando Dios reparte
á una mujer ese color divino,
le hace un sér doblemente femenino.
¡Ay del que va en el mundo á alguna parte
y se encuentra una rubia en el camino!...
Se me está figurando
que estoy rezando mal, como cualquiera.
¿Estaré yo pecando?
De ninguna manera.
Mis tiernas distracciones no son raras.
Y, en materia de amores,
saben los confesores
que la moral suele tener dos caras.

V.

Á Pablo con el aire de la ausencia
se le constipa el alma con frecuencia,
y me causan cuidados
mujeres tan expertas,
porqué entre ellas, mejor que entre las puertas,
suele haber en amor aires colados.
¿Estará con Vicenta, esa viuda
que él dice ¡el embustero¡ que desprecia?
Pero ¿podrá engañarle? ¿Quién lo duda?
No hay sabio á quién no engañe cualquier necia.
Más ¿cómo ha de engañar esa Vicenta
de tan pérfidos tratos
á un hombre tan sutil, que, segun cuenta,
estudia á las mujeres en los gatos?
Venga á nos... ¡que sospecha impertinente!
Quisiera continuar mis oraciones,
más no puede apartarse de mi mente
la viuda que aspira á reincidente
con más hambre de amor que diez leones.
¿Y él? ¿y él? Con los del cielo equiparados
las mujeres son ángeles menores.
En cambio, con nosotras comparados,
los hombres no son malos, son peores.

VI.

Venga á nos... ¿Si estará con Nicolasa
que llama amor á amar á su manera?...
¿Que no la ama ni el perro de su casa,
pués tiene peor sombra que la higuera?
¡Horror! Esa casada arrepentida
que hunde el globo terráqueo con su peso
y que está ya en sazón para comida,
pués tiene mucha carne y poco hueso,
dice que en su inocencia
se equivocó de esposo;
y añade, como ley de su experiencia,
que todo el que se casa se equivoca.
Y, aunqué aún existe, su difunto esposo,
con cara de canónigo dichoso,
todo cuanto sostiene
lo jura por el alma de su esposa...
Sin duda no le importa una gran cosa
que el alma de su esposa se condene.
¡Amar á una casada! crée mi tía
que eso es comun hoy día.
¡Esos hombres traidores
nunca quieren tener en sus amores
ni registro civil ni vicaría!
¡Amar á una casada! Vamos, vamos,
si á mí me diera San Miguel su espada,
ya estaría á estas horas traspasada...

(rezando)

Así como nosotros perdonamos...

VII.

Ese hombre se ha dormido,
y yo tengo entre tanto
la sangre hecha un vinagre enrojecido.
¡Cuán maldita es la suerte!...

(Suena dentro la campanilla.)

(Dándose golpes de pecho.) *¡Santo! ¡Santo!*
Como estoy tan de prisa
sigo haciendo del rezo un embolismo.
¿Quién podría creér que estoy en misa
rezando y maldiciendo á un tiempo mismo?
Más ¿no he de maldecirlas? Abomino
á las viudas, casadas y solteras
que salen á un camino
haciendo eses de amor con las caderas,

y luego dan posada al peregrino
metidas por bondad á posaderas.

(Se oye la marcha Real en la iglesia y el trote de un caballo en la calle.)

¡Qué rumor! ¡qué rumor! se me figura...
No parece sino que lo hace el diablo.
No hay duda, pasa Pablo
ahora que está alzando el señor cura.
Me voy; si ofendo al cielo
le pediré mañana mil perdones.
¿Dónde están mi abanico y mi pañuelo,
mi rosario y mi libro de oraciones?...
¡Están, como la tropa en las acciones,
cubriendo de cadáveres el suelo!
Diré que los recoja al monaguillo
que todas las mañanas,
más bien que por demócrata, por pillo,
toca el himno de Riego en las campanas.

(Habla con un monaguillo que, haciéndose cruces, va recogiendo los objetos nombrados.)

Voy, voy. Con estas idas y venidas
me expongo á no llegar ántes que pase...

(Arrodillándose frente á la puerta de la iglesia.)

¡Señor! ¡Señor! Después que yo me case,
¡qué misas he de oír tan bien oídas!...

(Vase Petra por la izquierda.)

(El telón cae al són de la marcha Real tocada en el armonium.)

FIN.

IMPRENTA DE F. A. BROCKHAUS, LEIPZIG.

165 Ls.
C198nz

Author Campoamor

Title Obras escogidas. Vol.2

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU